

HQN™

LA PRISIONERA ESPARTANA

África Ruh



LA PRISIONERA
ESPARTANA
África Ruh

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2018 África Vázquez Beltrán
© 2018 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
La prisionera espartana, n.º 204 - septiembre 2018

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Dreamstime.com y Shutterstock.

I.S.B.N.: 978-84-9188-722-5

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Para Ane, la mejor hermana del mundo. Por acompañarme en mis historias. Por dejarme formar parte de las tuyas. Por ser el personaje sensato de mi vida. Por dejarme ser el personaje chalado de la tuya. Por ser tan preciosa por fuera y por dentro e inspirarme tantísima admiración. ¡Te quiero infinito!

Prólogo

Esparta, 464 a. C.

Cuando era una niña, mi madre, mi hermana y yo solíamos recorrer los templos de la ciudad. Primero visitábamos el de Atenea, nuestra patrona, que se hallaba en lo alto de la Acrópolis; lo presidía una efigie de la diosa que a mí me parecía malhumorada, pero mi madre insistía en que debía mostrarse severa para conducir a nuestros hombres por el buen camino y que así fuesen los mejores de toda Grecia. Después honrábamos la memoria de Leónidas, rey muerto en las Termópilas, cuya estatua se hallaba junto al templo, y recordábamos a los trescientos valientes que se habían enfrentado al invasor persa quince años atrás. Finalmente, las tres descendíamos por la colina, cruzábamos el río Eurotas y depositábamos exvotos a los pies de Ártemis Ortia, la diosa predilecta de mi padre.

Solo entonces mi madre consideraba que habíamos cumplido y nos permitía adorar al resto de los dioses. Mi hermana, Clitemnestra, siempre escogía a Hera, ya que deseaba servir a la ciudad ofreciéndole hijos fuertes y sanos; yo prefería a Afrodita, pues pensaba que era la diosa más amable.

Mi hermana y yo solo nos llevábamos cinco años, pero éramos muy distintas. Clitemnestra encarnaba el ideal de mujer espartana: fuerte, radiante y audaz, era la primera de la *thiasa* y la favorita del joven rey Arquídamo. Yo la admiraba; pero, al mismo tiempo, me aterraba la idea de ser como ella.

Clitemnestra parecía saber muy bien lo que le deparaba el futuro. Yo no pensaba en él. Ni lo hice hasta que fue demasiado tarde.

Conforme fuimos creciendo, mi madre fue guiándonos a cada una en una dirección. Clitemnestra se casó con Arquídamo y ese matrimonio le sirvió para adquirir una posición acomodada y poder gobernar un hogar, como

siempre había deseado; yo me alegré por ella y prometí visitarla a menudo. Las dos estábamos muy unidas, y siguió siendo así incluso después de que su propia familia la mantuviese ocupada.

A mí me dejaron a mi aire hasta los veinte años. Por aquel entonces, yo trataba de cumplir mi deber como espartana: escuchaba a los mayores, corregía a los pequeños, respetaba a mis padres y entrenaba en la *thiasa* con las demás jóvenes, aunque hiciese el ridículo la mayor parte de las veces. No era brillante ni lo sería nunca, pero no se me conocían más faltas que el hecho de estar en las nubes durante la mayor parte del tiempo.

Claro que eso fue antes de que ocurriese todo aquello. Después las cosas se complicaron.

Cuando todo empezó, yo solo tenía un secreto, un secreto inocente. Una cita en el templo de Afrodita a la que acudía puntualmente cada atardecer.

De haber sabido que ese sería el escenario de mi caída en desgracia, tal vez hubiese huido despavorida de las piedras lisas que conducían a la estatua de la diosa. Una estatua de bronce, vidrio y fayenza que, a diferencia de la grave Atenea, siempre parecía esconder una sonrisa traviesa.

Tal vez hubiese huido, sí. O tal vez no.

Solo los dioses lo saben. Yo ya no podré averiguarlo nunca.

Capítulo 1

De dioses y héroes

Esparta, 465 a. C.

Me quité el velo nada más cruzar la entrada del templo. No solía llevar la cabeza cubierta; solo lo hacía cuando quería pasar desapercibida. Era más fácil mezclarme con la gente si nadie veía mis trenzas pelirrojas.

Y quería pasar desapercibida. Por si acaso.

El santuario estaba en penumbra. Oí los primeros murmullos y sonreí, pero no dije nada; primero caminé hacia el altar, desde donde Afrodita parecía contemplarme con aire cómplice, y deposité un ramo de narcisos a sus pies.

Mi esclava doméstica, Eria, apenas podía contener su entusiasmo:

—¡Los niños, ama! ¡Ahí están los niños! ¿Los ves? ¡Al fondo, escondidos! ¡Te están esperando, ama!...

Eria hablaba de «los niños» como si no formara parte de ellos. Acababa de cumplir trece años y era bastante alta para su edad, pero aún tenía la voz aguda y la mirada ingenua.

—Calma, Eria. —Como cada tarde, fingí regañarla—. Primero la diosa, luego las historias.

—¡Primero la diosa, ama, pero luego las historias! Y los niños, ¿eh? Míralos, están todos emocionados. Y Eria también, ama. Eria siempre se emociona con tus historias.

Me tendió la lámpara de aceite y se quitó el gorro de piel. Yo le pasé la mano por la cabeza rapada y, por fin, avancé hacia el fondo del templo.

El haz de luz ambarina alumbró a los diez o doce niños ilotas que aguardaban fielmente mi llegada.

—¡Hola, Cinisca! —susurró uno de ellos.

—¡Ya pensábamos que no venías! —saltó otro.

—¿Qué dices, tonto? —bufó la más mayor—. ¡Ella nunca nos deja plantados!...

—Un poco de orden, por favor —dije levantando las manos—. Sabéis que vengo tan temprano como puedo y apuro el tiempo todo lo posible, pero tengo mis obligaciones.

Me senté frente a ellos. Parecían un nido de polluelos desplumados, con sus cabezas afeitadas, sus gorritos de piel y sus andrajos. Todos los ilotas, niños y adultos, debían ir vestidos de la misma manera, por eso la mayor parte de los espartanos apenas eran capaces de distinguir a sus propios sirvientes de los otros.

Yo sí.

—¿Ya estamos todos? —pregunté—. No veo a Nicandro.

—Está detrás de la columna —se burló una de las niñas—. Como no quiere juntarse con esclavos...

Me giré hacia donde señalaba y comprobé que, en efecto, había una silueta oscura agazapada tras las pilastras. Disimulé una sonrisa y volví a mirar a la niña.

—No es eso —dije con tono conciliador—. Lo que pasa es que Nicandro es un poco tímido.

—No sabe hablar —insistió la niña—. En la *agogé* les enseñan a matar, pero luego salen tontos. Mi madre siempre lo dice.

Eria saltó:

—¡Nicandro no es tonto, es muy listo! ¡Sabe contar hasta cien, cosa que tú no! —Aferró el borde de mi peplo con sus dedos largos—. ¿Verdad que Nicandro no es tonto, ama? ¿Verdad que no?

—No, Eria. —Miré a la otra niña sin perder la calma—. Mi hermano mellizo también está en la *agogé* y no es tonto. Y no les enseñan a matar, sino a defender Esparta. —Al ver que la pequeña ilota abría la boca de nuevo, di unas palmadas que resonaron en todo el templo—. Bueno, ¿queréis una historia o no?

—¡Sí! —gritaron todos. Eria imitó mis palmadas con entusiasmo.

Mentiría si dijese que no me complacía el entusiasmo de mi auditorio: teniendo en cuenta que pasaba la mayor parte del tiempo soportando las mofas de mis compañeras de la *thiasa*, aquellos encuentros furtivos suponían un cambio agradable.

Dicen que los niños son crueles, pero yo nunca he estado de acuerdo con eso. Los niños no juzgan a nadie por su belleza, sus riquezas o su reputación; les gustan las personas que les hacen sentir bien y huyen de aquellas que los hieren. Por eso siempre me ha gustado su compañía.

Pero aquellos niños eran esclavos. No debían acercarse demasiado a nosotros, los espartanos, ni nosotros debíamos dirigirnos a ellos para algo que no fuese darles órdenes. Así lo había dispuesto Licurgo en la Gran Retra: un ilota nunca sería igual que un espartano. Nunca.

Pero, a pesar de Licurgo, yo había terminado contándoles historias a los esclavos. En realidad, no había sido a propósito: dos niños ilotas me oyeron narrarle un fragmento de la *Odisea* a Eria y estuvieron siguiéndome durante horas. Para evitar que algún espartano los castigara, les propuse un trato: yo acudiría al templo cada tarde y ellos, a cambio, me dejarían en paz el resto del tiempo. Todos accedieron de buen grado (incluso Eria, que al principio no tenía muchas ganas de compartirme) y yo descubrí una de mis grandes pasiones.

No recitaba los poemas tal y como lo hacían los aedos: cogía las historias, las contaba a mi manera y a veces las adornaba, incluso. Si no me gustaba un final, lo cambiaba por otro mejor. En mi versión de la *Iliada*, por ejemplo, Héctor no moría a manos de Aquiles, sino que era rescatado por su esposa. Mi joven público apreciaba los finales felices.

—¿Qué preferís, una historia de dioses o de héroes? —les pregunté aquella tarde.

—¡De dioses!

—¡De héroes!

—¡De dioses y héroes!

—¡Yo quiero una historia de amor!

—Tú siempre quieres historias de amor...

Mientras los niños ilotas se decidían, miré de reojo la columna tras la que se ocultaba Nicandro. Casi podía verlo sentado en la oscuridad, encogido en su *himación* rojo, con los labios pegados y los puños contra las mejillas. Sus compañeros de la *agogé* le darían un escarmiento si lo descubrían allí..., pero antes tendrían que atraparlo. Y los espartanos aprendían a escabullirse desde muy jóvenes.

—¿Queréis una historia de amor entre un dios y un humano? —sugerí al ver que los niños no se ponían de acuerdo—. Porque puedo hablaros de

Apolo y Jacinto...

En ese instante, capté un movimiento cerca de nosotros. Dejé la frase a medias y me giré con sobresalto; Eria estiró la mano hacia la lámpara de aceite por si tenía que apagarla rápidamente.

Una sombra alargada se proyectó contra la piedra. Momentos después, alguien entró en el haz de luz de la lámpara.

Era un hombre joven, tal vez de mi edad. No lo conocía, pero supe que era espartano porque llevaba el pelo largo hasta la mitad de la espalda. Era tan alto que tuvo que agacharse para no chocar con un friso, y poseía un cuerpo flexible y armonioso. Curiosamente, iba vestido con un trapo mugriento en vez del *himación* reglamentario.

Los niños enmudecieron y creí oír un jadeo junto a la columna. Ya era demasiado tarde para apagar la lámpara, así que Eria se limitó a mirar al recién llegado con una expresión que no supe interpretar.

Pero él no dijo nada. Tan solo se quedó mirándome y su boca se curvó hacia arriba.

Entonces dio un paso hacia las pilastras y se sentó en el suelo. Como si él también quisiera escuchar.

Analiqué su expresión. Tenía los rasgos fieros y una cicatriz en el labio, pero había algo amable en el brillo de su mirada.

No me había dado cuenta de lo deprisa que latía mi corazón. Pero tuve la sensación de que podía continuar sin temor:

—Hace mucho tiempo, cuando los dioses eran jóvenes todavía...

Hubo un suspiro de alivio generalizado. Siempre empezaba las historias de ese modo; al ver que hacía lo mismo que todos los días, Eria soltó mi peplo y uno de los niños ilotas rio con nerviosismo.

—Hace mucho tiempo, cuando los dioses eran jóvenes todavía, existió un príncipe espartano llamado Jacinto —proseguí—. Jacinto era conocido por su belleza y encanto. —Me gustaba resaltar aquellas cualidades porque ninguna de las dos era muy apreciada entre mis conciudadanos—. De hecho, era tan bello y tan encantador que dos dioses, Apolo y Céfito, se fijaron en él...

Algo interrumpió mis palabras. En cuestión de segundos, el templo se llenó del sonido de pisadas y gruñidos.

«Hombres», pensé con resignación. Y con una pizca de ansiedad.

—¿Qué es esto, un banquete? —dijo una voz masculina.

Eria puso cara de fastidio y yo me incorporé con lentitud. Tres jóvenes

acababan de irrumpir en el templo de Afrodita; conocía a dos de ellos de vista y al tercero por su nombre.

Ébalo. Una bestia de brazos de hierro y ojos azules. Hermano menor del rey Arquídamo, cuñado de mi hermana y futuro rey de Esparta, si Arquídamo moría sin hijos varones.

También era el rival de mi hermano en la *agogé*. Y un dolor de cabeza para mí.

—Siento decepcionarte, Ébalo, pero aquí no hay comida ni bebida — contesté con firmeza—. Ni nada que pueda interesarte.

Como por casualidad, me moví para cubrir la retirada de Nicandro. Si Ébalo le descubría ocioso, le azotaría sin dudarle; se suponía que los mayores de la *agogé* debían impartir disciplina a los más pequeños, pero los castigos de Ébalo eran especialmente brutales.

El joven esbozó una sonrisa torcida. Llevaba el pelo suelto y desparramado por los hombros.

—Eso lo decidiré yo, Cinisca. —Miró alrededor—. ¿Ya estás juntándote con esta escoria otra vez? Me decepcionas.

Apreté los labios al oír llamar «escoria» a los niños. Yo no podía defenderlos abiertamente: por desgracia, la vida de un ilota no valía nada. Lo único que podía hacer era tratar de desviar la atención de ellos.

—No te decepcionaría si no esperaras nada de mí. —Alcé la barbilla—. ¿Veníais a rezarle a Afrodita?

Mi comentario fue acogido con carcajadas. Yo me sentí vagamente ofendida: sabía que Afrodita no era la diosa más popular entre los muchachos, pero pertenecía al Panteón. Además, la que había en ese templo iba armada, como todos los dioses en Esparta.

—No todos somos tan devotos de Afrodita como tú, Cinisca. —Ébalo cruzó los brazos sobre el pecho—. ¿Ya le has pedido un marido? Si quieres mi consejo, pídele uno sordo. Será muy feliz a tu lado.

Sus compañeros volvieron a reír. Yo me contuve para no explicarle a Ébalo por dónde podía meterse sus consejos.

Por desgracia, Eria no tenía esos miramientos:

—Eria te morderá si vuelves a hablarle así a su ama.

—Eria —dije con tono de advertencia.

Pero Ébalo ya la estaba mirando con las cejas arqueadas.

—En realidad, Cinisca, íbamos de cacería. Pero estas presas son demasiado

fáciles de atrapar. ¿Dónde está la emoción?

Pegó un puntapié a Eria, que le enseñó los dientes como si fuese a cumplir su amenaza.

Yo me interpuse entre los dos:

—Basta, Ébalo. Esta esclava es de mi padre, no tuya, así que no puedes hacerle daño.

—Esta esclava es de la ciudad, así que puedo hacerle lo que me dé la gana.

—La ciudad se la cedió a mi padre junto con el resto de sus tierras e ilotas —le recordé—. Y tú ni siquiera eres un ciudadano aún.

Me volví hacia Eria y Ébalo aprovechó para patear a otro niño mientras sus compañeros seguían riendo.

—¡Basta, he dicho! —grité.

—¿O qué? —Hizo ademán de clavarme el pie en el costado—. ¿Me darás un discurso hasta que me duerma?...

No llegó a terminar la frase: en ese instante, algo tiró de él hacia atrás.

O más bien alguien.

—Fuera.

Miré hacia arriba y volví a ver al joven misterioso. Había olvidado su presencia, pero él no había olvidado la nuestra: ahora estaba de pie frente a Ébalo y los otros dos. Impidiéndoles el paso.

Tardé unos segundos en comprender que no les hablaba a ellos, sino a mí:

—Fuera. Llévatelos.

—¿Tú otra vez? —Ébalo ya no parecía divertido, sino malhumorado—. ¿Es que quieres recibir otro escarmiento?

—Fuera —insistió el chico.

Contemplé su espalda iluminada por la lámpara y distinguí el rastro de numerosas cicatrices. Aunque las heridas eran frecuentes entre los jóvenes espartanos, esa visión me provocó un ligero estremecimiento.

—¡Contéstame cuando te hablo! —Ébalo lo empujó, pero no consiguió derribarlo.

Yo decidí que tenía razón: era el momento de irnos. Así que agarré a Eria del brazo, hice un gesto apremiante a los niños y encabecé una precipitada huida del templo. Cuando pasé junto a las columnas, comprobé que Nicandro ya se había marchado.

Me sentí miserable por abandonar a ese joven, pero me dije que nuestra presencia solo iba a empeorar las cosas. Y, mientras despachaba a los niños y

tiraba de Eria de vuelta a casa, me prometí a mí misma encontrarlo y darle las gracias por su ayuda. Lo antes posible.

Capítulo 2

El deber de toda espartana

Eria y yo volvimos a casa arrastrando los pies.

—Eria lo siente, ama —murmuró mi esclava—. Es que no soporta que Ébalo te hable así.

Yo le dirigí una mirada seria.

—Pues Eria tendrá que soportarlo o me enfadaré.

Mi esclava agachó la cabeza e hizo el resto del camino en silencio. En realidad, yo no hubiese sido capaz de enfadarme con ella, pero sabía que esa era la única amenaza que surtía efecto. Y no quería que provocara a Ébalo, ya teníamos suficientes problemas.

Mis padres no verían con buenos ojos que me juntara con los niños del templo, pero no podía renunciar a ellos. Y no solo porque los apreciara.

Había algo más. Algo que nunca le había confesado a nadie, ni siquiera a Eria.

Necesitaba sentirme útil de algún modo. Todos en Esparta tenían un papel asignado, un papel que debían desempeñar desde el nacimiento hasta la muerte, y quienes me rodeaban parecían satisfechos con el suyo. Mi padre había honrado a la polis yendo a la guerra; mi madre, dándole tres hijos sanos. Mi hermana mayor se había casado con un rey y ya estaba embarazada y mi hermano mellizo estaba haciendo la *agogé*. Yo era consciente de mis obligaciones, pero no me entusiasmaban; no es que me desagradara la idea de tener mi propia familia, pero no podía conformarme con eso. Necesitaba algo más, algo que me hiciese sentir orgullosa de mí misma..., y lo había encontrado en mi pequeño auditorio. Si me lo arrebataban, me sentiría vacía.

—Eh, alegre esa cara —le dije a Eria al llegar a casa—. Has sido muy valiente enfrentándote a Ébalo, pero yo prefiero que seas lista.

Ella me miró con desconcierto.

—¿Es mejor ser lista que valiente, ama?

—Tal vez no sea mejor, pero es más seguro.

Nos detuvimos en el patio, frente a nuestro pequeño altar doméstico, y empecé a quitarme el velo. Entonces vi que la cara de Eria se iluminaba de pronto.

—¡Es tu hermano, ama! ¡Aristarco! ¿Lo ves, ama? Está allí, justo allí, mirándote...

Me di la vuelta y vi que, en efecto, mi hermano estaba apoyado en el arco de la entrada. Iba tan sucio como el resto de los chicos y tenía manchas de sangre seca por todo el cuerpo, pero su piel había adquirido un saludable tono dorado y le había salido barba pelirroja.

No pude reprimir una sonrisa. Él tampoco.

—Vete, Eria —pedí en voz baja.

—Sí, ama, Eria se va a las cocinas y estará muy atareada.

En cuanto mi esclava desapareció, me lancé a los brazos de Aristarco. Él me cogió en volandas y luego se separó de mí para observarme.

—Vaya, tienes buen aspecto.

—Tú estás hecho un asco —dije con sinceridad—. ¿Has venido a robar comida? Si me lo hubieses dicho, te hubiese guardado algo...

—¡Baja la voz! —Mi hermano miró por encima del hombro. No estaba mal visto que los chicos de la *agogé* robaran comida, pues eso agudizaba su ingenio, pero los azotaban si les descubrían—. He venido a ver a nuestros padres.

—¿Y a mí?

—A ti no.

—¡Oye...!

Aristarco rio entre dientes. En ese instante, oímos pasos en el patio y nos separamos de golpe. Luego agachamos la cabeza al mismo tiempo en señal de respeto.

—Hija. —La voz de poeta de mi padre estaba impregnada de cariño—. ¿Hijo?

Levanté un poco la cabeza para mirarlo. Entre las arrugas de sus ojos capté un destello de asombro... y otro de satisfacción. Parpadeó un par de veces y, por fin, sonrió bajo la barba.

—Ven aquí. Deja que te vea.

Aristarco avanzó hacia él. Mientras tanto, mi madre se acercó a mí y me interrogó con la mirada. Llevaba puesto su mejor peplo y una diadema de oro

que ceñía sus rizos oscuros, idénticos a los de Clitemnestra. Las dos eran altas, morenas y esbeltas, mientras que mi padre, Aristarco y yo éramos pelirrojos y delgados. Los hombres de mi familia compensaban su falta de corpulencia con una fuerza obtenida a base de trabajo duro y constancia; yo no la compensaba de ningún modo.

Miré a mi madre con cara de inocencia. Estaba casi segura de que la visita de mi hermano tenía algún motivo oculto, pero ni lo sabía ni tenía interés en averiguarlo. Cualquier excusa para que Aristarco se alejara unas horas de sus compañeros de la *agogé* y visitara a su familia era buena para mí.

Mi hermano y yo habíamos sido inseparables hasta los siete años, cuando él fue arrancado del hogar para ser educado por la comunidad. Mi madre no derramó una sola lágrima, pero yo sí. Sabía que los hermanos de distinto sexo no solían estar tan unidos, pero yo quería mucho a Aristarco y celebraba cualquier oportunidad de estar con él.

Los cuatro cenamos juntos. La esclava de mi madre, Damalis, nos sirvió puré de guisantes y galletas de trigo, y Eria trajo cuencos de aceitunas e higos y una jarra con vino aguado.

Cuando mi hermano rechazó el vino, mi padre le dirigió una mirada de aprobación.

—Haces bien en no beber. Un buen guerrero no debe bajar la guardia.

—Tampoco debería comer todo esto —murmuró Aristarco—. En la *agogé* vivimos a base de sopa negra.

—Como debe ser —dijo mi madre al ver que yo ponía cara de asco. La sopa negra estaba hecha con sangre de cerdo y trozos de carne cruda; yo nunca la había probado, pero tampoco me seducía la idea.

—Será nuestro pequeño secreto. —Mi padre sonrió—. ¿Has mejorado el lanzamiento de jabalina? La última vez que viniste a vernos, Ébalo te superaba.

—Ahora soy tan bueno como él. Y le gano todas las carreras. Bueno, casi todas.

Mi madre le dirigió una mirada penetrante.

—¿Y qué hay de las peleas cuerpo a cuerpo? ¿Sigues dejándote moretones por todas partes?

—Timandra... —dijo mi padre con tono de reproche.

Mi madre se metió una aceituna en la boca y se encogió de hombros. Siempre se había mostrado comprensiva con Clitemnestra y conmigo, pero

era muy severa con Aristarco.

—Sí —admitió mi hermano—. Pero eso también cambiará pronto, ya lo veréis.

Yo reprimí el impulso de cogerle de la mano. Sabía que a Aristarco no le gustaban las peleas, aunque se cuidaba mucho de decirlo en voz alta, y me apenaba que tuviese que hacer el bruto para demostrarles a los demás que no era ningún blando.

—¿Crees que te elegirán para la criptia? —preguntó mi madre entonces.

Hubo un tenso silencio. Hasta que mi padre habló con firmeza:

—No vamos a hablar de la criptia delante de Cinisca.

Su tono no admitía réplica. Yo agradecí que hubiese intervenido: había oído hablar de la criptia, sí, pero no me apetecía pensar en ella. Me asustaba. Y eso que nunca me habían contado todos los detalles; todo lo que sabía era que se trataba de una prueba final para los chicos de la *agogé*, una prueba a la que solo se enfrentaban los mejores. Los elegidos eran enviados al campo con un trapo mugriento y un puñal con el propósito de mantenerse ocultos durante el día y emboscar y asesinar ilotas por las noches.

Los esclavos temían la criptia más que la cólera de los dioses, pero los jóvenes espartanos solían pagar con su vida el honor de ser seleccionados para enfrentarse a ella. Un honor dudoso, desde mi punto de vista.

No, yo no quería oír hablar de la criptia. Por eso me gustó que mi padre cambiara de tema.

Mi hermano suspiró:

—De todos modos, hemos tenido otras preocupaciones últimamente.

Fingió examinar con detenimiento su galleta de trigo, pero su espalda estaba tensa. Iba a decir algo importante.

Mi padre le hizo un gesto para que continuara.

—Hay un... ilota —confesó finalmente Aristarco— difícil de domar.

—¿Un ilota?

—Es grande como un caballo. Terco como un buey. Es el héroe de las esclavas y el dios de los esclavos, todos acuden a él como los lobos al líder de su manada. —Bajó la vista—. Por eso es un problema.

Mis padres intercambiaron una mirada. Yo me giré hacia Eria y le indiqué silenciosamente que se retirara; intuía que el resto de la conversación no iba a ser agradable.

—Sí, es un problema que un ilota sea mejor que todos vosotros juntos —

dijo entonces mi madre.

Sus labios habían formado una línea recta. Mi hermano le dirigió una mirada alarmada.

—¡No es mejor! Solo es...

—Solo es lo bastante bueno como para que hayas venido a hablarnos de él —intervino mi padre—. ¿Qué quieres que hagamos nosotros, hijo?

—Ébalo y yo hemos estado hablando y... —Aristarco tragó saliva—. Tal vez la Gerusía podría... tomar medidas. Contra él. Su nombre es Lámaco.

Intuí que se avecinaba una tormenta. Y acerté.

—¿La Gerusía? —exclamó mi padre. Pocas veces levantaba la voz, pero lo hizo en ese momento—. ¿Queréis que el consejo de ancianos resuelva un problema de los jóvenes?

—No conocéis a Lámaco, él es...

—¡Un hombre! ¡Solo es un hombre, por Zeus!

Mi madre sacudió la cabeza con lentitud.

—Es una pena. Para una vez que Ébalo y tú os ponéis de acuerdo, tiene que ser para actuar con cobardía.

—Dile a Ébalo que le pida lo mismo a su hermano Arquídamo, si tiene agallas —resopló mi padre—. O al viejo Plistarco. Cualquiera de nuestros reyes lo aplastaría con su carro por semejante atrevimiento.

Mi hermano había palidecido bajo las pecas, pero aún se las arregló para responder:

—Lámaco es uno de tus esclavos, padre. Por eso he pensado que tú podrías...

Mi padre lo interrumpió con un gesto.

—No soy la nodriza de nadie, hijo. Y la Gerusía tampoco está para eso. Si Licurgo levantara la cabeza y viese que nuestros muchachos no son capaces de domar a un simple esclavo, se moriría de vergüenza.

Se levantó. Mi madre lo imitó y le ayudó a recolocarse el mantón.

—No parí con gritos y sangre para traer al mundo a un cobarde —dijo sin mirar a mi hermano—. Pero todos cometemos errores cuando somos jóvenes. Confío en que mi hijo sepa corregir los suyos a tiempo.

Tomó el brazo de mi padre y los dos salieron de la habitación sumidos en un pesado silencio.

Cuando Aristarco y yo nos quedamos solos, me di cuenta de que había estado conteniendo la respiración.

—Tenía que intentarlo —susurró mi hermano.

Yo le apoyé la cabeza en el hombro. Sabía que mis padres concedían una gran importancia al valor, pero comprendía la inquietud de Aristarco: los muchachos ilotas hacían todo lo posible por atemorizar a los espartanos. Y eran mucho más numerosos.

A veces me preguntaba qué pasaría con los niños del templo cuando creciesen. ¿Dejarían de acudir a nuestras citas vespertinas? ¿Empezarían a odiarme a mí también? Pese a todo, yo estaba con sus enemigos. Con los enemigos de su pueblo, conquistado y sometido al poder de Esparta siglos atrás.

Sabía que los ilotas tenían motivos de sobra para odiarnos, pero esa idea me provocaba un nudo en el estómago.

Desterré aquellos pensamientos de mi mente y me centré en mi hermano:

—¿Tan peligroso es ese Lámaco? ¿Os molesta mucho?

—No es que nos provoque. —Por fin, Aristarco levantó el brazo para rodear mis hombros con él. Ese contacto me pareció reconfortante—. Eso es lo peor de todo, ¿sabes? No nos tiene en cuenta. Es como si no le impresionáramos lo más mínimo. Yo lo dejaría en paz, pero Ébalo... —Mi hermano suspiró—. No lo soporta. No soporta que un esclavo se crea mejor que él.

—Tal vez lo sea —dije recordando mi encontronazo con Ébalo en el templo.

Aristarco me miró de reojo.

—¿Has vuelto a pelearte con Ébalo?

—No —mentí con descaro.

—Cinisca...

—Siempre intenta fastidiarme.

—Lo hace porque eres mi hermana.

—¿Y qué?

—Hay quien cree que le gustas.

Me aparté de él y me abracé a mí misma.

—Si su forma de demostrarme que le gusto es haciéndome sentir mal, prefiero no gustarle. Cuando me case, quiero que sea con un hombre que se porte bien conmigo.

Aristarco me miró con indulgencia.

—Ninguno te va a mimar como nuestro padre, pero tendrás que elegir un

marido de todas maneras.

—Lo sé, sé cuál es el deber de toda espartana: casarse con un hombre para poder darle hijos capaces a la ciudad.

—¿Y cómo lo llevas? —me pinchó él—. ¿Sigues sin echarle el ojo a ningún chico?

Su pregunta me hizo pensar en el misterioso joven que nos había defendido. No porque le hubiera echado el ojo (que también), sino porque seguía queriendo darle las gracias.

—Es posible. Pero no sé cómo se llama.

Aristarco enarcó una ceja pelirroja.

—Seguro que yo lo conozco. Descríbemelo.

—Es alto. —Entorné los ojos—. Tiene el pelo castaño oscuro o negro, no estoy segura. Le llega por la mitad de la espalda.

—¿Alto y moreno? No te preocupes, reuniré a todos los espartanos altos y morenos en el teatro y dejaré que elijas.

—Tiene cicatrices en la espalda —continué como si nada—, y me parece que no se lleva muy bien con Ébalo.

—¿Por qué lo dices?

—Lo intuyo. —Por si acaso, no quise dar detalles acerca de lo sucedido en el templo—. ¿Te suena algún chico como el que te describo?

—¿Un chico alto y moreno al que han azotado alguna vez y que piensa que Ébalo es idiota? Podría ser cualquiera de mis compañeros. —Aristarco sacudió la cabeza—. Si te enteras de algo más, no dudes en decírmelo. Haré averiguaciones.

—Gracias. —Estiré la mano y le aparté un mechón de pelo de la cara—. Siento lo de nuestros padres, pero me alegro de haberte visto esta noche.

Él me contempló con cariño, pero no dijo nada. Supongo que no quería parecer demasiado sentimental. Me quedé mirando sus pies descalzos mientras se ponía en pie; yo también iba descalza a veces, pero mis plantas no estaban negras y callosas. La *agogé* debía de ser un espanto.

Estaba cogiendo la lámpara de aceite cuando volví a escuchar la voz de Aristarco desde la puerta:

—Ten cuidado, Cinisca.

Mi hermano me miraba por encima del hombro.

—Ébalo nunca olvida una ofensa —advirtió—. Te devolverá cada una de ellas multiplicada por diez, así que no entres en su guerra.

Yo recordé lo sucedido en el templo y sentí un escalofrío, pero traté de disimularlo.

—Gracias, hermano.

—Cuídate, pequeña.

Ese «pequeña» aún resonaba en mis oídos cuando me quedé sola frente a los restos de la cena. No recordaba la última vez que mi hermano se había dirigido a mí con palabras tiernas; se suponía que no debía hacerlo.

¿Por qué los hombres tenían que embrutecerse para ser considerados dignos ciudadanos de Esparta? ¿No podían ser sanguinarios en el frente de batalla y dulces con sus seres queridos?

Me dije que nunca obtendría respuestas a mis preguntas. Ni siquiera podría formularlas en voz alta; no sin ofender a mi familia, a mis conciudadanos y a mis dioses.

Suspiré y, por fin, me dirigí hacia mi habitación con la lámpara en ristre. Eria ya estaba dormida a los pies de mi lecho, enroscada como una culebra, así que yo misma la apagué y me tendí boca arriba en la oscuridad.

Mi último pensamiento del día fue para ese joven misterioso. Aristarco tenía razón: no sería fácil encontrarlo con tan poca información.

Sin embargo, era un espartano. Vivía en la polis. Estaba ahí, en alguna parte; solo tenía que confiar en la suerte para volver a cruzármelo.

Sí. Terminaría dando con él. Y entonces...

Entonces llegaría mi condena.

Capítulo 3

Encuentro en el río

Los siguientes días transcurrieron apaciblemente.

Mis padres y yo no volvimos a tener noticias de Aristarco, y ninguno de los tres mencionó aquella última conversación. Mi madre se mostró especialmente afectuosa conmigo; pasamos muchas horas tejiendo un mantón para Clitemnestra y luego fuimos a visitarla.

Yo sabía que mi madre estaba preocupada por mi hermano, pero trataba de disimularlo. Era muy reservada: cuando estaba nerviosa, solo hablaba con Damalis. No era raro que una espartana confiara en su esclava doméstica (yo misma confiaba en Eria), pero la relación de mi madre y Damalis siempre había sido especial. A veces yo me preguntaba el motivo, pero nunca en voz alta; había cosas que, sencillamente, no tenía por qué saber. Lo había aprendido con el paso del tiempo.

Sea como fuere, aquella visita distrajo a mi madre. Clitemnestra vivía en lo alto de la Acrópolis, en una casa tan austera como cualquier otra, con sus paredes de adobe y sus tejas rojizas. El único capricho que le había concedido su esposo era decorar el friso de la entrada con un relieve de Cástor y Pólux; yo solía entretenerme contemplando esas figuras de mármol, tan parecidas a los muchachos de la *agogé*, y me preguntaba si las habrían tallado a imagen y semejanza de alguno de ellos.

Nada más entrar, nos recibieron tres perros de caza y dos solícitas esclavas que nos quitaron los mantones. Mi madre fue al encuentro de Clitemnestra de inmediato; yo remoloneé un poco para contemplar la tosca estatua de Ares que presidía el altar doméstico. Se parecía sospechosamente al rey Arquídamo.

—¿Hermana? —oí decir a Clitemnestra desde el interior.

Sonreí.

—¡Ya voy!

Encontré a mi hermana tumbada entre almohadones: su enorme barriga ya no le permitía moverse. Aun así, parecía animada.

—¿Cómo está la pequeña de la casa? —Me tendió las manos y se las besé con cariño—. Madre acaba de enseñarme el mantón, es precioso. Muchas gracias por tejerlo para mí.

—Bobadas —dijo mi madre—. No es bueno que tejas en tu estado.

—Por Hera, madre, no empieces tú también... —Clitemnestra me miró en busca de ayuda—. Mi esposo tampoco me deja tejer. Ni levantarme del lecho. Lo único que me deja hacer es abrirme de piernas, ya ves tú.

Mi madre soltó una carcajada y mi hermana la imitó; yo fingí toser. Clitemnestra alababa abiertamente las habilidades amatorias de su esposo, pero yo prefería no conocer todos los detalles. Me bastaba con saber que era feliz.

Bien pensado, ¿cómo no iba a serlo? En Esparta había dos reyes, uno joven y apuesto y otro anciano y malhumorado, y a mi hermana la habían casado con el primero de ellos. ¿No era eso lo máximo a lo que podía aspirar cualquier ciudadana?

Las criadas escogieron ese momento para servirnos vino y mi madre aprovechó la interrupción para sacar uno de sus temas favoritos: la boda de mi hermana.

—Fue una lástima que tuviésemos que cortarte el pelo —dijo por enésima vez—, pero ya te ha crecido mucho.

—Afortunadamente. —Clitemnestra sacudió sus bucles con orgullo—. A mi esposo le gusta que lo lleve suelto, me quita las trenzas en cuanto viene a verme. Aunque no sé cómo se las arregla para encontrarme: el condenado solo aparece de noche. Cualquier día me confundirá con nuestra cabra...

Mi madre volvió a reír. Clitemnestra siempre conseguía ponerla de buen humor.

—Bueno, hija, es mejor que pase el día con sus compañeros de armas y te reserve los placeres de la noche a ti sola. Además, no es fácil soportar a un hombre, y menos aún a uno recién casado.

—Padre parece bastante fácil de soportar —dije yo.

—Lo es ahora. —Mi madre jugueteó con una de mis trenzas—. Pero los hombres jóvenes suelen ser unos gallos presuntuosos. Cuanto más tranquilas

os dejen vuestros esposos, mejor.

El plural me inquietó; sobre todo, porque mi madre y mi hermana me miraron con insistencia. Pero yo fingí no darme cuenta de ello y la conversación pronto volvió a centrarse en Clitemnestra, sus abultados senos, lo contento que tenía que estar su marido y lo sano que nacería el hijo de ambos.

—Varón o hembra, espero que sea tan fuerte como su padre —dijo mi hermana—. Si lo hubieseis visto la noche de bodas... ¡Cruzó todo el patio cargándome sobre su hombro derecho! Aún tiene la marca de mis dientes...

Mi madre y ella rieron una vez más y yo sonreí para no ser aguafiestas. Cuando una muchacha espartana accedía a casarse, su esclava le cortaba el pelo, le ponía un *himación* rojo como el de los hombres y se retiraba discretamente; entonces su futuro esposo debía colarse en su dormitorio y escenificar un secuestro. La unión quedaba sellada cuando la pareja se acostaba por primera vez en casa del marido. Pero ninguna mujer que se preciara se dejaba arrastrar hasta ella sin resistirse.

A mí no me parecía una perspectiva demasiado agradable, pero suponía que cambiaría de idea cuando me casara.

—Bueno, Cinisca, cuéntame qué tal en la *thiasa* —dijo Clitemnestra al ver que yo no decía nada—. ¿Anticlea sigue molestándote?

Fue una pregunta bienintencionada, pero sentí que se me encogía el estómago.

Mi madre intervino rápidamente:

—Cinisca sabrá lidiar con cualquier compañera, ¿verdad? Incluso con las más molestas.

Dije que sí con la cabeza; tampoco podía hacer otra cosa. Pero Clitemnestra frunció el ceño.

—Si se excede, hermana, cuéntamelo. Ahora mismo no puedo hacer gran cosa, pero daré a luz en breve. Y no tengo ningún problema en darle un escarmiento a Anticlea o a quien sea, ¿me oyes?

Volví a decir que sí con la cabeza. Clitemnestra era una excelente luchadora y una de las muchachas más populares de la ciudad; yo agradecía que quisiera defenderme, pero las cosas eran más complicadas.

Mi madre cambió de tema y, poco a poco, yo recuperé el color. Nos despedimos de Clitemnestra cuando el sol ya declinaba en el horizonte y prometimos volver pronto.

Tras la visita, mi madre fue a ocuparse de nuestra despensa. Como mi padre vivía dedicado a las armas y a la política, ella gobernaba nuestro hogar y nuestras tierras; lo hacía con firmeza y habilidad, y muchas de mis compañeras la tomaban como ejemplo de conducta.

A veces oía cómo murmuraban a mis espaldas: se preguntaban cómo era posible que una hija de Agis y Timandra no destacara en nada en absoluto. No era fuerte ni feroz. No era ágil ni astuta. Ni siquiera era tan bella como madre o Clitemnestra: tenía la cara puntiaguda de mi padre, las pecas de mi hermano y el cuerpo delgado de los dos. Ébalo se metía con mis ojos porque le parecían «de cervatillo» y Anticlea solía burlarse de lo deprisa que me sonrojaba. Aunque algunos me decían que era bonita, no tenía el físico para ser una buena madre ni el vigor que se le exigía a una buena ciudadana.

Sí, oía murmuraciones a menudo. Y, cuando eso sucedía, huía al templo de Afrodita y me consolaba con mis historias.

Eché un último vistazo al relieve de Cástor y Pólux y bajé la colina que conducía a mi ensenada favorita del río. Las aguas serpenteantes del Eurotas envolvían la polis en un halo de destellos, y a mí me fascinaba contemplarlas al alba y durante el crepúsculo. Me sentaba en sus orillas moteadas de flores azules y soñaba despierta con las náyades que concedían deseos.

Algunos pensaban que yo era rara por dejar volar mi imaginación. No sabían que los mundos que creaba en mi cabeza me ayudaban a sobrevivir en el que me rodeaba.

Aún me daba tiempo a bañarme antes de mi cita en el templo. Soplaba un viento fresco, pero podía soportarlo; no me gustaba nada sentirme sucia. Comprobé que no hubiese nadie cerca (no porque me avergonzara mi desnudez, sino porque no tenía ganas de hablar), me quité el peplo y lo anudé a la rama de un olivo. Luego, por fin, me deslicé entre dos enormes piedras para ocultarme de quienes se acercaran a la orilla.

Solo entonces vi que me había equivocado: no estaba sola. Había un joven metido en el agua, de espaldas a mí; estaba ligeramente inclinado hacia delante, con las puntas de la melena mojadas y los músculos en tensión.

Su espalda estaba abierta por varios cortes. «Azotes», pensé, y estuve a punto de darme la vuelta. Los chicos de la *agogé* eran azotados con frecuencia y por motivos diversos, como replicar a los mayores o permanecer

ociosos, pero a ninguno le gustaba que otros viesen sus heridas.

El joven sumergió su cuerpo en el agua y dejó escapar un suspiro de alivio. Yo seguía entre las piedras, abrazándome a mí misma, sin saber si debía marcharme o decirle algo.

Entonces él se dio la vuelta.

Cuando nuestras miradas se encontraron, sentí que el aire abandonaba mi pecho. Él dejó escapar un gruñido de sorpresa; su boca no sonrió, pero me pareció que sus ojos sí que lo hacían. Observé algunos detalles que había pasado por alto la última vez: por ejemplo, que tenía la nariz recta y los párpados oscurecidos por la falta de sueño.

Pero era él, sin duda. El misterioso joven que nos había defendido en el templo.

Sin apartar los brazos de mi pecho, di un paso vacilante.

—Hola —saludé—. ¿Te acuerdas de mí?

—Umm —fue su elocuente respuesta.

—Yo también me alegro de volver a verte, ¿eh? —Avancé y la corriente estuvo a punto de derribarme, pero hundí los pies en el lecho del río y me mantuve erguida—. Fuiste muy valiente ayudándonos. ¿Te azotaron por enfrentarte a Ébalo? Si es así, no sabes cuánto lo siento...

El joven se incorporó de nuevo y su altura me intimidó un poco, pero no me alejé.

—No me azotaron por vuestra culpa —dijo suavemente—. Creen que hablo demasiado, es todo.

Tenía una voz inesperadamente dulce. Parpadeé un par de veces y, finalmente, me atreví a sonreír.

—A mí también me dicen que hablo demasiado, pero tú deberías tener más cuidado. Estando en la *agogé* y todo eso... —De repente, me dio la espalda—. ¡Oye, no me ignores! Solo quería darte las gracias.

—De nada —dijo él sin darse la vuelta. Y se alejó por el agua.

Fui a perseguirlo, pero resbalé y me zambullí de lleno. Sentí frío en el cuerpo y calor en las mejillas, todo a la vez, pero no me rendí; braceé como un cachorro y luego estiré la mano para agarrar la del chico.

—¿Por qué no quieres hablar conmigo? ¿Es porque estoy desnuda? —Sin soltarlo, usé el brazo que tenía libre para volver a taparme el pecho—. ¿O es que tú también piensas que soy rara?

Estaba nerviosa. No tendría que haberme importado lo que ese chico

pensara de mí, pero me importaba. Un poco, al menos.

Por fin, él volvió a girarse. Y me dirigió una mirada que no supe interpretar.

—¿Rara?... —repitió con cautela. Luego resopló—. Por supuesto que lo eres. Les cuentas historias a los esclavos.

Me sentí ligeramente herida. Y eso que tendría que haberlo esperado: una cosa era que el joven no quisiese que Ébalo nos maltratara y otra que no opinara lo mismo que todo el mundo.

Que yo no debía mezclarme con los ilotas.

Que deshonraba a mis semejantes rebajándome de ese modo.

—A ellos les gustan y a mí también —repliqué con toda la dignidad que fui capaz de reunir.

Comprendí que no tenía sentido seguir insistiendo, así que solté al chico y retrocedí para volver a mi refugio entre las rocas.

Pero entonces él habló de nuevo:

—Y a mí.

Tragué saliva, pero no dije nada.

—También me gustan —aclaró al cabo de un momento.

Yo ya lo había entendido, pero algo calentó mi pecho en ese instante.

Abrí la boca para preguntarle su nombre, pero entonces alguien gritó:

—¡Ama!

Era la voz de Eria. Me apoyé en una de las piedras y cogí impulso para asomar la cabeza por encima de ella; cuando lo hice, vi que mi esclava bajaba corriendo la colina.

—¡Ama! ¡Ama, ama, ama! ¡Amaaa!...

Parecía más nerviosa de lo normal. Preocupada, me giré para despedirme del chico, pero ya no lo encontré: se había ido. Sin decir adiós.

Me tragué la decepción que sentía y salí del agua. El viento me heló la piel; las últimas luces de la tarde proyectaban la sombra alargada de Eria en la hierba. Tiritando, fui a desatar mi peplo de la rama del olivo...

Pero ya no estaba allí.

Mi esclava llegó sin aliento.

—Ama...

Los ojos de Eria me gritaban que algo no iba bien. Sin decirme nada, se quitó su mugrienta camisa y me la tendió, y yo me la anudé alrededor de la cintura para cubrir mis partes íntimas.

Mi esclava me cogió de la mano e hizo un gesto en dirección a la polis. Y entonces supe, sin necesidad de que nadie me lo dijese, que mis problemas solo acababan de empezar.

Capítulo 4

Lámaco

Aristarco me lo había advertido: Ébalo nunca olvidaba una ofensa.

En cuanto llegué a lo alto de la Acrópolis, comprendí que no tendría que haberme confiado. Eria y yo subimos precipitadamente la colina y nos detuvimos al mismo tiempo frente a la entrada del teatro; estaba flanqueada por dos estatuas de Cástor y Pólux, esculpidas en mármol y pintadas con vivos colores, que triplicaban mi altura.

Mi atención se centró en la de Pólux, que tenía el brazo extendido hacia el cielo. Entre sus dedos de piedra había enganchado un jirón de tela amarilla que el viento sacudía ferozmente.

—Mi peplo.

—¿Cómo ha llegado hasta allí? —murmuré.

Miré alrededor. Junto a mí había un joven ilota vigilando dos enormes caballos marrones, dos ancianas examinando un velo, un niño desnudo huyendo de su madre...

Entonces mi mirada se detuvo en la entrada del templo de Atenea, que estaba justo al lado del teatro.

Ébalo y otros diez muchachos me observaban desde allí. Todos iban vestidos con *himationes* rojos. Ninguno parecía tener nada que hacer.

Nada excepto mirarme.

Apreté los labios y lo comprendí: se estaban vengando.

Iba a tener que trepar por la estatua delante de ellos. No es que el hecho de ir medio desnuda fuera especialmente humillante para mí, pero no me seducía la idea de verme obligada a hacer acrobacias en paños menores bajo la atenta mirada de diez chicos de mi edad.

Pero ¿qué otra opción tenía? Si volvía a casa sin mi peplo, tendría que admitir que me lo habían robado... y que yo no había tratado de recuperarlo. Era eso o mentir, y mentir se me daba bastante mal. Mi madre me descubriría en cuestión de segundos.

No, debía aceptar el desafío. Debía recuperar mi ropa.

Un susurro de Eria me arrancó de mis pensamientos:

—Eria irá a por el peplo de su ama. Eria sabe trepar muy bien.

Era mentira: Eria no tenía sentido del equilibrio y le costaba no tropezar con sus propios pies. Su ofrecimiento me conmovió, pero sabía que no podía aceptarlo; además, Ébalo me estaba desafiando. Y yo debía responder.

—Eria se quedará esperándome aquí abajo —contesté entre dientes.

Me giré hacia el joven y reuní todo mi aplomo para sonreírle. ¿Quería hacerme pasar un mal rato? Bien, no iba a darle ese gusto.

Pero mi sonrisa vaciló al ver que un grupo de chicas se aproximaba.

Eran mis compañeras de la *thiasa*. Y las dirigía Anticlea.

Cómo no.

Sus trenzas rubias, adornadas con cintas rojas, se mecían con cada una de sus zancadas; su peplo también era rojo, como el de los hombres, y llevaba la frente ceñida con una diadema de bronce. Tenía un aspecto magnífico, como siempre.

Anticlea era un año menor que yo y diez veces más robusta, y le gustaba recordarme ambas cosas a menudo. Yo trataba de evitarla siempre que podía, pero no era fácil. En ese momento, ¡ingenua de mí!, pensé que tal vez distrajese a Ébalo con su imponente presencia. Pero no fue así. Los dos se quedaron mirándome y entonces me di cuenta de algo: el hecho de que mis compañeras estuviesen allí tampoco era casual. Los chicos las habían llamado.

—¡Ánimo, Cinisca! —me gritó Anticlea—. ¡Ya les hemos dicho a los muchachos que eres una gran trepadora!

Las risas golpearon mis oídos. Oí el relincho inquieto de un caballo y un gruñido de Eria, pero no me giré.

—¡Siempre puedes enviar a un esclavo en tu lugar! —dijo Ébalo—. ¡Estoy seguro de que cualquiera de ellos se dejaría pisar la cabeza por ti!

Sentí deseos de arrojarle una piedra. Eria estaba delante, igual que otras dos docenas de ilotas que empujaban carros y cargaban sacos de un lado a otro. Algunos me miraron con apuro al escuchar las palabras de Ébalo; otros

agacharon la cabeza.

No, no podía dejar que ninguno de ellos interviniese.

Fruncí el ceño y, por fin, me encaramé a la estatua. Mi primer punto de apoyo fue un pliegue del mantón de Pólux; el segundo, la curva de su rodilla. Mi mano izquierda aferró el borde de su escudo, pero resbaló y tuve que arañarlo, haciendo que saltara una parte de la pintura. Apurada, apoyé la derecha en la empuñadura de su espada.

No había llegado ni a la cintura de Pólux y ya estaba sudando y sin aliento. Trataba de ignorar los comentarios de los otros jóvenes, pero no era fácil.

—¡Mirad qué piernas, no tienen músculo!

—Parece una gallina...

—¡Hay que hacer más ejercicio, Cinisca, que luego te pesa el trasero!

«No escuches», me dije a mí misma, «haz como si no existieran».

Eso era lo que hacía cuando me tocaba pelear en la *thiasa* y mordía el polvo. Eso era lo que hacía cada vez que perdía una carrera o mi jabalina caía a escasa distancia de mis pies. Fingir que no oía lo que las demás decían, fingir que estaba sola en algún otro lugar.

Fingir que era tan buena como cualquier espartana. Aunque no lo fuese.

El primer puñado de tierra me arañó el muslo. Por suerte, resistí la tentación de darme la vuelta: el segundo me impactó en la nuca e hizo que mi frente golpeará la piedra.

—¡Buen tiro! —alabó alguien.

Yo cerré los ojos un instante.

«No escuches».

Como si fuese tan fácil.

Ya había llegado al pecho de Pólux; si resbalaba y me caía, podía romperme algún hueso. Pese a todos mis esfuerzos por mantener la calma, empezaron a fallarme las fuerzas.

«Un poco más, Cinisca», me dije, «un poco más y lo tienes».

Me subí a la cabeza de piedra y estiré el brazo hasta rozar la tela amarilla. Mi puño se cerró en torno a ella y tiré con fuerza.

Oí cómo la tela se rasgaba, pero la prenda cayó sobre mi brazo. Sentí tanto alivio que me entraron ganas de llorar, pero me las tragué e inicié el descenso.

Estaba intentando no prestar atención a lo que sucedía ahí abajo. Por eso no vi venir el peligro hasta que lo tuve a mis pies.

—¡Moved la estatua!

Entonces miré hacia abajo. Y vi que Ébalo y Anticlea estaban abrazando una de las piernas de Pólux.

Los dos reían. Yo empecé a temblar sin control.

—¡No! —supliqué.

—¡Parad, por los dioses! —oí gritar a Eria.

El primer vaivén de la estatua estuvo a punto de hacerme vomitar. Me abracé a la coraza de Pólux con todas mis fuerzas y rogué en silencio a los dioses.

Y alguno de ellos me escuchó.

Mientras yo arañaba el mármol para no caer, las protestas de mi esclava se mezclaron con relinchos y cascos de caballo. Y las risas de los espartanos se convirtieron en gritos.

—¿Qué haces, loco? —rugió Ébalo—. ¡Apártate!...

Me costó unos segundos atreverme a mirar hacia abajo. Y lo que vi me cortó el aliento.

El ilota que estaba cuidando de los caballos los había soltado y ahora se hallaba a lomos de uno de ellos. Cabalgando en línea recta hacia Ébalo. Y no, no se apartó: fue el chico quien tuvo que alejarse de la estatua para evitar que lo arrollara.

Yo me había quedado paralizada, pero comprendí que solo tenía una oportunidad. Así que empecé a bajar por la estatua de Pólux tan deprisa como fui capaz.

Eria me recibió en sus brazos y las dos rodamos por el suelo, pero me dio igual. Aún estaba temblando y aferraba el dichoso peplo como si fuera el Vello de Oro.

—¡Tienes que irte, ama! ¡Deprisa, deprisa! ¡Antes de que se acuerden de ti, ama!...

Yo me levanté como pude y tiré de ella para incorporarla. Vi decenas de mantones rojos alrededor y comprendí que tenía razón: aún no estábamos a salvo.

Entonces el jinete regresó. Detuvo el caballo frente a nosotras, a modo de barrera protectora, y se giró para mirarnos.

Nunca olvidaré ese momento. Nunca. Por muchos años que pasen.

Mi corazón pareció detenerse un instante; después volvió a latir con fuerza. Conocía esa cara, que ahora estaba sucia y torcida por una mueca triunfal. La

había visto antes, sí, pero no había reconocido a su dueño hasta ese momento. Porque ahora llevaba un gorro de piel, como todos los ilotas, y vestía los mismos harapos descoloridos.

Pero no hubiese podido olvidar esos ojos. Ni el amago de sonrisa que me dedicó.

Era él. El chico del templo. El del río.

Un esclavo. Era un esclavo.

—Corre, espartana.

Fue todo lo que dijo. Después espoleó el caballo y este emprendió la carrera.

Eria tiró de mí en dirección contraria. Yo aún miraba hacia atrás cuando nos metimos por la callejuela más próxima.

—¡Pagarás por esto, Lámaco! —seguía gritando Ébalo desde la escalinata del templo—. ¡Lo pagarás muy caro!

Pero Lámaco se limitó a soltar una risa triunfal. El viento le arrancó el gorro de piel, liberando su melena, pero él no trató de recuperarlo; tan solo volvió a espolear el caballo y, como un Helios terrenal, desapareció con los últimos rayos de sol poniente.

Capítulo 5

Eros armado

Por primera vez, falté a mi cita en el templo de Afrodita. Lo cierto es que me olvidé de los niños hasta que estuve a salvo en mi lecho: antes tuve que explicarles a mis padres lo sucedido frente al teatro. Sabía que, si no lo hacía yo, se enterarían por otros medios.

Mi madre celebró mi hazaña:

—Te han puesto un reto y lo has superado. Te felicito, hija. Tu hermana hubiese hecho lo mismo.

Yo retorcí el borde de mi peplo agujereado sin mirarla directamente. Aún estaba asustada, pero tenía que disimularlo.

—Fue gracias al... esclavo —reconocí en voz baja.

Lámaco. Aquel era el famoso Lámaco, el ilota que tanto preocupaba a mi hermano y al resto de los jóvenes de la ciudad.

Yo había dado por hecho que se trataba de un espartano. Se suponía que los esclavos no podían llevar el pelo largo, por lo que deduje que Lámaco ocultaría su melena bajo el gorro durante la mayor parte del tiempo. Pero ¿por qué? ¿Por qué arriesgarse a provocar la ira de sus amos por semejante cosa?

Y luego estaba ese aire confiado. Nunca antes había visto a un ilota comportarse de ese modo, plantando cara a los espartanos como si fuesen sus iguales. No: como si fuesen sus súbditos.

Pero me había salvado. Se había enfrentado a Ébalo y los demás para ayudarme. Que lo hubiese hecho por su propio orgullo y no por mí era lo de menos: estaba en deuda con él. Estaba en deuda con uno de los esclavos de mi padre. Y todavía no sabía cómo sentirme al respecto.

—Ningún aliado es malo en tiempos de guerra. —Mi madre sonrió con indulgencia—. Lo único que lamento es la debilidad de nuestros jóvenes: una muchacha y un ilota han podido con diez de ellos. Claro que, esa muchacha —añadió con evidente satisfacción—, es hija nuestra.

Miró a mi padre, pero él no parecía complacido, sino preocupado:

—No me gusta pensar que los chicos molestan a mi hija para divertirse. Sé que lo hacen para llamar tu atención, pero... puede ser peligroso. No, no me gusta.

—Yo no intento llamar su atención, padre. De verdad.

Mi padre sacudió la cabeza y dijo algo sorprendente:

—Aristarco me dijo que te interesaba un joven de la *agogé*. ¿Ya sabéis de quién se trata?

Me mordí la lengua para no contestar que mi hermano era un chivato y traté de disimular mi turbación.

—¿Eh?... —Tragué saliva y parpadeé—. No, no. No sé nada de él.

No me gustaba mentirles a mis padres, pero ¿qué otra cosa podía hacer? No podía admitir que me había fijado en un ilota, de ninguna manera.

—En ese caso, debes ir pensando en otro —dijo mi padre—. Si te casas con un hombre, los demás te dejarán tranquila.

Yo abrí la boca para responder, pero mi madre se me adelantó:

—¿Tú te estás oyendo, Agis? —Sus pobladas cejas se fruncieron—. Estás asumiendo que nuestra hija necesita a un hombre para estar a salvo. ¡En Esparta, precisamente! ¿Acaso la gran Gorgo necesitaba que Leónidas la protegiese? ¡No, por eso él pudo alejarse de su lado para humillar a Jerjes!

—Cinisca no es una guerrera, es una hija buena y cariñosa —respondió mi padre sin perder la calma—. Antes o después, su gran corazón le hará amar a un hombre que no sea de nuestra familia y querrá darle hijos. Yo solo digo que nos evitaremos problemas si eso sucede más temprano que tarde.

—No es lo que has dado a entender al principio —insistió mi madre.

Los dejé discutiendo y me retiré sigilosamente a mi dormitorio. Eria ya estaba allí, erguida como una liebre, y casi se lanzó a mis brazos al verme. Pero yo no tenía ganas de hablar, así que le pedí que apagara la lámpara.

Solo entonces, a solas y sin testigos, pude asimilar lo ocurrido a lo largo de aquel día.

Había descubierto que el joven que me tenía en vilo no era un espartano, sino un ilota. Y no uno cualquiera: se trataba de Lámaco, el principal

enemigo de los muchachos de la *agogé*. El que había llevado a Aristarco a rogar la intervención de la Gerusía.

«Es como si no le impresionáramos lo más mínimo», había dicho mi hermano de él.

Yo podía creerlo. Después de haber visto cómo galopaba por la Acrópolis, comprendía mucho mejor la preocupación de los jóvenes espartanos.

Pero Lámaco me había protegido. Había soltado a los caballos para asustar a Ébalo y Anticlea y que no pudiesen mover la estatua de Pólux.

Tal vez su intervención me hubiese salvado la vida. Y eso era algo que no podía olvidar.

Apenas dormí aquella noche, pero me levanté con un firme propósito.

Cuando se lo dije a Eria, me miró con sobresalto, pero no se atrevió a contradecirme; después fue al encuentro de Damalis y las oí cuchichear en el patio.

—Claro, claro... Eria también piensa que es una locura, pero su ama está convencida... Hoy mismo, sí. Lo antes posible.

No me quedé husmeando, sino que fui a por mis útiles de aseo y me dediqué a untarme el cuerpo con aceite para quitarme los restos de suciedad del día anterior. También aproveché para desenredarme el pelo: lo tenía liso y fino, por lo que se me hacían nudos enseguida.

Comí con mi madre intentando aparentar normalidad. Como era de esperar, no conseguí engañarla; se dio cuenta de que estaba barruntando algo, pero tuvo la delicadeza de no hacérmelo notar. Probablemente, lo achacaría a lo que mi padre me había dicho el día anterior.

Yo aún no había pensado en eso. Otros asuntos reclamaban mi atención; después tendría todo el tiempo del mundo para angustiarme por mi inminente boda.

Eria vino a verme, obediente, cuando el sol ya estaba a punto de ponerse. Jadeaba y tenía la ropa pegada a la piel por culpa del sudor, pero se arrodilló junto a mí y me habló al oído:

—En el templo de Eros, ama.

Aquello me sorprendió, pero no lo demostré. Me alisé el peplo, que aún no

había remendado, me puse las sandalias y me coloqué el velo por encima de la cabeza.

—¿Quieres que Eria vaya contigo?

Mi esclava me miraba con inquietud, pero yo sacudí la cabeza.

—Estaré bien. —Siguiendo un impulso, me incliné para besar su frente—. Gracias, Eria.

Ella no dijo nada, pero siguió contemplándome desde la puerta hasta que la perdí de vista.

Entonces apreté el paso.

No solía visitar el templo de Eros con frecuencia, tal vez porque me impresionaba un poco. No por el edificio en sí, que consistía en un rudimentario altar de mármol rodeado de paredes de roca y coronado por una cúpula, sino por lo que su culto implicaba. Estaba bastante apartado del resto, casi a orillas del río, y bordeado por un sinuoso sendero de piedras lisas.

La estatua del dios era de bronce y fayenza, como la mayoría, y representaba a un joven desnudo tensando un arco. El arco apuntaba hacia la puerta, lo cual siempre me había resultado inquietante.

Cuando me refugié en las sombras del templo, capté un aroma dulzón y vi que había varios ramos de jacintos colocados a los pies del dios. Estaba pisando algunos pétalos, por lo que me moví con cuidado para evitarlos.

Entonces vi una silueta frente a la estatua. Y tuve que respirar hondo antes de acercarme.

Era él, sin duda. No llevaba su atuendo de esclavo, sino el mismo paño con el que se cubría el día que nos vimos en el templo de Afrodita. La melena oscura caía sobre uno de sus hombros, dejando las heridas del otro bien visibles.

Al oír mis pasos, Lámaco se giró de golpe. Su expresión se relajó al verme; sin embargo, me costó sostenerle la mirada.

—Hola —dije en voz baja.

El joven se cruzó de brazos.

—Hola, espartana. —Ladeó la cara y me observó con interés—. Me han dicho que querías verme.

Sí, quería verlo. Por eso había hecho que Eria preguntara por él al resto de los ilotas de mi padre. Le había dicho a mi esclava doméstica que acudiría al lugar en el que Lámaco quisiera citarme, pero lo cierto es que no esperaba que fuese aquel.

—¿Por qué en el templo de Eros? —pregunté para ganar algo de tiempo.

Lámaco parpadeó lentamente y se volvió hacia la estatua del dios. Yo aproveché para seguir contemplando su espalda. Ahora entendía de dónde habían salido aquellas cicatrices: no había sido corregido por sus compañeros, sino castigado por sus amos. Una y otra vez. Mi padre era su dueño, pero cualquier espartano podía hacerle daño si quería.

Al fin y al cabo, solo era un ilota. Un simple ilota. Y, pese a todo, yo le había abordado en el río, había fantaseado con él y ahora le había propuesto vernos a escondidas. Estaba siendo muy imprudente.

Ajeno a mis pensamientos, él volvió a mirarme y se encogió de hombros.

—Como es el hijo de Afrodita, he pensado que te gustaría —dijo con sencillez—. Aunque nunca he entendido por qué va armado.

—Porque es peligroso. Una flecha suya puede hacerte muy desgraciado, como le sucedió a Apolo con Dafne.

—Puede hacerte muy desgraciado... o muy feliz, ¿no?

La pregunta me sorprendió. Lámaco me miró con aire apurado.

—¿He dicho algo malo?

—No, creo que no. —Me encogí de hombros—. Es solo que... no lo sé.

—Eso es que Eros no te ha disparado aún.

Me quedé pensativa. Yo no era una niña inocente, precisamente, pero nunca me había sentido herida por una flecha de Eros. El esclavo tenía razón.

Sin embargo, no se la di. No le debía ninguna explicación.

—Bueno —carraspeó al ver que yo no decía nada más—, ¿por qué querías verme?

Buena pregunta. ¿Por qué quería verle? ¿Era para darle las gracias por haberme ayudado en dos ocasiones? ¿Para preguntarle por qué lo había hecho? ¿Para decirle que tuviese cuidado, que los espartanos iban tras él?

Cogí aire y, finalmente, levanté la barbilla para enfrentarme a su mirada.

No me había dado cuenta de lo cerca que estábamos. Su olor era fuerte, pero no me desagradaba. Y casi podía sentir el calor que desprendía su piel.

«Es grande como un caballo. Terco como un buey. Es el héroe de las esclavas y el dios de los esclavos, todos acuden a él como los lobos al líder de su manada». Eso era lo que había dicho mi hermano.

«Por eso es un problema». Eso también lo había dicho.

—No sé por qué me ayudaste el otro día, cuando nos vimos en el templo de Afrodita —confesé finalmente—. Tampoco sé por qué lo hiciste ayer,

pero... gracias. De verdad.

Él alzó las cejas y su expresión cambió. Se volvió más dulce.

—Te ayudé porque no soporto a los abusones. Y porque tú eres buena con los esclavos.

Sus palabras me hicieron sentir vagamente aturdida y un poco orgullosa. Era la primera vez que alguien me alababa por cuidar de los niños ilotas.

«Pero ese alguien es uno de ellos, Cinisca», me recordé con cierta pesadumbre.

—Vaya, gracias —murmuré—. Yo... quería decirte algo más. —Y eso era lo más difícil—. Siento haberme acercado a ti en el río, no debí.

Al principio, Lámaco me miró con cara de incompreensión.

—¿Por qué no? —De pronto, su sonrisa se esfumó—. Oh. Ya. —Apretó las mandíbulas—. Lo dices porque soy un ilota, ¿verdad?

No supe qué contestar a eso. Sí, lo decía porque era un ilota; de haberlo sabido, no me hubiese dirigido a él con tanta naturalidad. Lámaco no era ningún niño: era un hombre, y uno peligroso. Al menos, eso opinaba mi hermano.

—No importa —suspiró él—. Ya me di cuenta de que pensabas que era espartano. —Desvió la mirada—. Por eso me fui.

—No tenías por qué hacerlo. Quería darte las gracias de todas maneras.

—Supongo que por eso estamos aquí. —El joven volvió a mirarme—. Bien, tú me has dado las gracias por ayudarte y yo te doy las gracias por tratar a los ilotas con decencia. —Cabeceó en señal de respeto—. Y ahora será mejor que nos despidamos. Sería una lástima que te vieses hablando con un sucio esclavo.

No había rencor en sus palabras, solo resignación.

Me dio la espalda y yo me quedé clavada en el sitio. Dudando.

«Vete», me dije con impaciencia, «él tiene razón: no deben veros juntos».

Pero seguía sin moverme. Había algo bullendo en mi interior, algo que no podía ignorar. Una sensación de frío que se mezclaba con el calor que sentía en las mejillas.

Me giré para contemplar la estatua de Eros durante un instante. Me pareció que sus ojos vítreos se burlaban de mí.

Volví a mirar a Lámaco y susurré:

—Ten cuidado. —Él ladeó el rostro, pero no llegó a girarse—. No sigas desafiando a los espartanos. Te estás poniendo en peligro.

No contestó enseguida.

—Tal vez no tenga nada que perder, espartana.

Yo me acerqué de nuevo. Tras un instante de vacilación, me atreví a cubrir la distancia que nos separaba y le toqué el brazo.

—Sé que los otros ilotas te admiran mucho. No les harás ningún favor si te matan.

—Créeme: mi intención no es dejar que lo hagan.

—Tu pelo ya es una provocación.

—Para un espartano, cualquier cosa es una provocación.

—¿Tanto nos odias?

Por fin, él volvió a contemplarme. Y algo en su mirada me impresionó.

—Yo no odio a nadie —dijo con firmeza—. Pero no voy a agachar la cabeza por el hecho de que los antepasados de tus reyes derrotaran a los míos.

—Apretó los labios—. ¿Has oído hablar del reino de Mesenia?

Me sentí ligeramente incomoda, pero asentí.

—Sí. Era el reino que había al otro lado del monte Taigeto antes de que Esparta conquistara esas tierras.

—Mis antepasados lucharon por su libertad y la perdieron —gruñó Lámaco—, pero eso no quiere decir que yo no pueda luchar por la mía.

—Un solo hombre no puede liberar a un pueblo entero.

—Pero puede servir de ejemplo.

Dejé caer el brazo y me alejé un paso de él. ¿Estaba insinuando que...? No, no quería saberlo. Era mejor que no lo supiese.

Sacudí la cabeza, suspiré y volví a colocarme el velo.

—Ten cuidado —repetí—. Ningún hombre es inmortal.

—Pero los héroes lo son —replicó él.

Nuestras miradas volvieron a encontrarse. Solo entonces me di cuenta de que me faltaba el aire.

Tenía que salir de ese templo. Tenía que alejarme de ese hombre.

Él volvió a inclinar la cabeza.

—Adiós, espartana.

Yo tragué saliva.

—Adiós..., esclavo.

Un soplo de brisa me recibió al salir. Cerré los ojos para que el sol poniente no me cegara; después aferré las puntas de mi velo y eché a correr por el sendero, colina arriba, con el pretexto de llegar puntual a mi cita en el

templo de Afrodita.

Mi mirada se perdió en el cielo rosado. ¿Qué había sucedido ahí dentro?, ¿por qué me sentía tan rara de repente? Algo no estaba bien. Algo no estaba bien, pero yo no sabía de qué se trataba. Solo sabía que aún tenía la cara ardiendo y el corazón enloquecido.

«No pienses en ello. No pienses en él».

Eso fue lo que me propuse entonces. Pero las cosas no iban a ser tan sencillas.

Capítulo 6

El lugar de un esclavo

Salimos del templo cuando ya era de noche. Había luna llena, lo cual no nos convenía. Despedí a los niños con susurros apremiantes; el más pequeño, que solo tenía cinco años, siguió aferrado a mi peplo hasta que su hermana mayor tiró de él. Cuando el último niño se escabulló, Eria y yo emprendimos el camino a casa.

Como siempre, la historia de aquel día me había ayudado a serenarme. Eso y hallarme bajo la cariñosa mirada de Afrodita: cuando me acercaba a la estatua de la diosa, tenía la impresión de que nada podía dañarme.

—Estás muy callada, Eria —dije en voz baja.

Ella me dirigió una mirada grave.

—Eria se pregunta por qué has contado la historia de Apolo y Dafne, ama.

No respondí enseguida. Aún teníamos que cruzar una arboleda para llegar a casa, así que cogí a mi esclava de la mano y la guie por el sendero más corto. Ella se dejó arrastrar dando traspies, pero yo sabía que estaba esperando una respuesta.

—¿No te gusta esa historia? —pregunté para ganar tiempo.

—Has cambiado el final, ama. Eria se sabía otros finales, pero no ese. Ese no, ama, ese no se lo sabía Eria.

Lo dijo con tono acusador. Yo me detuve un instante y me giré hacia ella.

—¿Y cuál es el problema? ¿Hubieses preferido un final triste?

Me había inventado un nuevo final para la historia de Apolo y Dafne: en vez de clavarle a Apolo una flecha de pasión y a Dafne una de desprecio, Eros los había atravesado a ambos con una flecha de amor. Dafne no se había convertido en laurel para huir de Apolo, sino porque le asustaba la idea de

amar a un dios; entonces Apolo se había transformado en una enredadera para poder abrazarla sin miedo. Y así los dos se habían encontrado de nuevo.

Yo estaba orgullosa de aquel final, pero Eria no parecía pensar lo mismo que yo.

—Da igual lo que prefiera Eria, ama. —Mi esclava se llevó mi mano al corazón—. Eria solo está preocupada.

«Qué novedad», pensé. Pero no quise herir los sentimientos de mi esclava diciéndolo en voz alta.

—¿Por mí? ¿Por qué?

Su expresión se volvió sombría.

—Eria conoce bien a Lámaco —murmuró—, y tú has estado a solas con él. Sentí que el calor trepaba por mi cara.

—¡Por los dioses, Eria, él no ha intentado nada de lo que estás pensando!...

—Eria no está pensando en *eso*, ama, aunque se alegra de que Lámaco no haya intentado ponerte las manos encima. —Sus labios se fruncieron—. Pero Lámaco es un embaucador, sí, Eria lo sabe. Llena la cabeza de los esclavos de... ideas. Ideas peligrosas.

—¿Como cuáles?

No pude evitar preguntárselo. Complacida por mi interés, Eria prosiguió:

—Les dice que... no tienen por qué ser esclavos. —Me miró avergonzada, como si hubiese dicho una grosería—. Que nuestros antepasados eran reyes y hombres libres, que poseían sus propias tierras y solo debían obediencia a sus propias leyes y a los dioses. Que los espartanos... —Bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. Que los espartanos sois brutales y sanguinarios, ama. Que sois incapaces de crear y por eso lo destruís todo.

—Vaya, qué amable por su parte —suspiré.

Pero, en el fondo, me sentía ligeramente impresionada. ¿Cuánto había de verdad en el discurso de Lámaco? No quería pensarlo.

—Eria lo siente, ama. Eria siente tener que pronunciar palabras tan feas porque no las piensa, ¿eh? No, de ninguna manera. Eria quiere a su ama y está muy agradecida. Eria —añadió lentamente— sabe cuál es su lugar.

Parecía molesta, lo cual me sorprendió. Eria se alteraba fácilmente, pero no solía enfadarse.

—Agradezco tu lealtad, querida. —Eché a andar de nuevo, todavía cogiéndola de la mano—. Dime, ¿has tenido que explicarle a Lámaco cuál era

tu lugar?

—A Lámaco no, ama.

Lo dijo casi con orgullo. Y aquello terminó de intrigarme.

Habíamos dejado atrás la arboleda; las calles de la polis estaban bañadas de luz blanca. Pasamos junto a la casa del rey Arquídamo, donde mi hermana y él estarían teniendo uno de sus encuentros nocturnos, y eché un rápido vistazo al friso antes de doblar la esquina. Incluso Cástor y Pólux parecían expectantes.

—A Lámaco no —repetí—. ¿A quién, entonces?

La mano de mi esclava empezó a sudar. Y comprendí que estaba acercándose peligrosamente a un secreto. ¿Querría Eria compartirlo conmigo?

—Nicandro.

Pronunció su nombre con un hilo de voz. Yo estuve a punto de tropezar.

¿Nicandro? ¿Nicandro, el huraño jovencito que escuchaba mis historias tras las columnas del templo? ¿Cuándo habían hablado Eria y él? ¿Y por qué yo no me había enterado?

No pude resistir el impulso de girarme hacia mi esclava. Cuando lo hice, ella se removió con nerviosismo.

—Nicandro también tiene ideas extrañas, ama, y Eria ha tenido que quitárselas de la cabeza. —Le temblaba un poco la voz—. Damalis le contó a Eria... Le contó que hay espartanos que hacen... cosas... con muchachas ilotas. Para divertirse.

Mi asombro se convirtió en espanto.

—Por los dioses, Eria, ¡Nicandro y tú aún sois niños! —Le puse las manos en los hombros—. ¿Qué hacéis hablando de...?

Pero Eria me miró con resignación.

—¡Ay, ama! Los espartanos dejan de ser niños a los siete años, cuando empiezan la *agogé*. Y a los ilotas no se nos permite serlo nunca, ¿sabes? Los ilotas nacemos alerta y morimos alerta, ama, es necesario para sobrevivir. Pero no te preocupes. —Puso sus manos sobre las mías—. Eria sabe cuál es su lugar y lo acepta. Por eso Eria no es peligrosa, pero Lámaco sí.

Se me había secado la garganta. Era la primera vez que Eria me hablaba de ese modo, y todo se debía a Lámaco. Aunque intentaba no pensar en él, su nombre parecía perseguirme.

Según mi esclava, el joven no estaba dispuesto a conformarse con su vida

de esclavo. En realidad, él mismo me lo había dado a entender: «Mis antepasados lucharon por su libertad y la perdieron, pero eso no quiere decir que yo no pueda luchar por la mía».

Comprendí que me angustiaba la idea de que Lámaco rechazara su destino. No podía ganar; solo conseguiría recibir castigos cada vez más crueles y, finalmente, alguien decidiría que era demasiado molesto y le clavaría una daga en el vientre.

Un espartano no podía matar a un ilota por puro aburrimiento sin hacer enfadar a los dioses, por eso los magistrados de Esparta les declaraban la guerra cada año. Para justificarse ante Zeus si tenían que tomar medidas drásticas porque algún esclavo daba demasiados problemas.

Y Lámaco los estaba dando.

Me fui a dormir inquieta por culpa de todo aquello, pero dispuesta a olvidarlo. No era mi problema. Yo ya había puesto sobre aviso al esclavo; lo que él hiciese a partir de entonces era cosa suya.

Sin embargo, no pude olvidarlo. Y pronto tuve que enfrentarme a una nueva prueba.

Capítulo 7

Némesis

Mi siguiente encuentro con Anticlea no fue agradable.

Tenía que volver a la *thiasa* me gustara o no, y lo hice decidida a pasar inadvertida. Confiaba en que mis compañeras estuviesen demasiado ocupadas con sus asuntos como para prestarme atención; al fin y al cabo, solo unas cuantas de ellas habían presenciado mi penosa escalada por la estatua de Pólux y la posterior intervención de Lámaco. Para animarme, me dije que el asunto no podía dar mucho más que hablar.

Me equivocaba.

En cuanto me acerqué a la llanura en la que entrenábamos, noté que muchas chicas dejaban de hablar y se giraban hacia mí. Algunas estaban sentadas en la hierba, pero otras ya se hallaban listas para el entrenamiento, con los cabellos recogidos, los peplos remangados y los brazos y piernas untados de aceite.

Yo le indiqué a Eria que aguardara a una distancia prudencial y me acerqué con cautela, buscando a mis compañeras menos belicosas entre la multitud de muchachas. Localicé a Hiera y Circe, dos de las pocas con las que me sentía relativamente a gusto, y me dirigí hacia ellas.

Pero apenas había dado unos pasos cuando la potente voz de Anticlea me sobresaltó:

—¡Mirad quién ha venido!

Maldije para mis adentros. Circe me vio y me saludó con la mano, pero no hizo ademán de acudir a mi encuentro; Hiera, que se encontraba a su lado, rehuyó mi mirada.

Entonces supe que algo malo iba a suceder.

—¿Es que eres sorda, Cinisca? —siguió diciendo Anticlea—. ¿O solo te has quedado muda?

Me giré con desgana y me enfrenté a su sonrisa afilada. Llevaba el pecho descubierto y la piel brillante de aceite, y las cintas rojas adornando una única trenza rubia que le llegaba hasta la cadera. Empezó a caminar en círculos en torno a mí, y yo anclé los pies en el suelo por puro instinto.

—¿Qué quieres, Anticlea?

—¿Yo? Nada. —Su sonrisa se ensanchó—. Pero quizá tú quieras saludar a mi esclava.

Tras ella había una muchacha de nuestra edad, muy delgada, cuyo rostro pálido me resultaba vagamente familiar. ¿Podía ser la hermana de uno de los niños del templo? No estaba segura.

Sea como fuere, la chica estaba temblando. Y pronto entendí el motivo.

—Quítate ese gorro, mujer —le dijo Anticlea con tono jovial—. Deja que veamos tu cabeza.

Cabizbaja, la esclava obedeció. Iba rapada, como todos los esclavos exceptuando a Lámaco. El nacimiento de su pelo era rubio, así que se le distinguían los huesos del cráneo.

Por alguna razón, eso me dio lástima.

—¿Qué pelo tan bonito! —se mofó Anticlea—. ¿Te lo trenzas tú sola?

Algunas espartanas rieron. La chica abrió la boca, pero no fue capaz de articular palabra y volvió a cerrarla.

Anticlea me hizo un gesto con la barbilla.

—Oye, Cinisca, ¿no vas a saludar a tu amiga? —La ignoré deliberadamente—. Mírame cuando te hablo, Cinisca.

Se acercó lo suficiente como para intimidarme. Yo clavé los talones en el suelo.

—¿A qué viene todo esto? —le pregunté con aspereza—. ¿Qué intentas demostrar?

Tenía la garganta seca y un nudo en el estómago, pero no quería que ella se diese cuenta. Si me veía asustada, sería peor.

—Intento demostrarte cómo funcionan las cosas. Esto —dijo señalando a la joven ilota— es una esclava. Me pertenece y, por tanto, puedo usarla como quiera. —Se dirigió a ella—. Tumbate en el suelo. Boca abajo.

La chica obedeció entre temblores. Yo dejé escapar un resoplido de incredulidad.

—¿Qué necesidad hay, Anticlea? ¡Déjala en paz, tu problema es conmigo!

—Te equivocas: yo no tengo ningún problema. El problema lo tienes tú. — Anticlea se acercó a su esclava y le puso la planta del pie en la nuca—. Mira, no hace nada por apartarme. ¿Lo ves? Así es como debe comportarse una ilota. Buena chica. —Le dio un pequeño puntapié a la joven, casi sin fuerza, y luego se apartó de ella—. Puedes levantarte. Vuelve a casa y espérame allí.

Volvió a mirarme y soltó una carcajada.

—¡Por los dioses, Cinisca, tendrías que verte! Tienes la mandíbula desencajada. ¿Qué pensabas, que iba a darle una paliza? No soy tan cruel. Mis esclavos no pueden quejarse de mí. —Anticlea chasqueó la lengua—. ¿Por qué iba a golpear a una ilota obediente? No todos son como tu amigo Lámaco, aunque me atrevería a decir que pronto se le quitarán las ganas de molestar.

Comprendí que me estaba provocando y traté de parecer tranquila.

—Lámaco no es mi amigo. Tal vez a ti te preocupe, pero a mí no.

—Ah, Cinisca, no sabes mentir —rió de nuevo Anticlea—. Has vuelto a ponerte pálida. ¿Quieres saber lo que van a hacerle a tu amigo? —pronunció esa última palabra con verdadero deleite—. Van a atarle esa preciosa melena a la rueda de un carro y a arrastrarlo por toda la ciudad. Hasta que se le meta en la cabeza que los esclavos deben cortarse el pelo. ¿Crees que así aprenderá la lección?

Sentí un hormigueo en los dedos al escuchar aquello. Y tuve que hacer acopio de todo mi aplomo para no abalanzarme sobre Anticlea en ese mismo instante. Que no me gustara pelear no significaba que no pudiese hacerlo; después de todo, estaba obligada a entrenar a diario. Pero era la primera vez que sentía el oscuro deseo de dañar a alguien.

Me contuve, afortunadamente.

—Puede que la aprenda —dije entre dientes—, o puede que no.

Anticlea me miró durante unos segundos. Luego decidió que ya se había cansado de provocarme y se puso a hablar con otras dos chicas. Yo me aparté de ellas en silencio.

Minutos después, las tres estaban entrenando y parecían haberse olvidado de mí. La esclava de Anticlea se había ido y yo me alegré de haberle ordenado a Eria que se mantuviese alejada.

Al menos, Eria pertenecía a mi padre. Pero ¿qué podía hacer yo por la esclava de otro?

«La han humillado por tu culpa», dijo una voz en mi cabeza.

Sentí que la culpa me mordisqueaba el vientre y traté de no darle más vueltas al asunto. Circe me hizo una seña y pude entrenar con ella, aunque no tenía ninguna gana de esforzarme. Cuando mordí el polvo por tercera vez, mi compañera me ayudó a levantarme y decidí que había llegado el momento de volver a casa.

No dejé de pensar en Lámaco durante todo el camino. ¿Y si lo que había dicho Anticlea era cierto? ¿Y si se proponían hacerle daño de verdad? A diferencia de la otra joven, Lámaco era uno de los ilotas de mi padre. Por tanto, yo podía protegerlo... hasta cierto punto.

Cuando llegué a casa, despaché a Eria y me detuve frente al altar. Sobre él había una rudimentaria estatuilla de Ártemis, la diosa predilecta de mi padre; estaba tensando un arco y la flecha apuntaba hacia mí.

No pude evitar recordar la estatua de Eros. Y entonces tuve una idea.

Capítulo 8

El regalo

Mi padre no era muy expresivo, pero pude notar que mi pregunta le había sorprendido.

—¿Un esclavo doméstico? —Sus ojos se convirtieron en dos rendijas grises—. ¿Para qué lo quieres?

No respondí enseguida: primero dejé que Eria nos sirviera el vino. Los dos estábamos sentados frente a frente, comiendo a solas porque mi madre tenía que vigilar nuestras tierras.

Cuando Eria se retiró, bebí un trago de vino, respiré hondo y, finalmente, solté el discurso que había estado ensayando durante las últimas horas:

—He pensado mucho en lo que me dijiste, padre, y tienes razón: necesito un marido. —Me costó pronunciar esas palabras, pero traté de parecer animada—. Sin embargo, me gustaría elegirlo con cuidado. Una mala decisión puede condicionar el resto de mi vida, y mi madre me ha enseñado a ser prudente.

Él asintió con lentitud. Creo que solo me estaba escuchando a medias, pero yo seguí hablando:

—Hasta entonces, creo que debería tener cuidado con los muchachos. Y me tranquilizaría contar con la presencia de un hombre fuerte a mi lado. Para sentirme protegida.

—Pero un esclavo no debería enfrentarse a un espartano —dijo mi padre—. Ni siquiera para proteger a una espartana.

Yo ya había pensado en eso.

—De ninguna manera —dije rápidamente—, pero, al menos, no me sentiría tan vulnerable. Además...

—¿Sí, hija?

Me mordí el interior de la mejilla. Tenía otro argumento preparado, pero era arriesgado. Podía convencer a mi padre o terminar de disuadirlo.

Contemplé su rostro afable y me dije que debía probar suerte. Mi padre siempre había sentido debilidad por sus hijas; era el momento de aprovecharme de ello. Me recordé que lo hacía por motivos de peso.

—Tengo a un esclavo en mente —admití.

—¿A uno en especial? —Mi padre arqueó las cejas—. ¿Por qué?

Ahora venía la parte más delicada.

—¿Recuerdas a Lámaco, el esclavo que tanto preocupaba a mi hermano?

—¿Quieres a un esclavo desobediente a tu lado? —Mi padre parecía cada vez más extrañado—. ¿No será solo para molestar a Ébalo?

—¡No! —dije rápidamente. Aquello hubiese sido propio de mí, pero no era el caso—. He pensado que podría... domarlo.

—Domarlo.

—Padre, está claro que los muchachos no saben cómo lidiar con él. ¿Por qué no pruebo a hacerlo yo?

Mi padre se cruzó de brazos.

—¿Pretendes lograr aquello en lo que tu hermano ha fracasado?

Estaba pisando terreno pantanoso, por lo que medí cada una de mis palabras:

—Cuando la vid crece torcida, padre, cortarla no sirve de nada. La solución es enderezarla, y eso se hace con astucia. —Alcé la barbilla y fingí una seguridad en mí misma que no sentía realmente—. Dame una oportunidad y resolveré dos problemas al mismo tiempo: el de Aristarco y el mío. No te estoy pidiendo gran cosa —dije al ver que mi padre no parecía muy convencido—. Hay muchos ilotas trabajando tus tierras, estoy segura de que puedes prestarle uno a tu hija pequeña. —Lo miré con aire suplicante—. Por favor...

Él dudó. Pero solo un instante.

—De acuerdo, el esclavo es tuyo. —Alzó las manos—. Pero, si te da problemas, no intervendré. Te digo lo mismo que a Aristarco: tenéis que aprender a lidiar con los ilotas, como hicieron vuestros padres, para asegurar el futuro de vuestros hijos. Si ese Lámaco termina siendo un dolor de cabeza para ti, tendrás que arreglártelas como puedas.

Yo sentí que me quitaba un gran peso de encima. En un arrebato de cariño,

cogí las callosas manos de mi padre y las besé.

—Lo haré. Gracias, padre.

Él me dio unas palmaditas en la cabeza y disimuló una sonrisa.

—Qué fácil es contentarte, hija. —Levantó su copa y Eria volvió corriendo para llenársela de nuevo—. Haremos llamar a ese ilota, entonces. ¿Quién sabe? Tal vez tu hermano termine dándote las gracias...

Bebí para reprimir una risa triunfal. Si Lámaco permanecía a mi lado durante todo el tiempo, podría impedir que Ébalo y los otros le tendiesen una trampa. Y quizá, solo quizá, también pudiese poner paz entre los espartanos y él.

Una parte de mí seguía pensando que lo mejor que podía hacer era alejarme del joven ilota, pero mi conciencia me impedía dejar que cayese en las garras de mis conciudadanos. No después de que él me hubiese ayudado.

Fuera lo que fuese lo que había sentido en el templo de Eros, podría mantenerlo a raya. O eso me decía a mí misma.

Mi entusiasmo disminuyó un poco al ver la expresión sombría de Eria. Recordé lo que me había dicho la otra noche y me dije que hablaría con ella... más adelante.

Primero tendría que encontrarme con Lámaco. Y la perspectiva me inquietaba un poco.

Capítulo 9

Entre viñedos

Esperaba que Lámaco acudiese a la casa de mi padre al alba, pero no se presentó.

Yo me levanté, desayuné un puñado de galletas de trigo y le dije a Eria que me trenzara el pelo; después me puse el peplo y aguardé en el patio. Mis padres ya habían salido, cosa que agradecí: prefería que mi nuevo esclavo doméstico no me avergonzara delante de ellos el primer día.

¿Por qué tardaba tanto? Mi padre había enviado a un ilota a su aldea, se suponía que ya estaría al tanto de cuál era su nueva ocupación. Entonces, ¿por qué no venía?

Tal vez tuviese que poner algunas cosas en orden antes de trasladarse a la polis. Por primera vez, me pregunté cómo vivirían los ilotas del campo; a diferencia de Eria y el resto de los esclavos domésticos, tenían sus propias chozas y cultivos, y solo entregaban una parte de sus cosechas a la ciudad. Por lo que contaba mi madre, algunos debían de gozar de ciertas comodidades, incluso.

Al parecer, el mayor peligro que corrían era despertar la ira de algún espartano. Como le había sucedido al propio Lámaco.

Esperé durante horas. Mientras tanto, Eria daba vueltas por la casa, desordenando cosas y volviendo a ordenarlas y hablando con Damalis en voz alta:

—Eria piensa que esto es una mala idea, sí, una pésima idea. Pero Eria siempre respetará las decisiones de su ama.

Damalis estaba en la cocina, fuera de mi vista, pero sus ojos de halcón parecían ver y analizar todo lo que sucedía en casa. Ahora mismo podía

imaginar su gesto de desaprobación.

—A los perros desobedientes hay que golpearlos en el hocico, no invitarlos a las mejores casas —sentenció—. ¡Ay, si tan solo escucharan a la vieja Damalis...!

—Eria siempre escucha a la vieja Damalis, por eso le va bien. En cambio, nadie escucha a Eria cuando hace advertencias.

—Solo somos ilotas, querida. Nuestras opiniones carecen de importancia.

—Carecen de importancia, eso es. Porque Damalis y Eria saben cuál es su lugar.

—A diferencia de otros esclavos.

—A diferencia de otros esclavos.

—¿Vais a seguir así todo el día? —pregunté de mala gana.

—Eria no entiende a qué se refiere su ama.

Suspiré. El sol había alcanzado su cénit y Lámaco seguía sin aparecer.

Yo me había cansado de esperar. No pensaba enviar a ningún otro mensajero: iría a la aldea personalmente.

Me calcé las sandalias y salí de mi casa dando zancadas. No me puse el velo; tenía todo el derecho del mundo a visitar las tierras de mi padre.

Descendí la colina, crucé el Eurotas por una de las pasarelas de troncos y eché a andar por el sendero que habían abierto los carros con el paso del tiempo. Solo había recorrido las tierras de mi padre en una ocasión, cuando era pequeña, y entonces iba a lomos de la yegua de mi madre. Recordaba vagamente que se hallaban delimitadas por una colina rocosa y un enorme manzano que se erguía entre los viñedos, y que la aldea ilota consistía en un cúmulo de chozas achaparradas que parecía increíble que se tuviesen en pie.

Conforme me adentraba en el campo, el olor dulzón de las viñas se volvió más penetrante. Había esclavos vendimiando, también niños, y podía oír sus risas desde el camino. El cielo estaba gris y caían unas pocas gotas de lluvia, pero no me importaba mojarme.

Por fin, vislumbré la aldea. Y me di cuenta de que mi recuerdo no se correspondía con la realidad. Las casas ya no parecían a punto de derrumbarse: tenían las paredes sólidas y los tejados bien aplanados, y su distribución parecía seguir cierta lógica. Cuando me acerqué un poco más, vi que había varios cercados alrededor de las casas, corrales y huertas. Una cabra atada a una valla me recibió con un sonoro balido; yo respondí imitando el sonido.

Dos niños pasaron junto a mí cargando cestos llenos de uvas. Me disponía a seguirlos cuando vi que un polluelo piaba, desorientado, a escasa distancia de mí; debía de haberse deslizado por debajo de alguno de los cercados. Me agaché para recogerlo y se encogió en mi mano. Su cuerpecillo desprendía un agradable calor.

Sosteniendo aún al polluelo, seguí los pasos de los niños. Empecé a oír gritos y risas, y un chapoteo que me indicó que los ilotas estaban pisando la uva para hacer vino.

En efecto, pude ver dos enormes cubas de madera al doblar una esquina. Los niños estaban vaciando sus cestos en una de ellas, en cuyo interior había varios esclavos jóvenes.

Reconocí a Lámaco entre ellos. Estaba desnudo, con el pelo trenzado y riendo junto a una muchacha morena. Yo caminé lentamente hacia él, todavía con el polluelo en las manos.

Poco a poco, el alboroto cesó y todas las caras se volvieron hacia mí. Me sentí ligeramente cohibida.

Al verme, Lámaco se puso serio. Sin mediar palabra, saltó de la cuba, cogió un trozo de tela que había en el suelo y se lo anudó en torno a la cadera para cubrir su desnudez. Después se giró hacia mí y alzó las cejas.

—Espartana —fue su escueto saludo.

Yo me sentí tonta de repente. ¿Qué se suponía que iba a decirle? El polluelo pio y gané unos segundos de tiempo con el pretexto de acariciarle la cabecita con la yema del dedo.

—Esclavo —contraataqué—. Te he mandado llamar.

Él se pasó la lengua por el labio inferior y me miró con aire culpable.

—Lo sé.

Su confesión me molestó. ¿Lo sabía... y me había ignorado?

¿Y qué esperaba? Lámaco desafiaba abiertamente a los chicos de la *agogé* a sabiendas de que podían hacerle cualquier cosa. ¿Por qué iba a mostrarse dócil conmigo, entonces? Yo no era ninguna amenaza para él.

—Si tocas mucho al polluelo, su madre ya no lo querrá —dijo entonces.

—Pues qué madre tan horrible. —Seguí acariciándolo—. Si ella no lo quiere, me lo quedaré yo. —Levanté la barbilla—. Pero no he venido a hablar de eso. ¿No vas a darme ninguna explicación?

—¿Explicación?

—Supongo que habrás ignorado mi orden por una buena razón.

Había varios ilotas escuchándonos; Lámaco se giró hacia ellos y todos volvieron a sus ocupaciones de golpe.

Después me hizo un gesto para que fuese con él. Yo accedí a regañadientes y los dos nos ocultamos tras una de las chozas.

Entonces el joven me miró con seriedad.

—¿Quieres que siga tus órdenes?

No había ironía en sus palabras. Quizá eso fue lo que más me incomodó.

—Si no quisiese, no te las daría.

—Que Zeus me lance un rayo si estoy entendiendo algo. ¿De verdad pretendes que sea tu esclavo doméstico? —Me mostró las palmas de las manos—. ¿Yo? ¿Por qué?

Estuve a punto de decirle la verdad: que lo hacía para protegerlo. Que sabía que los chicos de la *agogé* iban a hacerle daño y no estaba dispuesta a permitirlo.

Pero contemplé su rostro confiado y supe que eso no serviría de nada: Lámaco insistiría en que no necesitaba mi protección y volveríamos a estar como al principio.

—No tengo por qué darte ninguna explicación.

—Es verdad, pero entenderás que me sorprenda. —El joven parecía divertido, lo cual me fastidió todavía más—. ¿Qué hacía la esclava doméstica que tenías antes, trenzarte el pelo y frotarte el cuerpo con aceite? No es que me disguste la idea, pero...

—Eria sigue siendo mi esclava doméstica —dije ignorando lo último que había dicho—. Quiero dos ilotas para atenderme, eso es todo.

Lámaco se apartó la trenza del hombro y entreabrió los labios, pero no llegó a decir nada. Tan solo resopló.

—Bien, espartana. Tú ganas. —Dio un paso atrás—. ¿Puedo ir a por mis ropas de esclavo?

—Te esperaremos aquí —dije casi con desafío. Y usé el plural a propósito: ya me había erigido en calidad de protectora del polluelo repudiado.

Me pareció que el joven reprimía una sonrisa antes de darse la vuelta. Me senté sobre un saco y cerré los ojos, pero no tuve que esperar mucho tiempo: no habían pasado ni un par de minutos cuando Lámaco regresó con una túnica andrajosa y el gorro calado hasta las cejas.

—Qué rápido —dije sin pensar.

—Lo había preparado todo por si venías. —Él se encogió de hombros.

—¿Por si venía? ¿Cómo sabías que iba a venir?

El joven me miró con seriedad y se puso una mano en la nuca.

—Fui a Delfos y le pregunté a la pitia por mi futuro. Ella me dijo que mi ama resultaría ser muy testaruda.

Reprimí una exclamación de asombro.

—¿De verdad has estado en Delfos?... —Al ver que le temblaba el labio, resoplé—. Ah, ya veo. Eres muy gracioso, ¿eh?

Muy digna, le di la espalda y me aproximé a la cerca junto a la que había encontrado al polluelo. Lo dejé en el corral con cuidado; en cuanto lo hice, una gallina con pintas se acercó cloqueando.

Me sentí ligeramente decepcionada: casi tenía ganas de llevarme al polluelo conmigo. Pero me consolé pensando que estaría mejor con su madre.

—¿Lo ves? —le dije a Lámaco sin girarme—. No ha habido ningún problema.

—No, ninguno.

Cuando lo miré, sus ojos aún escondían una sonrisa. Fingí no darme cuenta de ello.

—Bueno —carraspeé—, es hora de irnos.

—Lo que tú mandes.

—¿Qué quieres decir con eso?

El joven me miró con pretendida inocencia.

—Nada. Tú mandas, espartana.

—No me gusta tu tono.

—¿También vas a ordenarme que cambie mi tono? Son muchas órdenes para un solo día.

El condenado estaba aguantando la risa. Yo apreté los labios, me erguí en toda mi altura (que ojalá hubiese sido mayor) y eché a andar.

Había dejado de llover, pero la tierra seguía húmeda. Me quité las sandalias para disfrutar de la sensación húmeda del barro en las plantas de mis pies. Los ilotas seguían vendimiando; un conejo pasó correteando por delante de mí y desapareció.

Me dije que era el día perfecto. Lástima que la compañía no lo fuese tanto.

De todos los esclavos con los que podría haberme sentido en deuda, ¿por qué tenía que ser Lámaco, precisamente? Él me ponía nerviosa. Por muchas razones.

—No te enfades —me dijo al cabo de unos minutos de silencio. Iba

caminando unos pasos por detrás de mí, tranquilo, como si aquello no fuese más que un paseo por el campo—. Puedo memorizar todas tus órdenes, no hay problema.

Como vio que no le decía nada, siguió hablando:

—¿Quieres que también les ponga música? La verdad es que no canto muy bien, pero puedo intentarlo...

Se aclaró la garganta como si realmente fuese a cantar. Aquello me pareció excesivo, así que volví a girarme, pero lo hice con tanta brusquedad que casi chocamos. Lámaco me sujetó justo a tiempo para impedirlo.

—¡Eh, tranquila! —silbó—. Qué velocidad, podrías competir en los Juegos Olímpicos...

—¿Vas a estar diciendo tonterías todo el día? —le espeté.

—Solo hasta que te rías.

Su respuesta me dejó tan sorprendida que olvidé mi irritación.

—¿Cómo?

Él esbozó una sonrisa de disculpa.

—Siempre te veo riendo. Con los niños, cuando les cuentas historias, y también con Eria. Y eso que Eria no se ríe con nadie más, es muy seria. —Ladeó el rostro—. Espero no ser el único ilota que te pone de mal humor; puesto que voy a estar siguiéndote todo el día, sería una lástima.

Me detuve junto a una vid especialmente alta y empecé a toquetear sus hojas. Fingía no escuchar a Lámaco, aunque estaba pendiente de cada palabra que pronunciaba.

Él guardó un silencio expectante.

—Siempre me ves riendo —repetí al cabo de un momento—. ¿Siempre me ves?

Mi pregunta pareció incomodarlo, porque desvió la mirada.

—Por Apolo, ¿cuántas espartanas crees que se juntan con escoria como nosotros? Todos te vemos. Es imposible no hacerlo.

Ese «todos» me pareció vagamente preocupante. ¿Lámaco estaba insinuando que yo era famosa entre los esclavos? No sabía si esa idea me gustaba.

Pero tampoco me dediqué a indagar en el asunto. En vez de eso, formulé la pregunta que había tenido en la punta de la lengua durante los últimos minutos:

—¿Estás enfadado conmigo?

Él volvió a enarcar las cejas.

—¿Enfadado? ¿Por qué iba a estarlo?

—Porque te he obligado a irte de tu aldea para venir conmigo a la polis.

—A otros esclavos les hacen cosas peores. No me parece tan terrible tener que peinarlo o untarlo con aceite.

—No he dicho en ningún momento que vayas a untarme con aceite —me impacienté.

—Bien, puede que eso sea de mi cosecha. Pero no me parece tan terrible estar contigo, a pesar de que...

—¿Qué? —Me crucé de brazos—. ¿A pesar de qué?

El joven vaciló antes de responder:

—Tengo... asuntos pendientes. En la aldea. —¿Evitaba mirarme directamente o eran imaginaciones mías?—. Pero ya han esperado mucho tiempo, así que pueden esperar un poco más. —Desechó esa idea con un gesto—. No, no estoy enfadado. Para nada.

—Me alegro. —Busqué su mirada de nuevo—. ¿Me crees si te digo que tengo motivos de peso para querer que seas mi esclavo doméstico?

El joven entornó los ojos.

—Como tú misma has dicho antes, no tienes por qué darme ninguna explicación —dijo en voz baja—. Pero te creo.

Por fin, esboqué una sonrisa. Leve, pero auténtica. Y reanudé la marcha. Pero apenas llevábamos unos segundos caminando en silencio cuando él volvió a hablar:

—¿Podrías contarme una de tus historias?

Su petición me hizo detenerme de nuevo. Creo que miré a Lámaco con cara de asombro, porque él se apresuró a rectificar:

—Perdona, no tendría que haberte pedido eso. —Se llevó los nudillos a la boca—. Olvídalo, por favor. No pretendía molestarte.

Me pareció irónico que se disculpara por algo así después de haberme tomado el pelo durante todo el camino, pero no se lo hice notar.

—No me ha molestado —dije con sinceridad—, solo me ha sorprendido.

Despacio, volví a andar. Él hizo lo propio sin dejar de observarme.

—¿Te ha sorprendido?

—Los espartanos no tienen mucho interés en mis historias.

—Ellos se lo pierden, a mí me encantan.

—Pero si solo me escuchaste una vez... —empecé a decir, pero entonces

se me ocurrió algo—. ¿Has estado escuchándome a escondidas, como Nicandro?

La sonrisa culpable de Lámaco me dio la respuesta.

—Ah, el pequeño espartano —suspiró—. Tiene buenos sentimientos; lástima que vayan a echarlo a perder.

—No sé si tiene buenos sentimientos, la verdad es que nunca he hablado con él. Viene, escucha mis historias y se escabulle.

—Le harían daño si supiesen que lo hace. —Lámaco estiró el brazo para rozar un alto tallo de vid—. Como si soñar fuese un crimen...

No respondí. Mi mente estaba barajando diferentes posibilidades, pero, finalmente, se decidió por una de ellas. La más evidente.

—¿Conoces la historia de Apolo y Dafne?

Él dijo que no con la cabeza. Sus ojos estaban abiertos de par en par.

—Bien. —Inspiré profundamente—. Hace mucho tiempo, cuando los dioses eran jóvenes todavía, Apolo se dirigió a Eros y le dijo: «¿Por qué exhibes ese arco? No hay ningún arquero que pueda igualarme en toda Grecia». Ofendido por la provocación, Eros decidió castigar al dios lanzándole una flecha de amor...

Un trueno retumbó en el cielo. Mientras yo narraba mi versión de la tragedia de Apolo y Dafne, bastante menos trágica que la original, se puso a llover de nuevo; curiosamente, ni Lámaco ni yo nos dimos cuenta.

Capítulo 10

La condena de Ares

Los días siguientes fueron menos extraños de lo que esperaba.

Creía que me costaría acostumbrarme a la presencia de Lámaco. Y es que un esclavo doméstico rara vez se separaba de su amo: le acompañaba durante la mayor parte del día, comía y bebía con él y se acostaba a la misma hora excepto que le dijese lo contrario. Teniendo en cuenta que Lámaco era un ilota rebelde, pensé que lidiar con él sería complicado.

Pero no fue así. El chico me seguía a todas partes sin protestar: vino conmigo a depositar una ofrenda en el templo de Ártemis Ortia, me ayudó a reajustar las pesas del telar para confeccionar un nuevo *himatión* para mi padre e incluso me acompañó a la *thiasa*, aunque se quedó prudentemente alejado de mis compañeras.

Eria no le dirigía la palabra. Lámaco le hablaba de vez en cuando, pero mi esclava se hacía la sorda o le decía que «Eria estaba demasiado ocupada como para contestar preguntas tontas». Yo pensaba que estaba siendo muy obstinada, pero no quise discutir con ella y me limité a no prestarle atención. Lo único que hice fue enviarla a casa justo antes de ir a la *thiasa*: tras lo ocurrido con la esclava de Anticlea, no quería exponer a Eria a ningún peligro.

Además, me bastaba con la presencia de Lámaco.

Mientras practicaba el lanzamiento de jabalina, noté que muchas de mis compañeras lo contemplaban con mal disimulado interés. Él estaba sentado en una roca cerca del río, arrojando piedras lisas al agua solo para ver cómo rebotaban; no miró hacia nosotras ni una sola vez, lo cual me hizo sentirme tontamente complacida. Cuando terminó el entrenamiento, me despedí de las

chicas y fui a su encuentro.

—Tengo una cita en el templo de Afrodita —le susurré.

—Ya lo sabía.

—¿Sabías que voy allí a diario?

—Claro. Me lo dijo la pitia de Delfos cuando fui a... ¡Eh! —protestó cuando le di un empujón—. Por los dioses, espartana, no creía que fueses tan violenta.

A mi pesar, reí. Después me saqué el peplo por la cabeza y se lo puse en las manos.

—Guárdame esto. E intenta que nadie me lo robe.

Le dirigí una mirada de advertencia por encima del hombro. Me gustó ver cómo agachaba la cabeza y me lancé al río con más vigor que de costumbre.

El agua enfrió mi cuerpo y mitigó un poco el calor que sentía en la cara de repente. Me zambullí entera, di un par de brazadas y volví a salir.

—Gracias —dije cuando Lámaco me devolvió mi peplo.

Él suspiró entre dientes, pero no dijo nada. Yo me había dejado el velo en casa, así que confié en no llamar demasiado la atención.

Eria nos esperaba junto al templo de Afrodita. Me alegraba de que hubiese venido, después de todo. Estaba sentada en la hierba, haciendo un ramillete de flores amarillas.

—Hola, querida —dije deteniéndome tras ella.

Eria se giró de golpe. Al verme, sonrió; al ver a Lámaco, dejó de sonreír.

—Hola, ama.

Los tres entramos en el templo. Los niños ya estaban en su rincón; miré detrás de la columna con disimulo y descubrí que Nicandro también había ocupado su lugar.

Lámaco se sentó entre dos niñas. Una de ellas se acomodó en su regazo; la otra apoyó la mejilla en su brazo y me miró. Recordé cómo habían reaccionado la primera vez que el esclavo hizo notar su presencia y reprimí una sonrisa: lo querían, pero les inspiraba un temor casi reverencial.

—¿Qué historia vas a contarnos hoy, Cinisca? —preguntó uno de los niños mayores.

—¡La de Apolo y Jacinto! —dijo otro.

—Esa ya nos la contó el otro día...

—¡Pero yo quiero volver a escucharla!

Pedí silencio con un gesto y los niños callaron poco a poco.

—Hace mucho tiempo, cuando los dioses eran jóvenes todavía, el amor consiguió enamorar a la guerra.

Hubo gestos de asombro entre mi público. Eria levantó la cabeza de golpe y Lámaco entreabrió los labios.

—Os preguntaréis qué tiene que ver esto con los dioses —continué—, pero vosotros los conocéis tan bien como yo. La diosa del amor, Afrodita —dije señalando su estatua—, había conquistado el corazón de diversos mortales, a los cuales había convertido en sus amantes; pero ella siempre estuvo secretamente enamorada de un dios. —Me aparté un mechón de pelo de la cara—. Y no era Hefesto, el hombre con el que Zeus la había casado, sino...

—Ares —musitó alguien desde la oscuridad.

Me sorprendió escuchar por primera vez la voz de Nicandro.

El niño se quedó paralizado, como si el sonido de su propia voz le hubiese sobresaltado. Al notarlo, yo retomé mi discurso velozmente:

—Ares, el dios de la guerra. —Extendí las manos hacia mi público—. El fuerte, osado y altivo Ares, para quien solo existía el campo de batalla... hasta que se fijó en ella.

Hice una pausa dramática.

—Se fijó en Afrodita, sí. La diosa del amor verdadero. La que bendice el amor de los padres por sus hijos, de los hijos por sus padres, de los hermanos y amigos; el amor al prójimo y a los animales. El amor generoso —concluí—. ¿Os dais cuenta de lo distintos que eran? Ares luchaba por dar muerte y Afrodita por dar vida; sin embargo, Ares se enamoró de ella. Y ella de él.

Eria cambió de postura. Yo no la miré.

—Pero el amor y la guerra estaban condenados a destruirse, o eso parecía. —Parpadeé—. ¿Creéis que el amor y la guerra son polos opuestos?

—Sí —dijo uno de los niños con timidez.

—Podría decirse que lo son, pero pensadlo de este modo: allá donde hay amor, la guerra no puede existir; allá donde hay guerra, sin embargo, puede existir el amor. Por tanto, el amor siempre tiene las de ganar.

Me sentí complacida al ver las caras pensativas de los niños.

Entonces Lámaco se inclinó hacia delante.

—¿Puedo hacer una pregunta?

Por algún motivo, sentí que mi corazón se aceleraba en ese instante. Pero asentí.

—¿Cuál es la diferencia entre Afrodita y Eros? —Sus ojos estaban

clavados en los míos—. Si Eros también es el dios del amor, ¿por qué sus flechas son tan peligrosas?

Recordé la conversación que habíamos tenido en el templo y me mordí el labio por dentro. Luego suspiré:

—Porque el amor de Eros no es generoso, sino exigente. El amor de Afrodita nos hace libres, ya que nos enseña que en este mundo hay personas que nos quieren y se preocupan por nosotros; el amor de Eros nos esclaviza, pues uno necesita constantemente al ser amado para no sentirse desgraciado. La separación duele, igual que el rechazo, y es fácil caer en la desesperación. —Se me había secado la garganta—. El amor de Eros no quiere compartir.

El esclavo ladeó la cara. Uno de sus ojos quedó oculto tras la melena oscura, pero el otro continuaba observándome.

—¿Y qué tipo de amor sentía Ares por Afrodita?

Yo me humedecí los labios.

—El de Eros. Por eso fue su condena. —Traté de recuperar el hilo de la historia, pero me costó unos segundos—. Pues bien, Ares se enamoró de Afrodita y...

Iba a contarles que Hefesto, el esposo de la diosa, les tendió una trampa y consiguió que los otros dioses se burlaran de ellos, pero cambié de idea. ¿Por qué Hefesto tenía que salirse con la suya? Afrodita no lo amaba, la habían obligado a casarse con él. ¿Por qué tenía que terminar siendo humillada por el marido celoso?

—Ares se enamoró de Afrodita y Afrodita de Ares —dije con firmeza—, y los dos se amaron. Cuando veáis que pasan años sin que haya una guerra, sabed que es porque Ares ha ido al encuentro de su amada y ha abandonado los campos de batalla para dejar que se cubran de flores.

Sí, ese final me gustaba mucho más. A los niños también, al parecer, porque muchos de ellos sonrieron.

Entonces oí la vocecilla de Eria:

—Pero, ama..., tú has dicho que el amor de Eros es egoísta y destructivo. ¿Cómo es posible que la historia acabe bien?

—A veces las personas somos egoístas y destructivas, Eria, pero también somos capaces de hacer cosas maravillosas. Nadie es completamente bueno ni malo: los héroes tienen faltas y los villanos tienen momentos heroicos. —Dejé caer la mano sobre mi regazo—. Y no hay amores perfectos.

Eria no dijo nada, pero vi que miraba en dirección a las pilastras. Yo me

levanté y me despedí de los niños, que apenas protestaron ese día; los mayores aún murmuraban entre sí cuando salí del templo.

—¿No te despidas de Nicandro? —le preguntó Lámaco a Eria.

Por toda respuesta, mi esclava bufó.

Cuando llegamos a casa, fui al encuentro de mis padres y Damalis nos sirvió queso y aceitunas con cara de pocos amigos. Cenamos en silencio; mis padres parecían cansados y yo tampoco tenía muchas ganas de darles conversación.

Mis padres fueron a acostarse en cuanto Damalis retiró los platos. Yo volví a oír los cuchicheos de mis esclavas:

—Sí, Eria también piensa que esto solo traerá problemas...

—¡A dormir, Eria! —ordené.

Los susurros cesaron. Yo me quedé en el patio, contemplando cómo el humo del altar ascendía en volutas hacia el cielo estrellado desde el bancal de piedra, y agradecí el repentino silencio.

Ya llevaba un rato soñando despierta cuando oí pasos. Me incliné hacia delante y distinguí a Lámaco en la penumbra.

Se acercó a mí con cautela y me echó un mantón por encima de los hombros.

—He pensado que tendrías frío.

—Gracias.

Me encogí en el mantón y le sonreí un poco. Después me hice a un lado a modo de invitación.

Lámaco se dejó caer en el bancal y echó la cabeza hacia atrás. Aproveché ese momento para contemplar su rostro: me recordaba vagamente a la estatua de Apolo que había en el templo.

Excepto porque los ojos del esclavo estaban llenos de vida.

—Bueno —dije para romper el hielo—, ya ves que aún no has tenido que trenzarme el pelo.

Sacudí mi melena, que ya había soltado, y él esbozó una leve sonrisa.

—Si te digo la verdad, no sé muy bien cómo se hace. —Se quitó el gorro y el pelo le cayó por los hombros—. Las trenzas que me hago a mí mismo son un desastre.

Me mordí la lengua para no decirle que sería más seguro para él raparse. Ya lo sabía. Y no le importaba.

—Debería practicar —dijo entonces—. ¿Puedo...?

Levantó las manos. Yo solté una pequeña risa, subí las piernas al bancal y le di la espalda para facilitarle la tarea.

Lo primero que hizo fue tratar de peinar mi cabello hacia atrás. Estuvo a punto de meterme el dedo en el ojo; yo reí de nuevo y oí cómo él murmuraba una maldición. Después noté un pequeño tirón junto a la oreja y protesté. La respuesta de Lámaco fue un gruñido de impaciencia, y aquello me pareció todavía más gracioso.

Entonces sus dedos cálidos rozaron mi nuca y me estremecí.

La sonrisa se borró de mis labios. Reprimí un suspiro y me concentré en la sensación agradable de sus manos en mi pelo; durante unos minutos, un dulce silencio pareció envolvernos.

—Creo que esta es la peor trenza de la historia —dijo Lámaco al cabo de un rato.

Yo sacudí la cabeza para deshacerla y lo miré por encima del hombro.

—No importa. Puedes seguir practicando.

Nuestras caras estaban muy cerca. Tanto que podía distinguir su cicatriz incluso en la penumbra del patio.

Volví a girar mi cuerpo y, siguiendo un impulso, le puse la mano en la mejilla y le pasé el pulgar por el labio inferior.

—¿Cómo te hiciste eso?

Él bajó la vista, pero no se apartó.

—Enfrentándome a un león hambriento —dijo con tono compungido—. Yo solo. Con los ojos vendados y las manos atadas a la espalda.

Chasquéé la lengua en señal de impaciencia.

—También tenía atados los pies —añadió él—, a un carro tirado por cuatro caballos que me arrastraban en dirección opuesta.

—Yo sí que te voy a atar a un carro, pero para perderte de vista.

Le puse la mano en la cara y empujé. Lámaco soltó una carcajada, pero yo recordé la amenaza de Anticlea y sentí un vacío en el estómago. Solo de pensar en que los chicos de la *agogé* pudiesen hacerle algo así al esclavo...

No. Ahora él estaba bajo mi protección.

—Espartana —murmuró entonces—, hay algo que quiero decirte desde hace días.

Lo miré con suspicacia, pero no me pareció que estuviese bromeando.

—Adelante.

—Hace tiempo, te dije que eras rara y creo que eso te entristeció. —Movi6 la mano como si fuese a coger las mías, pero se quedó a medio camino. Aun así, sentí que algo se removía en mi interior—. Siento haber sido tan torpe, yo... no pienso que sea malo. La gente te quiere porque eres rara.

Sonreí sin separar los labios.

—Lo dices como si todo el mundo me quisiera. Y no es así.

—Los que te conocen te quieren —terció él. Y miró hacia arriba, hacia el cielo, antes de añadir algo más—. Cualquiera que te conociese te querría.

Aquellas palabras hicieron que un calor desconocido invadiera mi pecho.

—Gracias. —Mi voz sonó extrañamente débil—. Eso significa mucho para mí. Más de lo que piensas.

Sí, significaba mucho para mí. Después de aguantar las miradas incrédulas, las sonrisas despectivas y los comentarios hirientes de mis conciudadanos, las palabras cariñosas de un ilota habían logrado conmovirme. Y eso no me convenía.

No me convenía, pero no podía remediarlo.

—¿Qué hay de ti? —pregunté suavemente.

—¿A qué te refieres?

—También eres raro. —Bajé la mirada un instante—. Yo tampoco pienso que sea malo, solo... peligroso.

—Espartana. —Él me levantó la barbilla con el dedo pulgar—. Deja de preocuparte por mí. Sé cuidar de mí mismo.

El roce de su mano me dejó paralizada. Y, sin embargo, no me aparté.

Lámaco tardó unos segundos de más en dejar caer el brazo.

—Si conocieses mi historia, no lo dudarías.

—¿Por qué no me la cuentas? Tu historia, digo.

Entonces le tocó a él agachar la cabeza.

Aunque seguía sonriendo. Con una pizca de tristeza.

—Nunca se la he contado a nadie —murmuró.

No dijo nada más. Yo tampoco quise insistir y los dos nos quedamos callados.

Luego él me miró con seriedad.

—Será mejor que te vayas a dormir, espartana: mañana tienes que volver a la *thiasa* y deberías descansar.

—Debería.

Lámaco se puso en pie y me tendió la mano. Cuando la acepté, volví a

sentir aquel calor agradable. Como el del hogar en invierno.

Me obligué a soltarla lo antes posible.

—Buenas noches, espartana. —El joven dio un paso atrás—. Que duermas bien.

Yo fui hacia la puerta, pero me detuve justo antes de cruzar el umbral.

Miré con disimulo al esclavo, que seguía contemplando las estrellas desde el centro del patio. Él no parecía tener prisa por acostarse.

No sé por qué dije aquello. Pero lo hice.

—Buenas noches, Lámaco.

No esperé una respuesta. Ni siquiera observé su reacción. Le di la espalda y me refugié en la oscuridad de mi lecho, donde cerré los ojos y traté de conciliar el sueño sin preguntarme por qué no conseguía calmar mi corazón desbocado.

Capítulo 11

Indomable

Empezaron a correr rumores al cabo de unos días.

No era la primera vez que hablaban a mis espaldas, desde luego: mis compañeras de la *thiasa* solían dirigirme miradas burlonas siempre que entrenábamos, y también murmuraban con sus esclavas cuando nos cruzábamos por la ciudad.

Pero era la primera vez que los rumores involucraban a alguien más. Al joven al que yo me había propuesto proteger.

Incluso él se dio cuenta de que algo no iba bien:

—¿Qué les pasa? ¿Nunca han visto a un esclavo acompañando a una espartana?

Lámaco parecía más molesto que preocupado. Yo no quise decirle lo que pensaba: que los esclavos fuertes y atractivos no solían acompañar a las muchachas. Y menos en público.

Quizá mi idea no hubiese sido tan buena, después de todo. Aunque, al menos, Lámaco no había vuelto a desafiar a Ébalo ni a los demás: yo lo mantenía ocupado durante la mayor parte del tiempo.

Para evitar las miradas curiosas, solía llevármelo a visitar los templos. Recogía flores de toda clase, hacía ramos y los dejaba frente a las estatuas de los dioses; mientras, Lámaco se sentaba en alguna piedra del camino y contemplaba el horizonte.

A veces hablábamos, y él disfrutaba gastándome bromas. No era muy expresivo, por lo que yo nunca sabía muy bien si hablaba en serio o no.

Una vez se lo reproché:

—No es justo. Escondes demasiado bien tus sentimientos.

—Tú, sin embargo, eres un libro abierto, Cinisca.

Me llamaba por mi nombre y yo se lo permitía. Eria no lo veía con buenos ojos, naturalmente; por eso yo intentaba que Lámaco y ella no coincidiesen demasiado a menudo. Algo difícil, tratándose de mis dos esclavos domésticos.

Por otro lado, lo de ser un libro abierto me preocupaba un poco. No me gustaba la idea de que la gente pudiese adivinar mis secretos. No ahora que tenía más de uno.

Pero intentaba no pensar en ello y disfrutar de la compañía de Lámaco. Sí, la disfrutaba; poco a poco, iba acostumbrándome a sus comentarios jocosos y a su calmada presencia. Le contaba historias todos los días, incluso después de dejar a los niños, y algunas veces nos quedábamos hasta tarde en el patio.

Aunque él siempre me escuchaba con entusiasmo, había cierta melancolía en su mirada. Y no tenía nada que ver con las reacciones que provocábamos a nuestro paso; era algo privado, algo en lo que yo no me atrevía a indagar.

Pero sospechaba que tenía que ver con la famosa cicatriz del labio. Y con esa historia que nunca le había contado a nadie.

Todo se desencadenó después de una función de teatro. Habían representado *Los siete contra Tebas* de Esquilo; no era mi obra preferida, precisamente, pero siempre estaba bien ir a ver una función. Además, aunque no me gustaran las tragedias familiares ni los hermanos que se mataban entre ellos, Antígona era uno de mis personajes favoritos. La idea de una mujer desafiando a la autoridad para hacer lo que ella creía correcto siempre me había cautivado.

Vi la obra en una de las primeras filas, junto a mi madre, y solo cuando acabó fui en busca de Lámaco y Eria, que se amontonaban junto al resto de los ilotas en lo alto de la gradería. Mi madre se quedó hablando con la esposa del rey Plistarco.

La gente aún estaba aplaudiendo a los artistas cuando se oyeron unos gritos más altos de lo normal. Se formó un tumulto junto a las estatuas de Cástor y Pólux; yo me abrí camino entre la gente, un poco nerviosa, para localizar a mis esclavos y llevármelos de allí lo antes posible.

—¡Ahora verás!

—¡No, por favor!

—¡Piedad!

Se me aceleró el pulso. Empujé a una joven y me encaramé al pie de la estatua de Cástor para ver qué sucedía...

Y la vi.

—¡Eria! —llamé.

Pero mi esclava no me escuchaba: estaba delante de una de las niñas del templo, que tenía la cara contraída por el llanto.

—¡Eria te suplica que no le des más azotes! —estaba chillando—. ¡Eria recibirá los que le quedan gustosamente!

La otra niña sollozó. Entonces me fijé en que tenía la ropa manchada de sangre.

—¡Eria! —volví a gritar. Pero había demasiado ruido como para que me oyese.

Frente a las dos pequeñas ilotas había un hombre adulto que blandía un látigo. Me sonaba de vista; supuse que era uno de los compañeros de armas de mi padre.

¿Qué había ocurrido mientras yo veía la obra? ¿Es que alguna de las esclavas había ofendido a ese hombre?

El látigo restalló en el aire. Eria y la otra niña gritaron; yo también.

Y entonces él intervino.

Primero se colocó entre el hombre y las niñas. Después levantó el brazo y dejó que el látigo se enroscara en torno a su muñeca. Dio un brusco tirón y el látigo se escurrió entre los dedos del espartano.

Este rugió:

—¿Qué crees que estás haciendo, esclavo?

Por fin, logré reaccionar: salté de la estatua de Pólux, empecé a dar codazos y llegué hasta ellos.

—¡Quieto! —ordené mirando a Lámaco—. ¡Basta, esclavo!

Ese «esclavo» me supo amargo, pero no suavicé mis palabras. En vez de eso, me giré hacia el hombre con aire de disculpa.

—Lo siento, es muy temperamental.

El hombre me miró confundido. Entonces lo identifiqué: era un miembro de la Gerusía.

Adopté el aire más cándido que fui capaz. Y funcionó, porque la cara del hombre empezó a recuperar el color.

—¿Es tuyo? —preguntó señalando a Lámaco con la cabeza.

—De mi padre. —Agaché la cabeza—. Estamos enseñándole a comportarse, pero...

No terminé la frase, solo fingí suspirar.

El hombre me miró con irritación... y con una pizca de indulgencia. Después de todo, mis ojos «de cervatillo» tenían alguna utilidad.

—Enseñadle mejor —gruñó—. Merece unos azotes.

—¿Con esto? —intervino Lámaco exhibiendo el látigo que le había arrebatado.

Sentí deseos de estrangularlo, pero me limité a extender la mano hacia él.

—Dámelo. Ahora.

Nuestras miradas se cruzaron. La mía se volvió suplicante por un instante; Lámaco suspiró entre dientes y, por fin, me entregó el látigo. Yo se lo tendí al hombre.

—Enseñadle mejor —repitió él—, o la ciudad lo hará.

Se apoderó de su látigo y rodeó a Lámaco para acercarse a Eria y a la otra niña. Vi cómo las dos se encogían, pero Eria ya no se resistió; el hombre agarró el brazo de la otra esclava y se la llevó a rastras.

Contemplé el reguero de sangre que iba dejando a su paso y tragué saliva. Entonces, por primera vez, fui consciente de que había decenas de personas observándonos.

Entre ellas distinguí una cara conocida. Y se me cerró la garganta.

El rey Arquídamo nos contemplaba en silencio. Su tez morena estaba limpia y despejada, y había un brillo inquietante en sus ojos negros. Cuando nuestras miradas se encontraron, apenas hizo un gesto de reconocimiento.

Supe que iba a tener problemas.

—Vamos a casa —les dije a Eria y Lámaco—. Y ni una palabra hasta que lleguemos.

Sorprendentemente, los dos obedecieron.

Hicimos todo el camino en silencio. Solo cuando estuvimos a salvo en el patio me giré hacia mis esclavos.

—¿Alguien va a explicarme lo que ha sucedido en el teatro o tengo que hablar con una pitia?

Los dos intercambiaron una mirada. Por una vez, la de Eria no estaba cargada de recelo.

Pero fue Lámaco quien habló:

—Ese hombre estaba abusando de una de sus esclavas.

—Estaba abusando, ama —asintió Eria—. Karya solo ha tropezado con sus propios pies y ha roto un cántaro, y su amo ha dicho que iba a darle veinte latigazos. Veinte latigazos, ama, ¡veinte! No hay espalda que soporte eso...

Yo estaba convencida de que la espalda de Lámaco había soportado cosas mucho peores, pero no quise pensar en ello.

—Eria estaba dispuesta a compartir el castigo —siguió diciendo mi esclava—, pero ese hombre no escuchaba, ama.

Tragué saliva. Eria era impulsiva, pero ella misma se jactaba de «saber cuál era su lugar»; si se había metido en medio de ese hombre y su esclava, tendría razones de sobra para hacerlo.

En cuanto a Lámaco, me miraba con el ceño fruncido, pero no parecía enfadado. Ni asustado.

—He intervenido porque no era justo —dijo entre dientes—. No era justo que un hombre armado atacara a dos niñas.

No contesté. En vez de eso, me giré hacia mi esclava.

—Que sea la última vez que haces algo así, Eria.

—Eria lo siente, pero no podía quedarse mirando, no podía...

—Eria se quedará mirando siempre que yo se lo ordene —atajé.

Lámaco saltó:

—¡Ha sido muy valiente!

—¡Ha sido muy tonta! —Me encaré con él—. ¡Ese hombre podría haberle hecho mucho daño!

—¿Y no se lo ha hecho ya? —El joven alzó las cejas—. ¿Crees que solo duelen los latigazos?

Apreté los labios. Nadie mejor que yo sabía que había cosas que dolían mucho más que los golpes. Nadie.

Pero no dije aquello en voz alta.

—Vete, Eria. Y no olvides lo que te he dicho.

—¿Eria puede decir una cosa, ama?

—No.

Lámaco resopló. Eria puso una cara que me hizo sentir terriblemente culpable, pero no me retracté: ahora mismo solo quería perderla de vista.

Porque no quería que se diese cuenta. No quería que viese cómo me temblaban las rodillas aún.

Ese hombre podría haberlos matado a los dos. A Lámaco y a ella. Y no hubiese pasado nada.

Lámaco era un testarudo, pero ¿Eria? Eria siempre había sido discreta y obediente, como yo le pedía. No: era aún más discreta y obediente. Era una esclava modélica. Y hoy había estado a punto de meterse en un buen lío.

Cuando Lámaco y yo nos quedamos solos, me acerqué a él y le di una palmada en el pecho.

—Puede que a ti te dé igual que os maten, pero a mí no me da igual. —Me hubiese gustado zarandearlo, pero no quería perder los nervios—. Como vuelva a verte provocando a un espartano, te daré un escarmiento, ¿te enteras?

Por un momento, pensé que iba a reírse. Pero no lo hizo. Solo me miró fijamente.

—¿Y qué hago la próxima vez que uno de ellos ataque a dos niñas? —preguntó con suavidad—. ¿Me quedo mirando yo también?

No supe qué contestar. Estaba irritada con él, sí; pero solo porque tenía miedo. Porque me asustaba que ese esclavo obstinado se empeñara en jugarse la vida... y la perdiese.

Entonces levantó la mano y cogió la que yo aún tenía apoyada en su pecho. El tacto de sus dedos era cálido y áspero.

—Crees que estaremos a salvo si agachamos la cabeza, ¿verdad? —susurró—. Yo también lo creía hasta que vi cómo los esclavos obedientes morían igual que los rebeldes.

—Tú no eres rebelde —protesté débilmente—. Eres indomable.

Media sonrisa tensó sus labios. Dulce y apesadumbrada.

—Y eso no cambiará. Pero tú ya lo sabías cuando me pediste que viniera.

Por fin, me soltó. Yo me sentí extrañamente abatida cuando lo hizo.

—¿Has visto morir a muchos esclavos?

Lámaco desvió la mirada y casi me arrepentí de haber hablado. Pero volvió a contemplarme al momento.

Y vi aquel brillo melancólico en sus ojos. El mismo que aparecía en ellos cuando llevábamos un rato en silencio.

—Te dije que nunca le había contado mi historia a nadie.

Suspiré.

—Ni tienes por qué hacerlo. Si no quieres...

—Quiero. —Lámaco también suspiró—. ¿Tú quieres escucharme?

Asentí. Entonces, como si los dos nos hubiésemos puesto de acuerdo, fuimos a sentarnos en el bancal de piedra.

Estaba atardeciendo. La luz anaranjada bañaba la pared que daba a las cocinas; durante unos segundos, Lámaco y yo nos quedamos callados.

Yo sabía que estábamos a punto de cruzar una línea imaginaria. Que nada sería igual después de que el esclavo me abriese la puerta de sus recuerdos.

Pero no quise detenerlo.

—Antes de nada, debo aclarar que no me gusta hablar de mi pasado. Así que te contaré solo lo justo para que entiendas por qué soy como soy.

Se miraba las puntas de los pies descalzos. Yo le hice un gesto de invitación.

—Mis padres eran esclavos —continuó—. Igual que sus padres y los padres de sus padres. Todos hemos sido esclavos desde que Esparta conquistó Mesenia y sometió a sus habitantes. —Levantó un poco la cabeza—. Pero a mi padre no le importaba. Mi padre era un hombre apacible que disfrutaba sirviendo a su amo.

»Su amo, mal que me pese, no era un mal hombre. Formaba parte de la Gerusía y solía pedirles a sus conciudadanos que no fuesen crueles con los ilotas. Decía que Licurgo había dividido la población de Esparta entre hombres libres y esclavos, no entre cazadores y presas. Y algunos escuchaban sus palabras. Mi padre estaba muy orgulloso de pertenecerle a él.

A juzgar por la expresión de Lámaco, él no compartía ese orgullo. No obstante, su voz estaba impregnada de cariño.

—Mi madre no pensaba lo mismo. Ella me hablaba de los antiguos reyes de Mesenia y me contaba sus historias. —Por primera vez, me miró de reojo—. No las contaba tan bien como tú, pero... era mi madre. ¿Cómo no iba a disfrutar escuchándola?

Sonreí un poco. Él prosiguió:

—A veces mi padre le decía que no debía hablarme de aquello, que los ilotas solo teníamos una misión: conducir a los espartanos a la gloria. —Lámaco miró hacia arriba—. Hay que tener en cuenta que había ido a la guerra con su amo y los dos se habían cubierto las espaldas mutuamente. Aunque no me guste admitirlo, creo que su amo lo apreciaba. Y también a su familia.

»Pero todo cambió cuando el amo de mi padre murió y sus ilotas fuimos entregados a otro espartano, un joven que acababa de recibir la ciudadanía y

disfrutaba maltratando a los esclavos.

Noté que Lámaco se tensaba e intervine:

—Si no quieres contármelo...

—Quiero —insistió él—. Pero, como te decía antes, iré al grano: mi padre se negó a humillarse ante su amo y lo pagó con su vida. —Lo dijo deprisa, pero pude captar el dolor sordo que encerraban sus palabras—. Dijo que había sido un buen esclavo y tenía la conciencia tranquila. Pero dejó viuda a mi madre y me dejó huérfano a mí.

—Lo siento mucho —dije en voz baja.

Lámaco volvió a mirarme y su expresión se dulcificó.

—Eso fue hace diez años. Entonces juré ante los dioses... —Se mordió el labio—. Juré que lo vengaría. Que me convertiría en un hombre fuerte, más fuerte que cualquier espartano, y mataría a mi amo.

Se me hizo un nudo en la garganta. ¿Por eso Lámaco provocaba a los jóvenes de la *agogé*? ¿Estaba practicando para cuando se cobrara su deuda?

¿O acaso ya lo había hecho y por eso tenía esa cicatriz? No, imposible: si hubiese asesinado a un espartano, no seguiría con vida... excepto que nadie más lo supiese.

Esa idea me dejó helada. Oh, Afrodita, ¿iba a tener que encubrir a un asesino?

—Pero nada salió bien —dijo él entonces—. No habían pasado ni tres años cuando esa alimaña murió de unas fiebres. Me gusta pensar que los dioses hicieron justicia en mi lugar —añadió con un resoplido—, pero la verdad es que no lo tengo muy claro. Hace mucho que no pienso en lo que sucede en el Olimpo.

—Tienes otros asuntos aquí —murmuré—. ¿Qué hay de tu madre?

El joven parpadeó.

—También murió. Hace dos años, pobre mujer.

—Lo siento.

—¿Por qué? Eso no fue culpa de ningún espartano, tan solo enfermó.

Rocé suavemente su brazo.

—Seguro que sus historias eran maravillosas.

—Lo eran para mí. —Su mano volvió a posarse en la mía—. Gracias por escucharme, Cinisca.

Yo me atreví a presionar su palma encallecida.

—Gracias a ti por confiar en mí.

Hubo un breve silencio. Después, Lámaco se tocó los labios con aire pensativo.

—¿Fue él? —pregunté en voz baja—. Me refiero a... la cicatriz.

Lámaco sacudió la cabeza.

—No. —Me miró—. No fue él.

Me di cuenta de que no quería seguir hablando de ello, así que cambié de tema:

—¿Por eso te rebelas? —Me incliné hacia él—. ¿Crees que tu padre cometió un error?

—Cometió un error, sí. —Lámaco desvió la mirada—. El error de no prepararse para la guerra.

Se me encogió el estómago.

—¿Para la guerra?

—¿Por qué te sorprendes? —Él resopló—. Los espartanos nos la declaran cada año. Somos nosotros los que nos empeñamos en no responder.

Sus palabras me dejaron helada. Quería seguir hablando de ello, pero entonces oí una voz en el patio:

—¿Cinisca?

Me sobresalté al ver que mi madre estaba observándome. ¿Cuánto tiempo llevaría haciéndolo?

—Madre. —Me puse en pie de inmediato.

Ella me miró, miró a Lámaco y volvió a mirarme. Luego hizo un gesto para que entrara en casa.

Ni siquiera me atreví a despedirme del esclavo. Él tampoco dijo nada; pero, mientras me alejaba, tuve la osadía de imaginar su perfil contemplando la noche. Una vez más.

Capítulo 12

Secretos y traiciones

Desperté temprano aquella mañana.

Apenas estaba amaneciendo. Salí al patio sin despertar a Eria y me lavé la cara y la boca con el agua de la pila. Soplaban una brisa fresca; dos hojas marrones rodearon la estatua de Ártemis, hicieron una floritura en el aire y se alejaron con el viento.

Me abracé a mí misma y contemplé a la diosa. Era pelirroja, como mi padre, mi hermano y yo; mi madre era devota de Atenea, no de Ártemis, pero aseguraba que prefería adorarla en el templo de la Acrópolis que bajo su techo. «Dejad que las diosas gobiernen el Olimpo, que yo ya gobernaré mi hogar», solía decir.

La noche anterior me había preguntado por lo ocurrido en el teatro. Traté de explicárselo con calma, pero creo que me tembló la voz; afortunadamente, ella no insistió demasiado. Le preocupaban más mis planes de boda.

Cuando me preguntó con quién quería casarme, no supe qué decirle. La verdad no era una opción, definitivamente.

Un murmullo me arrancó de mis pensamientos. ¿Podía ser...? ¿Pero él no estaba durmiendo con los demás ilotas?

Di unos pasos y escuché aquella voz con más claridad. No, no me lo había imaginado: pertenecía a Lámaco. Estaba segura de ello.

—Lo dices como si tuviese elección —le oí decir en ese instante.

Por el tono que empleaba, no parecía muy contento. Deduje que estaba hablando con alguien fuera del patio; yo no podía escuchar a la otra persona, pero tampoco debía hacerlo, así que me di la vuelta para no entrometerme.

Pero mi esclavo siguió hablando. Y lo que dijo me hizo detenerme.

—Nos guste o no, es mi ama. Puede hacer lo que quiera conmigo... —De nuevo, hubo una pausa—. Tampoco es tan mala. Es mejor que la mayoría... —Resopló—. Tienes razón, eso no es mucho decir.

Me di cuenta de que estaba conteniendo el aliento. Lámaco estaba hablando de mí, obviamente, y sus palabras no me dejaban en muy buen lugar.

«Tampoco es tan mala». ¿Dónde estaban el «Cualquiera que te conociese te querría» y el «Gracias por escucharme»? Sabía que no estaba bien espiar conversaciones ajenas, pero no fui capaz de moverme.

Y me arrepentí al instante.

—Se cansará de mí, estoy seguro —siguió diciendo Lámaco—. Entonces podré volver a la aldea. Solo necesito un poco más de tiempo.

Su interlocutor (¿o interlocutora?) tuvo que decir algo desagradable, porque el joven saltó:

—¿A qué viene eso? Hice una promesa. Y yo siempre cumplo mi palabra. —Parecía molesto—. No, no voy a dejaros tirados. No le debo nada a ningún espartano... ni a ninguna espartana.

Apreté los labios y comprendí que aquel era mi castigo por escuchar a escondidas: topar con una verdad desagradable.

Sin hacer ruido, regresé al dormitorio y esperé unos minutos antes de volver a salir. Esta vez lo hice pisando fuerte para revelar mi presencia, pero no era necesario: no había ni rastro de Lámaco en el patio ni se oía su voz ya.

Yo tampoco me molesté en ir en su busca. El joven había dejado claro lo que pensaba de mí en su misteriosa conversación: que yo no era «tan mala», pero que no me debía nada.

Bien. Tal vez me debiese más de lo que él creía.

Decidí que necesitaba estar sola para digerir aquella decepción y me escabullí en silencio. No quería ver a nadie.

Como el templo de Afrodita sería el primer sitio en el que me buscarían, decidí refugiarme en algún otro lugar. Valoré la opción de visitar a Clitemnestra; siempre me alegraba de verla y tal vez pudiese contarle una parte de mis preocupaciones, la menos vergonzosa. Llegué a detenerme frente a la casa del rey Arquídamo, pero luego cambié de idea: aún recordaba la torva mirada que este me había dirigido en el teatro.

Finalmente, opté por refugiarme en el templo de Ares: estaba segura de que nadie me buscaría allí.

El día transcurrió pesadamente. No fui a la *thiasa*, aunque tendría que haberlo hecho, y tampoco pasé por casa para comer. No tenía hambre. Lo único que hice fue acudir al templo de Afrodita al caer la tarde.

Pero ni siquiera aquello me salió bien.

Nada más entrar, el eco de mis pisadas me sobresaltó. No se oía nada más; ni susurros, ni risas, ni exclamaciones de saludo. Nada.

Estaba sola en el templo. Miré detrás de las columnas, pero solo vi una sombra deslizándose en dirección contraria. ¿Nicandro, tal vez? Si era él, todo apuntaba a que no quería quedarse a solas conmigo.

¿Dónde estaban los otros niños?

¿Dónde estaba Eria? ¿Y Lámaco?

Contemplé la estatua de Afrodita durante un instante, pero sus ojos vítreos no me dieron ninguna respuesta.

Salí al exterior, pero no sabía hacia dónde dirigirme. ¿Qué les habría sucedido a los niños?, ¿por qué no habían acudido a nuestra cita? Pensé en Ébalo y Anticlea y sentí un escalofrío; si les habían hecho algo...

Entonces me fijé en dos figuras que cuchicheaban a escasa distancia de mí. El sol poniente casi me cegaba, pero fui capaz de distinguir las dos cabezas: una de ellas, rapada; la otra, cubierta por un gorrito de piel.

Eran Nicandro y Eria. Y estaban discutiendo acaloradamente.

—¡Díselo! —siseaba el niño—. ¡Dile lo que has hecho!

—Eria solo ha hecho lo correcto. Lo correcto, eso es lo que ha hecho Eria...

Mi esclava hizo ademán de marcharse, pero Nicandro agarró su muñeca. Los dos forcejearon y terminaron rodando por la hierba.

Yo eché a correr hacia ellos.

—¡Quietos! ¡Parad ahora mismo!

Al oírme, Nicandro se apartó de Eria con aire irritado; mi esclava, por su parte, parecía nerviosa.

—¿A qué ha venido eso? —Me puse en cuclillas y los miré alternativamente—. ¿Por qué os estabais peleando? Eso no está bien.

—No es lo único que no está bien —farfulló Nicandro.

Eria hizo ademán de darle un puntapié. Yo tuve que interponer mi cuerpo entre los dos para impedirlo.

No entendía nada. Mi esclava no era belicosa, todo lo contrario; siempre prefería evitar el conflicto. En cuanto a Nicandro, era la primera vez que le

escuchaba pronunciar dos frases seguidas.

Recordé lo que me había contado Eria en la arboleda y lo miré con suspicacia, pero no vi nada inquietante en la expresión de su cara. Solo una rabieta infantil.

—¿Eria? —Me dirigí a ella con suavidad—. ¿Tienes algo que decirme?

—Eria solo ha hecho lo que había que hacer.

—Eria es tonta —saltó Nicandro.

Yo iba a llevarle la contraria, pero no me dio tiempo.

—¡Sí, Eria es tonta! —gritó ella—. ¡Es tonta porque se preocupa por su ama, por Nicandro y por todo el mundo cuando debería ver, oír y callar!

—Eria... —empecé a decir.

Pero, por una vez, mi esclava me ignoró y echó a correr hacia la colina. Yo me quedé mirándola y después me giré hacia Nicandro.

—Bueno, ¿vas a contarme qué ha pasado o tengo que ir al Oráculo de Delfos?

El niño me dirigió una mirada hosca, pero habló:

—Tu esclava les ha dicho a los otros que se alejaran de ti.

—¿A los otros? ¿Te refieres a los otros niños?

—A los otros esclavos. A todos. Les ha dicho que es peligroso que sean tus amigos.

Recordé lo sucedido el día anterior y sentí un escalofrío.

—¿Eria cree que yo les pongo en peligro?

—Tú a ellos no. —Nicandro volvió a mirarme y, por primera vez, me fijé en lo grandes y azules que tenía los ojos—. Eria cree que es peligroso que te juntes tanto con los ilotas, que eso te dará problemas. Pero yo no estoy de acuerdo.

Sacudí la cabeza. Si Eria estaba tan preocupada, ¿por qué no me lo había dicho?

Luego recordé que me lo había dicho. Directa e indirectamente. Pero yo no le había hecho caso: después de todo, solo era una esclava de trece años.

—Hablaré con ella —suspiré—. Por muy buena que sea su intención, no tiene derecho a decidir por mí.

Nicandro torció el gesto.

—Yo ya se lo he dicho, pero a mí no me hace caso. —Golpeó el suelo con el puño—. ¡Me odia!

Por alguna razón, esas palabras me hicieron sentir pena por él. Por los dos,

en realidad.

Con cautela, puse mi mano sobre el hombro del niño. Él se tensó, pero no rechazó el contacto.

—Eria no te odia, Nicandro. Siempre te defiende.

Era algo de lo que yo me había dado cuenta: cuando los otros niños se metían con él, Eria saltaba.

—Yo creo que le doy miedo —dijo él—. ¿Qué se piensa, que voy a pegarle o algo así? ¡Menuda tonta!

—Sabe que no vas a pegarle, pero...

—Pero ¿qué?

—Creo que le da miedo encariñarse contigo —admití—. Por alguna razón, la gente te lo pone muy difícil cuando quieres ser amigo de alguien diferente a ti.

—Si lo dices por los ilotas, los espartanos no somos diferentes, sino mejores.

Retiré mi mano de su hombro con suavidad.

—Yo no me creo mejor que los ilotas.

—Yo sí. Porque ellos son más débiles que yo. —Nicandro empezó a arrancar puñados de hierba con aire pensativo—. Excepto...

Aguardé, pero no terminó la frase. Cuando volvió a mirarme, sus ojos tenían un brillo extraño.

—¿Tú le tienes miedo a Lámaco?

—¿Es que conoces a Lámaco?

—Todo el mundo conoce a Lámaco. —El niño se cruzó de brazos—. Él es más fuerte que yo. Me gusta. ¿Le tienes miedo? Me refiero a... Ya sabes, como Eria a mí. ¿Tú le tienes ese miedo a él?

—No sabía que pudieses hablar tanto —intenté bromear.

Pero ¿cómo iba a saberlo? A los espartanos los educaban para hablar solo lo justo y necesario. De hecho, era frecuente oír a los mayores burlarse de la «palabrería» de los más jóvenes, y ya no digamos de los otros griegos.

Nicandro me miró con aire solemne:

—Hablo solo cuando es necesario. Y tú no has contestado a mi pregunta.

—Ni voy a hacerlo. —Me puse en pie con lentitud—. Haz las paces con Eria. Sé que os tenéis cariño.

Nicandro también se incorporó. Estaba tan lleno de mugre que apenas se distinguía el rojo de su *himatión*.

—Nunca antes habíamos discutido. Bueno, ella discute conmigo muchas veces, pero yo nunca le llevo la contraria.

—¿Por qué ahora? —quise saber—. ¿Por qué te ha molestado tanto que intentara alejarme de los esclavos?

Él me dirigió una última mirada.

—Porque tus historias son para ellos. Si dejas de contárselas, yo tampoco podré escucharlas.

Me sentí extrañamente conmovida al escuchar esas palabras; sobre todo, cuando vi que las mejillas del niño enrojecían un poco. Pero no se lo hice notar.

La idea de renunciar a esos encuentros en el templo me destrozaba. ¿Qué haría yo sin los niños? Los quería en mi vida, quería su atención y sus muestras de cariño. Y sabía que ellos querían lo mismo de mí. ¿Qué tenía de malo el hecho de que nos necesitáramos mutuamente? En un lugar como Esparta, donde tanto se ensalzaban la osadía y el sacrificio, algunos anhelábamos otras cosas.

Calor humano. Aceptación.

Amor.

Entonces se me ocurrió algo:

—¿Eria también le ha pedido a Lámaco que se alejara de mí? ¿Por eso no está aquí?

Nicandro chasqueó la lengua.

—Está en el templo de Eros.

Supuse que aquello era un sí.

El niño me dio la espalda y también se alejó hacia la colina. Por el mismo camino que había tomado Eria minutos atrás.

Comprendí que tenía que hablar con Lámaco. Después de lo que había escuchado aquella mañana y de la intervención de Eria, no me quedaba más remedio que aclarar las cosas con él.

Pero ¿hasta qué punto quería ser sincera? ¿Iba a confesarle que había escuchado sus palabras? ¿Iba a confesarle que me habían dolido?

Aún no lo tenía claro cuando enfilé el sinuoso camino que conducía al templo de Eros. Ya casi no quedaba luz en el horizonte; eché la cabeza hacia atrás para contemplar la lejana cumbre del monte Taigeto y suspiré.

Luego entré. Dispuesta a enfrentarme a mi esclavo... y a mis propios temores.

Capítulo 13

La flecha mortal

Lo primero que hice al entrar en el templo fue apartarme de la trayectoria del arco de Eros. Solo era una estatua, pero no me sentía cómoda con una flecha apuntando hacia mí.

Di un paso en la penumbra. La piedra me devolvió su eco; avancé un poco más y, por fin, lo vi de espaldas a mí.

No estaba contemplando la estatua del dios, sino apoyado en la pared. Sin mirar nada en concreto.

Sentí que me faltaba el aire. ¿Estaba preparada para esa conversación?

—¿Lámaco? —tanteé.

El joven esclavo se dio la vuelta. Cuando nuestros ojos se encontraron, sentí el impulso de acercarme más, pero me contuve.

—Eria ya me lo ha dicho —dijo él entonces—. Pero agradezco que quieras despedirte de mí.

Aquello me dejó confundida. Parpadeé un par de veces y me quité el velo con lentitud.

—No he venido a despedirme. Eria no es quién para decidir por mí.

Pero Lámaco esbozó una triste sonrisa.

—Tiene razón, espartana —susurró—, y lo sabes.

«Espartana». ¿Ya ni siquiera era Cinisca, entonces? ¿Volvía a ser «la espartana» y nada más?

¿Y qué otra cosa podía esperar? Eria se equivocaba juzgando a Lámaco: él sabía perfectamente cuál era su lugar. Era yo quien se negaba a aceptar el suyo.

Entonces Lámaco volvió a hablar. Y lo que dijo me encogió el corazón:

—No creas que no sé por qué me trajiste a la polis.

Su tono era calmado. Lentamente, abandonó su lugar junto a la pared y se acercó a mí.

Mi corazón empezó a latir con fuerza, pero no fui capaz de retroceder. La idea de que el esclavo hubiese adivinado lo que yo guardaba dentro me atormentaba; me pregunté qué sucedería si alguien más averiguaba mi secreto y me sentí desfallecer. Cualquier espartano me diría que no se podía caer más bajo. Cualquier ilota pensaría que me había vuelto loca.

Pero ahí estaba, mirándolo fijamente. Incapaz de burlarme de esa afirmación, incapaz de castigar su atrevimiento con una carcajada desdeñosa. Incapaz de fingir que no sentía lo que sentía por él.

No delante de aquellos ojos que me habían contemplado con admiración desde el primer día. Lámaco podía no sentir lo mismo que yo, pero siempre me había tratado con respeto. Me había ayudado sin esperar nada a cambio. Solo porque era un hombre noble y generoso.

Así que no desmentí nada. Haciendo un esfuerzo, incluso pude sonreírle un poco.

—No voy a negarlo. Pero, si lo cuentas, será mi ruina.

Entonces su expresión cambió. Alzó la vista de golpe y me miró con aire desorientado.

—¿Tu ruina? —Parpadeó—. No quiero ser grosero, pero todo el mundo sabe que los esclavos te inspiramos lástima.

—¿Qué tiene que ver eso con lo que estamos hablando?

Lámaco me mostró sus manos desnudas.

—Me pusiste bajo tu protección por pena. —Desvió la mirada de nuevo—. Mentiría si dijese que no me siento conmovido, aunque... —Apretó los puños—. Preferiría volver a mi aldea y librar mis propias batallas. Eria tiene razón: te estoy poniendo en peligro.

Yo tragué saliva. Entonces, ¿Lámaco no sabía la verdad? ¿No se había dado cuenta?

¿Mi secreto estaba salvo, en ese caso?

De pronto, recordé la conversación que había escuchado esa misma mañana. Y volví a sentir un vacío en el estómago.

«Se cansará de mí, estoy seguro». Esas habían sido sus palabras.

Di un paso atrás.

—Ya sé que preferirías volver a tu aldea. ¿Todo esto lo dices para intentar

que «me canse de ti» lo antes posible?

Lámaco levantó la cabeza de golpe.

—¿Has estado espiándome?

—Estaba en mi casa, así que yo no lo llamaría espiar. Si te sirve de consuelo, me arrepiento de haberlo hecho. Ojalá no supiese la verdad.

El joven ilota entornó los ojos.

—¿Qué verdad?

Hubiese podido tragarme el orgullo y no decir nada. Pero las palabras salieron de mi boca sin permiso:

—Que estás deseando que me aburra de ti y te deje volver a tu aldea. ¿Piensas que soy la clase de persona que usa a los demás para divertirse, por muy esclavos que sean? —Se me quebró la voz y me maldije por ello—. Igual tienes razón. Igual todo esto ha sido un error.

Conforme hablaba, Lámaco iba negando con la cabeza cada vez con más vigor. Cuando terminé, cubrió la distancia que nos separaba y me levantó la barbilla.

—Por Apolo... ¡Que estoy deseando que te aburras de mí, dices! —En su boca apareció media sonrisa amarga—. ¡Como si no hubiese escuchado tus historias a escondidas! ¡Como si no hubiese disfrutado cada minuto contigo! Nunca me arrepentiré de haberme dejado ver en el templo de Afrodita. Estos días contigo... han sido maravillosos.

Quise girarle la cara, pero él me lo impidió con suavidad. Su cercanía me turbaba.

—Cinisca. —Mi nombre sonó dulce en sus labios—. Eres la espartana más buena que he conocido, pero sigues siendo una espartana y yo un esclavo. —Me acarició la mejilla con el pulgar antes de soltarme—. Podrías hacerme azotar por el simple hecho de tocarte así.

Sentí frío cuando se separó de mí.

—Nunca haría semejante cosa. —Fruncí el ceño—. Si todo eso es verdad, Lámaco, ¿por qué he escuchado lo que he escuchado esta mañana?

Él me miró con seriedad.

—¿Qué le enseñas a tu enemigo, el escudo o el pecho descubierto? No quiero que nadie sepa que hacerte daño a ti es hacérmelo a mí.

Aquella confesión hizo que mis labios temblaran.

—¿Por qué no?

Lámaco volvió a sonreír de aquella forma tierna y triste.

—Porque en esta polis hay demasiada gente queriendo hacerme daño. Y tú... —Se pasó la mano por la cara—. Tú no tienes la culpa. Por eso es mejor que me apartes de ti. Envíame de vuelta a la aldea y deja que los dioses hagan su voluntad conmigo.

Se hizo el silencio entre los dos, un silencio lleno de respuestas dolorosas.

Quizá tuviese razón. Quizá lo más prudente fuese separarnos cuanto antes.

Al ver que yo no contestaba, el joven exhaló un suspiro y se llevó la mano a la nuca.

—Adiós, espartana. Gracias por todo.

Volvió a darme la espalda y apoyó el hombro en la pared. Después agachó la cabeza.

Yo miré hacia abajo. No me había dado cuenta de que estaba retorciendo el velo en mis manos.

—Adiós, esclavo.

Pero solo llegué a dar unos pasos hacia la puerta. Porque apenas habían transcurrido unos segundos cuando algo me empujó a girarme de nuevo.

Mis pies me condujeron junto a Lámaco sin que yo se lo ordenara y una de mis manos temblorosas le tocó el brazo. Cuando él giró la cara, mi boca encontró la suya.

Un jadeo de asombro escapó de sus labios. Yo cerré los ojos y me preparé para que me apartara, pero no lo hizo.

Lentamente, casi con miedo, llevó las manos a mi cintura. Sentí el calor de sus palmas a través del peplo y me estremecí; al notarlo, Lámaco ladeó el rostro y, por fin, respondió a mi torpe acercamiento atrapando mis labios con los suyos.

Me empujó con cuidado hasta que mi espalda tocó la pared. Su cuerpo ardía cuando me arrinconó contra ella; yo le puse las manos en el pecho y aferré su túnica para que no se alejara de mí.

El templo se llenó de nuestros jadeos. Yo levanté una pierna para abrazarle la cadera y su mano recorrió mi muslo en una caricia apremiante.

—Cinisca... —suspiró sin dejar de besarme—, esto... no está bien.

Yo entreabrí los ojos y le puse las manos en las mejillas. Las tenía ligeramente ruborizadas, lo cual me provocó una sensación de vértigo. Ladeé el rostro para besarlas; a su pesar, Lámaco bajó la vista y sonrió con timidez.

—No está bien —insistió.

Tomó mis manos con delicadeza y las retiró de su cara. Luego llevó las

suyas a su propio pecho.

—Esto —dijo entre dientes— empieza a doler. Si sigo viéndote cada día... —Su garganta se estremeció—. No querré que otro hombre se atreva a besarte. No querré que te cases con un espartano, pero eso sucederá. Tarde o temprano. —Cerró los ojos un instante—. Estamos a tiempo de evitarlo, espartana.

Ese «espartana» fue casi un susurro, pero yo sentí que se me clavaba dentro.

—¿Me estás pidiendo que te aparte de mí, entonces? —pregunté.

Él volvió a mirarme y su expresión me desarmó. Parecía derrotado por primera vez desde que lo conocía.

—Te estoy pidiendo que no me dejes enamorarme de ti. Porque solo soy un sucio esclavo y no puedo tocarte sin que te conviertas en laurel.

—Apolo y Dafne —murmuré sin aliento.

—Conozco la versión triste de esa historia. Prefiero la tuya, pero sabes que no es la verdadera.

Yo me giré hacia la estatua de Eros. Por supuesto que lo sabía, siempre lo había sabido, pero no quería aceptarlo. No quería aceptar que algunas historias solo podían tener finales trágicos.

Los ojos azulados del dios parecieron ver a través de mi alma. Yo me acerqué a él despacio, sin decir nada, hasta que su arco volvió a apuntar hacia mí.

Si Lámaco regresaba a la aldea, correría peligro. Yo no podría hacer nada por él si no estaba bajo mi protección. Pero ¿qué otra opción teníamos? Si se quedaba, correría peligro de todas formas. De hecho, tal vez estuviese llamando más la atención por el hecho de venir conmigo a todas partes.

Y, si alguien descubría la verdad, sería aún peor.

Entonces tomé una decisión:

—Vuelve a tu aldea. Tienes razón: es mejor que no sigamos viéndonos.

Sabía que aquello era lo más sensato, pero me dolió de todas maneras.

Yo también estaba enamorándome de Lámaco. Lo negaría ante cualquiera, pero no podía seguir negándomelo a mí misma. No sin traicionarme.

Siempre había aceptado el amor de Afrodita como un don, ¿por qué el de Eros iba a ser diferente? Él me había disparado su flecha por algún motivo, aunque yo no supiese cuál era.

—¿Esa es tu decisión? —dijo Lámaco desde algún punto situado a mis

espaldas—. ¿Quieres que me marche?

«No», pensé.

—Sí —respondí.

Y una parte de mí se rompió al pronunciar esa palabra. Ahora que había reconocido que sentía algo por él, ahora que sabía que ese algo era correspondido, tenía que dejarle ir.

Porque era lo mejor para los dos.

Oí cómo salía del templo. El eco de sus pisadas se quedó conmigo durante unos segundos más.

No lloré; no tenía sentido llorar por algo que no había llegado a existir. Me dije que los dos habíamos sido muy prudentes: habíamos sofocado el fuego antes de que este se propagara. Y ahora podíamos volver a nuestras vidas con relativa normalidad. Engañando a todo el mundo.

Sí, habíamos sido prudentes respetando el orden de las cosas. Lámaco volvería a la aldea y seguiría ocupándose de esos asuntos tan importantes; yo podría casarme con un espartano y hacer lo que se esperaba de mí.

Dirigí una última mirada a Eros y, finalmente, arrastré los pies fuera del santuario.

Comprendí que se habían terminado las historias y empecé a subir la colina con ese peso en el corazón. Confiando en que desapareciese con el tiempo.

Capítulo 14

Gloria y sangre

No tenía ganas de volver a casa, pero lo hice.

Iba contándome una historia a mí misma. De una u otra manera, había perdido a todas las personas que antes me escuchaban: a mis niños ilotas, apartados a la fuerza por mi propia esclava; a Nicandro, porque se le había acabado el tiempo de soñar despierto; a la propia Eria, que creía que debía protegerme a toda costa.

Y ahora también a Lámaco. Pero lo suyo era distinto, lo suyo dolía de otra forma.

Las calles estaban oscuras cuando distinguí la sombra de mi casa. No estaba permitido portar lámparas por las noches; los espartanos debíamos aprender a orientarnos bajo el cielo estrellado. Contemplé la luna menguante entre las nubes y recordé mi encuentro nocturno con Lámaco. Parecía que hubiesen transcurrido años desde entonces.

La primera gota de lluvia cayó sobre mi frente mientras cruzaba el umbral. Vi una figura en el patio y se me aceleró el corazón, pero enseguida descubrí que no se trataba del esclavo.

No. Él se había ido.

—¿Aristarco?

Mi hermano se dio la vuelta. Estaba frente al altar de Ártemis.

—La lluvia apagará el fuego —dijo en voz baja.

No le pregunté qué estaba haciendo allí; tan solo me acerqué a él y le apoyé la mejilla en el brazo. No rechazó mi contacto, algo que agradecí: necesitaba un poco de calor humano en ese momento.

Recordé cómo las niñas del templo habían rodeado a Lámaco mientras les

contaba la historia de Afrodita y Ares y sentí un dolor sordo en el pecho. Pero traté de apartar aquellas imágenes de mi memoria centrándome en Aristarco.

—¿Cómo estás? —tanteé.

—Bueno. —Su mano se deslizó por mi pelo—. ¿Tú?

La lluvia empezó a caer con más fuerza, pero ninguno de los dos hizo ademán de refugiarse bajo techo. Contemplé cómo el fuego se apagaba y cerré los ojos un momento.

—Bueno. —Decidí desviar la atención de mí—. Hacía días que no nos veíamos.

—He estado ocupado. —Tragó saliva y su nuez tembló—. Necesito que me aclares una duda.

—¿Una duda? ¿De qué se trata?

Él se giró para contemplarme.

—Tú conoces bien las historias de los héroes. Dime, ¿qué sucedió cuando Aquiles se negó a luchar?

—¿Te refieres a cuando Agamenón le arrebató a su esclava Briseida y se enfadó con él?

La mención de la esclava me provocó cierta inquietud, pero mi hermano asintió.

—Bien, Aquiles se negó a luchar y Patroclo quiso ocupar su lugar —expliqué—. Se disfrazó de él para engañar a los troyanos.

—¿Y qué le sucedió?

Dudé. Yo solía contar que habían herido a Patroclo y Aquiles lo había rescatado en el último momento; la realidad era que había muerto. Al menos, eso era lo que decía Homero.

—Quiero la verdad, hermana —dijo Aristarco—. No uno de tus finales felices.

—¿Cómo sabes que...?

—La verdad —insistió él.

—Patroclo murió. —Alcé las cejas—. ¿Por qué te importa tanto?

—Necesitaba escucharlo para convencerme. —Se inclinó hacia mí y me besó el pelo—. Gracias.

—¿Convencerte de qué?

No sabía si me habían sorprendido más sus palabras o su arrebatado de cariño, pero ambas cosas me inquietaban.

La lluvia arreciaba ya. En ese instante, el haz de una lámpara osciló cerca

de nosotros.

—¡Hijos! —llamó nuestro padre—. ¿Qué hacéis ahí parados? ¡Entrad!
Obedecemos al punto. Cuando mi padre nos vio, chasqueó la lengua.

—¿Queríais acabar empapados?

Mi madre se asomó en ese momento.

—Cosas peores se soportan en la *agogé*.

—Precisamente: la vida ya es lo bastante incómoda como para complicárnosla sin motivo —respondió mi padre. Después contempló a mi hermano con interés—. ¿Has venido a cenar con nosotros?

—Ya he cenado. Sopa negra.

—Deliciosa —bromeó mi padre.

Yo esboqué una tibia sonrisa, pero Aristarco no parecía divertido.

—He venido a traeros noticias. Dos noticias —aclaró.

—¿Quieres que me vaya? —pregunté.

En el fondo, tenía ganas de estar sola. Pero mi hermano me retuvo con un gesto.

—Aún no. —Parecía incómodo—. Una de esas noticias tiene que ver contigo.

Tendría que haber sospechado al ver que mis padres intercambiaban una mirada, pero no lo hice. Supongo que estaba demasiado afectada por mi conversación con Lámaco.

—Ha dicho que sí —dijo Aristarco momentos después.

Mi padre exhaló un suspiro. Mi madre apretó los labios en señal de aprobación.

Yo miré a mi hermano sin comprender.

—¿De qué hablas?

Pero fue mi padre quien se dirigió a mí:

—Te hemos encontrado un marido, Cinisca.

El espanto que sentía tuvo que reflejarse en mi cara. Los miré alternativamente y balbuceé:

—¿Un marido?

—Ébalo es la mejor opción, hija...

—¿Ébalo? ¿El mismo Ébalo que siempre se mete conmigo?

Aristarco evitó mirarme.

—No es tan malo. Si le dices una oportunidad...

—¿Por qué él, por los dioses? —lo interrumpí—. ¿Por qué no otro?

—¿Quién? —intervino mi madre. Ella también parecía molesta—. Dínoslo tú, Cinisca. Dinos con quién quieres casarte.

—Yo... no lo sé.

Pero no era tan sencillo engañar a una madre.

—Te conocemos, sabemos que suspiras por un hombre. Si te dejas de tonterías y nos dices quién es, podemos llegar a un acuerdo con su familia.

Yo sacudí la cabeza con lentitud. No podía hablarles de Lámaco, no podía. Eran mis padres y mi hermano, me querían, pero jamás lo comprenderían. Jamás.

No podía decírselo.

—¿Es posible que ya esté casado? —sugirió mi padre.

Aquello me daba la excusa perfecta. No lo confirmé, pero tampoco lo desmentí; sin embargo, ellos interpretaron mi silencio como una confirmación.

—Lo siento, hija, pero no podemos hacer nada al respecto. Eso sí que no. —Mi padre juntó las manos—. Ébalo es una opción excelente. Lo arreglaremos todo para que os caséis esta primavera.

—¡No! ¡No quiero casarme con él!

—¡Pues dinos otro nombre, hija! —dijo mi madre.

Yo abrí la boca, pero volví a cerrarla. Ébalo no me gustaba, pero... ¿acaso me gustaba más algún otro espartano?

En el fondo, me daba lo mismo: iba a ser igual de desgraciada con cualquiera de ellos.

Al ver que yo no decía nada, mi padre miró a mi hermano:

—¿Cuál era la otra noticia?

Él le puso la mano en el hombro y señaló el comedor con la barbilla. Era obvio que no quería dársela delante de mí.

Bien, a mí tampoco me interesaba lo que tuviese que decirle. O eso creía. En ese momento, solo podía pensar en el negro abismo que se abría ante mí.

¿Y qué esperaba? El día de mi boda iba a llegar antes o después. Había sido una tonta fingiendo no verlo.

Mi madre me miró como si fuese a decirme algo, pero después giró sobre sus talones y siguió a mi padre y mi hermano.

Yo volví a salir al patio. Eché la cabeza hacia atrás y dejé que la lluvia me empapara el rostro.

Empecé a tiritar, pero no me importó. Como tampoco me importó ir

descalza cuando pisé la calle embarrada. Ni me importó que la túnica se me pegara al cuerpo mientras descendía la colina, ni oír un trueno haciendo retumbar el cielo.

No me importó abrirme camino entre las tinieblas, temblando de frío, hasta llegar al templo de Eros. Tampoco seguir a oscuras cuando me arrojé a los pies del dios y rompí a llorar.

—¿Qué quieres de mí? —gemí—. ¿Qué quieres?

Cerré los ojos y casi pude ver su sonrisa de bronce. Y ahí me quedé, tirada en el suelo, con el corazón en un puño y la certeza de que las cosas ya solo podían empeorar.

Capítulo 15

A la deriva

Había dejado de llover. Me di cuenta porque el sol había convertido el río Eurotas en oro líquido; cuanto más me acercaba, más me deslumbraba.

Peropude distinguir un oscuro perfil en el agua. El perfil de un hombre alto con el pelo largo y la espalda llena de cicatrices.

—Hola —dije mientras me quitaba el peplo—. ¿Te acuerdas de mí?

Lámaco se giró y me miró con una leve sonrisa.

—Espartana. —Abrió los brazos—. Ven.

Me lancé a sus brazos para besarlo; él me alzó en vilo y sonrió contra mis labios. Yo me quedé mirando los suyos.

—¿Cómo te hiciste esa cicatriz?

El joven adoptó un aire misterioso.

—Fui a Delfos a ver a la pitia y... —Le salpiqué agua—. ¡Oye, espartana, cálmate! Tú ya sabías que me la hice besándote.

—¿La cicatriz del labio?

—No —dijo él sin perder la sonrisa—. La de aquí.

Señaló su pecho y vi que tenía una herida abierta en él. Quise cerrarla con mi mano, pero Lámaco no me lo permitió.

—No me dejes enamorarme de ti —murmuró. Y la herida empezó a sangrar a través de sus dedos—. Porque solo soy un sucio esclavo.

Entonces comprendí que estaba soñando. Y desperté.

El rostro de Lámaco seguía allí, alumbrado por la luz titilante de una lámpara de aceite. Traté de enfocararlo, pero lo veía envuelto en bruma.

Entreabrí los labios, pero no pude pronunciar palabra.

Aun así, él me miró. Sus ojos se abrieron un poco; estaban enrojecidos. Tenía el pelo sucio y pegado a la cabeza, y parecía cansado. Una arruga vertical surcaba su frente.

Cogió una de mis manos y se la llevó a los labios. Sentí humedad en el dorso, pero el cansancio me venció y volví a caer presa del sopor.

«Afrodita», creí escuchar en sueños. Pero tal vez lo imaginé.

Cuando volví a abrir los ojos, la madrugada ya entraba por la puerta del dormitorio. Vi a Eria durmiendo en un rincón, hecha un ovillo, y dos brazos fuertes apoyados en mi lecho. Sobre ellos descansaba una cabeza oscura.

«Es él», pensé.

Me ardía la garganta. No podía hablar, así que me conformé con removerme un poco.

Lámaco levantó la cabeza de golpe y su mirada soñolienta buscó la mía. ¿Había pasado la noche arrodillado frente a mí? Eso parecía.

Al ver que estaba despierta, sonrió tibiamente. Después se agachó para acercarme un cazo con agua.

—Bebe.

Intenté hacerlo, pero no podía incorporarme. Él me rodeó con su brazo y me sentó.

—Les he dicho a tus padres que cuidaría de ti hasta el alba —suspiró—. Y les he jurado a los dioses que no te dejaría morir.

Por fin, logré reunir las fuerzas que necesitaba para acariciarle la cara. Él cerró los ojos y ladeó el rostro para besarme la palma de la mano.

—¿Estoy despierta ahora? —susurré.

—Eso me temo.

Me senté en el lecho y me llevé las manos a la cabeza. Él cogió una galleta de trigo, la desmigajó y me la ofreció. Pero yo me quedé mirándolo sin aceptarla.

—Has vuelto de la aldea...

—Nunca llegué a irme.

—Pero yo te ordené que lo hicieses.

—Y yo desobedecí. Por eso te encontré en el templo de Eros.

—Gracias por traerme aquí. Y por cuidar de mí.

Su expresión se ensombreció.

—Yo tengo la culpa. Si no te hubiese dejado sola, no estarías así.

—La culpa fue mía. Solo una idiota correría bajo un aguacero, pero me puse trágica y... —Un acceso de tos me impidió seguir hablando—. Hay veces que no uso la cabeza.

Lámaco volvió a tenderme la galleta. La acepté, aunque no tenía hambre, porque no me apetecía discutir. Me costó tragarla.

—¿Has estado conmigo desde anoche? —murmuré.

Él desvió la mirada.

—Llevas así dos días.

—¿Dos días? —Parpadeé—. Pero...

—Has estado delirando. —Lámaco hizo crujir su cuello—. Hemos conseguido que bebieses algo, pero nada más. Por eso tienes que comer un poco.

Su mirada me convenció y engullí la galleta como pude. Lámaco inclinó hacia mí y posó sus labios en mi frente.

—Aún estás ardiendo, te vendrá bien dormir un poco más. Si prefieres que despierte a Eria y me vaya...

Hizo ademán de incorporarse, pero yo rodeé su muñeca con mi mano.

—No. Quédate.

—Claro...

—Túmbate conmigo.

Al escuchar esas palabras, se quedó paralizado. Luego suspiró y giró la muñeca para atrapar mi mano.

—No... No debo. —Entrelazó sus dedos con los míos—. No estaría bien.

En otras circunstancias, yo no hubiese insistido. Pero tenía fiebre, me dolía la cabeza y sabía que faltaba poco tiempo para que la casa despertara.

Y no quería que llegara ese momento.

Nos separarían. Antes o después, sabrían la verdad y...

—Ven conmigo —insistí—. Si quieres, puedo ordenártelo para que no te sientas culpable.

Media sonrisa curvó la boca de Lámaco, media sonrisa cargada de tristeza y promesas rotas.

—Por Apolo...

Echó la cabeza hacia atrás un instante y vi cómo su garganta se estremecía; después me miró de nuevo y suspiró.

—Como desees, espartana.

Yo tragué saliva con dificultad y me hice a un lado. Su cuerpo apenas cabía en el lecho, pero no me importaba.

Se dejó caer pesadamente junto a mí. Apoyé la mejilla en su pecho desnudo; olía a sudor, enfermedad y... ¿jacintos? Claro, el templo de Eros estaba lleno de ellos.

Cerré los ojos y se puso a acariciarme el pelo. Recordé cómo había intentado trenzármelo y me tragué un suspiro.

—Quítame el peplo —murmuré.

Sus caricias se detuvieron un instante.

—¿Estás segura?

—Completamente.

—Quieres que nos maten.

No era una pregunta, así que no contesté.

Aún tenía los ojos cerrados cuando sentí que las manos de Lámaco subían por mis muslos, arrastrando la tela, y se detenían en mis caderas.

Su tacto templó un poco mi piel. La suya estaba erizada.

—Que los dioses me perdonen —dijo con voz ronca.

La prenda se deslizó por mi pecho y mi rostro y cayó al suelo con un susurro de tela. Entonces Lámaco se incorporó y me rodeó con sus brazos.

Sus labios se posaron en los míos con una suavidad inesperada. El mismo hombre que se dejaba azotar por orgullo y arrollaba a sus enemigos con sus propios caballos se mostraba delicado conmigo; aun así, el roce húmedo de su lengua abriéndose camino en mi boca me hizo temblar.

Incluso nublada por la fiebre, mi mente sabía a lo que me estaba enfrentando: era el momento de tomar una decisión. Si nos quedábamos así, besándonos en silencio, el recuerdo me atormentaría durante el resto de mi vida; si, por el contrario, nos dejábamos llevar, ya no habría vuelta atrás.

—Cinisca... —jadeó Lámaco. Sus besos se estaban volviendo más exigentes—. Ordéname que pare ahora. Ordénamelo tú o... yo no seré capaz de hacerlo.

Como para evitar la tentación, echó la cabeza hacia atrás. Yo me quedé mirando su pecho agitado y luego busqué sus ojos.

Una vez más, me asombró comprobar lo cálidos que eran. El cariño con el que me contemplaban. Y recordé algo que había escuchado hace tiempo, algo que Aristarco había dicho de Ébalo: «No soporta que un esclavo se crea

mejor que él».

Ahora yo sabía la verdad. Lámaco no se creía mejor que nadie: Lámaco solo quería ser libre. Libre para vivir sin miedo, para que los otros ilotas lo hiciesen. Libre para querer a quien quería.

Pero no lo era. Ni lo sería nunca.

Y yo tampoco.

A pesar de todo, me sentí afortunada. Prefería el amor de un buen hombre, por muy esclavo que fuera, que el de un rey de Esparta. Eso era algo que nadie podría arrebatarme.

Levanté la mano y acaricié la cara de Lámaco.

—No quiero que pares. Pero me pesa todo el cuerpo, así que tendrás que hacerlo tú.

—Creo que podré sacrificarme. —Rozó mi nariz con la suya—. ¿Lo ves? ¿Ves como sí querías que te untase con aceite?

Reí en silencio y lo besé con ansia. Lámaco respondió recostándose contra el lecho y deslizándolo la mano entre mis piernas.

Ahugué el primer gemido en su boca. Él crispó los dedos sobre mis muslos y me atrajo hacia sí.

Cuando entró en mi cuerpo, supe que estábamos condenados. Como Afrodita y Ares, como Apolo y Dafne, como Aquiles y Patroclo. Como todos aquellos amantes trágicos cuyas historias yo había tratado de endulzar para los jóvenes oídos de los ilotas. Pero la realidad me había golpeado sin remedio.

Si ni los dioses podían huir de su destino, ¿cómo íbamos a hacerlo nosotros, pobres mortales?

Así que me consolé con las caricias que recorrían mi piel, con los besos que me robaban el aire. Con las caderas que empujaban para adentrarse en mi cuerpo y en mi alma al mismo tiempo. Sabiendo que todo se rompería al final.

Fuimos silenciosos, o todo lo que pudimos. La casa aún dormía cuando Lámaco, sonrojado y satisfecho, reptó por el lecho, se colocó entre mis piernas y hundió el rostro entre ellas.

Yo cerré los ojos y traté de ahogar mis gemidos entre los almohadones. Sentía como si el mundo estuviese girando sin parar mientras yo permanecía anclada a ese instante, a esa cama, al placer que Lámaco me estaba provocando con su boca y su pasión.

Minutos después, me encontraba temblorosa en sus brazos. Cuando oímos el canto de los pájaros en el patio, Lámaco se incorporó, me tendió el peplo en silencio y se sentó en el lecho para cubrirse con su túnica agujereada.

—¿Te quedarás? —pregunté.

Volvían a pesarme los párpados. Él me miró por encima del hombro y asintió.

—Siempre que tú quieras, espartana.

Se arrodilló de nuevo. Eria gruñó y empezó a desperezarse; yo cerré los ojos y fingí dormir.

Pronto el cansancio me venció. Lo último que hice fue extender la mano para buscar la de Lámaco y me aferré a ella. Como un náufrago se aferraría a cualquier tablón a la deriva.

Capítulo 16

Destino

Fui recuperándome poco a poco. Los días se deslizaban perezosamente, pero yo me sentía flotando en un limbo. A un lado, mi vida como espartana, mi deber y mi familia; al otro, los sentimientos que ya no tenía que ocultar. No delante de él.

Lámaco no se separó de mí mientras permanecí en mi lecho, ya consciente, ni cuando empecé a salir de casa otra vez.

Lo mejor de estar enferma era que me libraba de la *thiasa*. Pero mi madre me advirtió que tendría que regresar tarde o temprano. El ambiente en mi casa era tenso; solía descubrir a mis padres observándome, y yo recordaba la noche de mi huida y me preguntaba qué habrían pensado cuando mi esclavo me trajo de vuelta.

En cuanto pude andar, empecé a dar largos paseos por las tierras de mi padre. Cualquier excusa era buena para alejarme de mi familia y mis conciudadanos. Recorría los viñedos, me sentaba al pie del gran manzano y me ocultaba tras los olivos en cuanto oía cascos de caballo. Casi siempre iba con Lámaco; a veces, con Eria.

Mi esclava habló conmigo la primera vez que nos dejaron a solas. Se arrodilló frente a mi lecho, juntó las manos y apoyó la frente en ellas.

—Eria lo siente, ama. Lo siente muchísimo.

Yo suspiré y le seguí la corriente:

—¿Qué es lo que siente Eria?

—Todo, ama. Eria lo estropeó todo, por eso está tan arrepentida. Eria tiene la culpa de lo que ha ocurrido...

—Nadie tiene la culpa —atajé—. Pero hay algo que quiero que Eria

comprenda de una vez.

Eria levantó la barbilla y me miró con timidez. Vi que tenía los ojos hinchados y sentí lástima por ella, pero me mantuve firme: mi esclava tenía que aprender la lección. Ya no por mí, sino por su propio bien. Y por el bien de otros.

—La vida está llena de decisiones —expliqué—. Y cada una de ellas cambia el curso de nuestras vidas.

—Pero, ama, yo creía que eran los dioses quienes cambiaban el curso de nuestras vidas.

—Los dioses nos empujan a tomar unas decisiones u otras. Igual que las personas que nos rodean. Nuestras familias, nuestros amigos, nuestros amos... Nuestros esclavos, incluso. Todos nos empujan al mismo tiempo y en direcciones opuestas, y nosotros terminamos escogiendo lo que mejor nos parece en cada momento.

Mi esclava parpadeó. Yo continué:

—Dicen que los dioses deciden nuestro destino, y puede que tengan razón. Pero ellos están en el Olimpo y nosotros aquí; a la hora de la verdad, nos toca elegir. Y a veces elegimos mal, y nos equivocamos, y nos condenamos. Y es que una mala decisión puede conducir al sufrimiento o incluso a la muerte. Sin embargo...

Extendí los dedos para rozarle la cara. Ella frotó su mejilla contra mi mano como un cachorro.

—Sin embargo, querida Eria, uno no puede tomar decisiones por los demás —proseguí—. Si yo elijo equivocarme, si elijo condenarme..., tú no puedes impedirlo. Puedes empujarme en otra dirección, pero nunca arrastrarme contigo, ¿lo entiendes?

—Sí, ama.

—¿Y no tienes nada que decirme?

—Eria lo siente, ama. Lo siente muchísimo.

—No me refería a eso —suspiré.

—Eso es todo lo que Eria tiene que decir. —Mi esclava bajó la vista—. Espera que algún día su ama pueda perdonarla.

—Ya estás perdonada —dije en voz baja.

Su respuesta me había parecido decepcionante, pero decidí que no era el momento de insistir. Y mandé llamar a Lámaco.

Fingí no ver la mirada apurada de Eria ni escuchar los resoplidos de

Damalis en la cocina. Sabía que aquello no podía acabar bien, pero aún me sentía enferma y exhausta y la presencia del joven esclavo era lo único que iluminaba un poco mi horizonte.

El primer día que pude andar, Lámaco vino conmigo a recorrer los olivares de mi padre. Me sentía más segura oculta tras sus troncos retorcidos que paseando por los viñedos.

Era una tarde gris, pero no parecía que fuese a llover; aun así, mi esclavo miraba hacia el cielo cada pocos minutos.

Mi esclavo. Me costaba pensar en él de ese modo. Ahora más que nunca.

Me senté con la espalda apoyada en un olivo. Lámaco se dejó caer frente a mí y me mostró algo.

Era una flauta de Pan hecha con cañas. Tosca y mal acabada, pero igualmente bella.

—La he hecho yo —dijo mientras la ponía en mis manos—. ¿Sabes tocarla?

Yo la sostuve con cuidado.

—Nunca he tenido ningún instrumento musical.

—Pero ¿te gusta la música?

—¿Cómo no va a gustarme? —Sonreí un poco—. Pero nunca he podido tocar instrumentos, solo he cantado en el coro de la *thiasa*.

Y no me entusiasmaba hacerlo. No porque no disfrutara, sino porque Anticlea se encargaba de que solo se oyese su voz.

Lámaco también sonrió.

—¿Quieres...? —Señaló la flauta con la cabeza—. Te la regalo.

—Oh. Eres muy amable, pero...

—¿Sí, espartana?

Titubeé. Me daba vergüenza decirle que no quería quitarle una de las pocas cosas que tenía, pero él insistió:

—Sé que no es gran cosa, pero acéptala, por favor. Así siempre te acordarás de mí.

No me gustó escuchar aquello. Sabía lo que el esclavo trataba de darme a entender: en algún momento, nuestros caminos se separarían.

Cuando yo me casara, por ejemplo.

Tragué saliva, me llevé la flauta a los labios y soplé. Sonó como una vaca

mugiendo.

Miré a Lámaco en busca de aprobación y vi que se había llevado los nudillos a los labios.

—Eh..., no ha sido muy brillante, ¿no?

—No creo que hayas conmovido a Pan. —Él fingió toser para disimular la risa—. Pero ya irás mejorando.

—Prueba tú.

Lámaco cogió la flauta y sopló con cuidado. Una melodía de tres notas vibró en mis oídos; la sensación era bastante agradable.

—¿Me enseñarás a hacerlo igual que tú?

—Solo si cantas para mí.

—¿Cantar?

—Has dicho que cantabas en el coro. —Volvió a entregarme la flauta—. Me gustaría escucharte.

Yo sacudí la cabeza.

—No te gustarían esas canciones.

—¿Por qué?

—Hablan del orgullo de ser espartano.

—Si las cantas tú, soy capaz de soportarlas.

Por alguna razón, aquello me hizo sentir conmovida. Pero lo disimulé.

—¿No prefieres que te cuente una historia?

—Sí, pero que sea una de las tuyas. —El chico se recostó en el suelo—. De las que acaban bien.

Sostuve su mirada un instante y luego fingí examinar la flauta.

—De acuerdo.

Le conté una versión de los amores de Pan y Siringa en la que Siringa no suplicaba a las ninfas que la convirtiesen en cañaveral para huir del dios, sino que se enamoraba de él y le enseñaba a fabricar una flauta con cañas. Nunca me había gustado la idea de que los dioses persiguiesen a sus enamoradas como los cazadores a las presas.

Cuando terminé, Lámaco seguía en silencio, con los codos apoyados en el suelo y el rostro ladeado. El pelo le tapaba la cara, por lo que no podía ver su expresión.

—Te escucharía durante años —dijo finalmente—. Hablar, cantar... Incluso tocar como antes. Bueno, quizá eso no, pero...

Le di un pequeño puntapié. Él cogió mi pie descalzo y me dirigió una

mirada de advertencia.

—¿Y ahora qué, espartana?

Reí.

—Ahora eres la prisionera de un sucio esclavo —dijo Lámaco con tono lúgubre—. ¡No puedes huir de mí!

Se llevó mi pie a la boca e hizo ademán de morderlo. Yo di un gritito y lo liberé como pude. Los dos terminamos rodando por el suelo.

Lámaco se tumbó boca arriba, jadeando, y levantó las manos.

—¡Me rindo, espartana! ¡Piedad!

—Te perdono la vida —declaré pomposamente—. Por esta vez.

El joven me miró de reojo.

—¿Y qué quieres a cambio?

Miré sus labios y hablé impulsivamente:

—Saber cómo te hiciste eso.

Lámaco suspiró, pero dijo:

—Bien. ¿Recuerdas lo que te conté sobre el hombre que mató a mi padre? ¿Que juré vengarme de él cuando fuese lo bastante fuerte?

—Sí, lo recuerdo.

—Me salté una parte de la historia. —Puso cara de disculpa—. Lo primero que hice fue ir a por él. Pero solo tenía doce años. —Chasqueó la lengua—. Era un mequetrefe y hubiese podido hacerme papilla.

—¿Te golpeó? —murmuré.

—¿Él? Oh, no. Otro joven me detuvo antes de que fuese a su encuentro, gracias a los dioses. —Sonrió amargamente—. Era uno de los chicos mayores de la *agogé*. Descubrió lo que me proponía y me impidió llevarlo a cabo, y me dejó este recuerdo. —Se encogió de hombros—. Me lo merecía. Por tonto. Ese joven me dio una buena lección.

—¿No meterte en líos?

—No hacerlo sin estar preparado. —Lámaco me dirigió una larga mirada—. Puedo decir que tu rey es un buen estratega.

—¿Mi rey? —salté—. ¿Te refieres al rey Arquídamo? —Plistarco era demasiado mayor.

Lámaco asintió despacio.

—Puedes burlarte de mí, si quieres...

No era mi intención, desde luego; el hecho de que hubiese compartido conmigo una parte tan humillante de su pasado me conmovía.

Me incliné para besarlo. Él respondió con un gemido suave, y sus manos envolvieron mi cara con delicadeza.

No habíamos vuelto a besarnos desde aquella noche y yo no me había dado cuenta de lo mucho que lo deseaba. Cuando su lengua separó mis labios, supe que estaba perdida.

Lámaco se incorporó, me cogió de la cintura y me sentó en su regazo. Noté la dureza de su entrepierna bajo la túnica y reprimí un jadeo. Entreabrí los ojos y pude ver su rostro sonrojado; esa imagen me provocó un estremecimiento. Sin dejar de besarlo, me remangué el peplo.

Lámaco gruñó algo que podría haber sido una plegaria o una maldición y metió las manos bajo la tela. Yo ya estaba húmeda y temblé al notar sus dedos acariciándome ahí abajo.

Me penetró con cierta urgencia. Cuando eché la cabeza hacia atrás, bajó la mano por mi garganta y tiró del peplo para desnudar mis pechos. Me sentí vulnerable cuando su boca empezó a mordisquearlos, pero no me resistí; me gustaba.

Entonces se detuvo sin motivo aparente. Fui a preguntarle, pero su mirada me pidió silencio, por lo que contuve el aliento y aguardé.

Entonces lo oí.

Pasos. Alguien se acercaba.

Nos separamos a toda prisa. Volví a sentarme junto al olivo, me re Coloqué el peplo y aferré con fuerza la flauta de Pan. Lámaco también se sentó, un poco encorvado para disimular su excitación, y frunció ligeramente el ceño.

Vi el peplo rojo entre los árboles y estuve a punto de soltar un juramento. Naturalmente, Anticlea venía acompañada: media docena de chicas de la *thiasa* la rodeaban. Ni Circe ni Hiera estaban entre ellas.

¿Qué hacían en las tierras de mi padre? ¿Estaban tomando un atajo?

No, venían a por nosotros. Me di cuenta enseguida.

—Cinisca —dijo Anticlea nada más verme—. ¿Otra vez escondiéndote con tu perro ilota?

Tuve que controlarme para no romper la flauta de tanto apretarla.

—No es un perro, como puedes ver, sino un hombre. ¿Qué quieres, Anticlea?

Ella llegó dando zancadas, sonrió ampliamente y señaló a Lámaco.

—¿Me lo prestas?

Las otras chicas rieron. Capté una mirada furtiva de Lámaco y recordé algo

que él me había dicho hacía tiempo: al enemigo no hay que enseñarle el pecho descubierto, sino el escudo.

—¿Tanto te fastidia que yo tenga algo que tú no? —Miré a la chica con toda la calma que pude aparentar—. El esclavo es de mi padre. Seguro que el tuyo tiene otros que pueden servirte.

—Pero yo quiero este. Mis ilotas no lloran cuando me pongo enferma.

Así que el rumor se había propagado. Me mordí el interior de la mejilla y contraataqué:

—Oh, tú nunca te pones enferma. Eres demasiado fuerte.

La joven tuvo que captar el tono burlón de mis palabras.

—Mis esclavos tampoco me calientan la cama —escupió.

Cometí el error de levantarme.

—¿Qué estás insinuando, Anticlea?

—Que eres tonta. —Dio un paso hacia mí—. Lo bastante tonta como para revolcarte con un ilota. —Me empujó—. Venga, valiente, defiéndelo. Dime que es tan bueno como cualquier espartano. Eso es lo que tú crees, ¿verdad? Que los esclavos son como nosotros.

Volvió a empujarme y mi espalda chocó contra un árbol.

Entonces Lámaco se puso en pie.

—Para.

No gritó, pero todas las chicas se giraron hacia él.

Anticlea lo miró de arriba abajo.

—¿O qué? —Hizo una mueca—. No me digas que te has enamorado de ella. —Mis compañeras volvieron a reír—. Pobre ingenuo...

Lámaco no respondió a la provocación.

—¿Por qué haces esto, Anticlea? —La miré con desaliento—. ¿Qué pretendes conseguir?

Ella dio una palmada.

—Sujetadlo.

Antes de que yo pudiese reaccionar, varias chicas se acercaron a Lámaco. Él no hizo ademán de defenderse.

Anticlea levantó el brazo. Vi el brillo de una daga de bronce en su mano y grité:

—¡No!

Otra chica me sujetó a mí. Me retorcí y pataleé con todas mis fuerzas, pero aún estaba débil.

—¡No, por favor! —rogué—. ¡No le hagas daño!

Anticlea puso cara de hastío.

—No seas boba, solo voy a cortarle el pelo. —Cogió la trenza de Lámaco—. Ya que tú no lo has hecho.

La trenza cayó al suelo. Yo mordí a mi captora, pero solo conseguí llevarme una bofetada.

—Y voy a enseñarle a comportarse —dijo entonces Anticlea—. Ya que tú tampoco lo has hecho.

Le arrancó la túnica y la arrojó al suelo, dejándolo desnudo ante las chicas. Todas rieron y algunas hicieron gestos groseros; yo tenía ganas de llorar.

Entonces oí algo a lo lejos. Y mi corazón se aceleró.

Cascos de caballo.

Anticlea también los oyó, porque estiró el cuello para mirar entre las ramas de los olivos. Y lo que vio pareció contrariarla, porque su sonrisa se esfumó.

Una amazona detuvo su montura frente a nosotras. El animal relinchó; las chicas retrocedieron mientras la recién llegada desmontaba. Llevaba una diadema de oro y una túnica escarlata, pero su expresión era tan fiera como la de cualquier guerrero.

—¿Qué hacéis en las tierras de mi esposo?

Nadie contestó. Entonces mi madre se giró hacia mí.

—¿Puedes explicarme qué está pasando, Cinisca?

No parecía enfadada, o no conmigo, lo cual me tranquilizó un poco. La chica que me sujetaba me soltó y yo intenté disimular el temblor de mis piernas.

—Anticlea ha venido a maltratar a nuestro esclavo —dije—, aunque no sé por qué razón.

—Este ilota está dando problemas a nuestros hombres, Timandra. —Por primera vez, Anticlea parecía nerviosa—. Cinisca lo tiene bajo su protección y le permite hacer su voluntad. Su deber es enseñarle cuál es su lugar, pero parece empeñada en ignorarlo.

Mi madre la miró con frialdad.

—Tu deber es corregir a tus esclavos, no a los nuestros. ¿Quién te crees que eres para invadir las tierras de mi esposo y molestar a mi hija?

—Solo trato de enseñarle —dijo Anticlea con un hilo de voz.

Pero mi madre hizo un gesto desdeñoso.

—Largo de aquí. —No tuvo que decirlo dos veces: en cuanto dio la orden,

las chicas echaron a andar—. Y tú —añadió mirando a Lámaco—, vuelve a tu aldea.

Los ojos de Lámaco me hicieron una silenciosa pregunta.

Muy a mi pesar, asentí. Y, tras un instante de vacilación, él se dio la vuelta y se alejó.

Me quedé sola con mi madre. Aún sentía un nudo en el estómago, pero intenté sobreponerme.

—Madre...

—Ahora no. —Ella volvió a montar de un salto y me tendió la mano—. Vamos a casa.

Acepté su mano y me dejé izar. Aún llevaba la flauta de Pan apretada contra mi pecho.

Cuando estuve sobre la yegua, mi madre suspiró:

—Eres mi hija. —Los músculos de su espalda estaban tensos—. Tal vez no te parezcas a mí, pero eres sangre de mi sangre. Tal vez no te haya educado bien, pero te miro y no puedo evitar enorgullecerme de la mujer en la que te has convertido. No dejes que Anticlea te avergüence.

Tragué saliva. No esperaba aquellas palabras, pero las valoré.

—No eres la única que ha cometido errores —añadió al cabo de un momento—. Yo también lo hice a tu edad. Pero los dioses siempre hacen que alguien nos ayude cuando más lo necesitamos.

No podía verle la cara desde la grupa de la yegua, pero capté una nota de emoción en sus palabras.

—¿Lo dices por experiencia, madre? —murmuré.

Ella se giró. No del todo, pero sí lo suficiente como para que yo viese que sus pómulos se habían teñido de rojo.

—Cuando tenía tu edad, me gustaba un muchacho de la *agogé* —contestó en el mismo tono—. Pero él murió antes de poder casarse conmigo y... —Tragó saliva—. Damalis me ayudó a arreglar una boda con tu padre. Ella sabía mejor que yo lo que era correcto.

No dijo nada más. Y, sin embargo, yo entendí muchas cosas. Por qué Damalis era tan importante en mi casa, en primer lugar. Y por qué mi hermana no se parecía a mi padre, sino solo a mi madre.

Tras un breve silencio, mi madre siguió hablando:

—Te lo cuento para que no te sientas demasiado culpable, pero ya es hora de que cumplas con tu deber. —Se inclinó para palmear el cuello de la yegua

—. Ahora que Aristarco ha decidido cumplir con el suyo, las cosas serán más sencillas para todos.

No entendí la mención de mi hermano, pero tampoco quise hacer preguntas. Cuando emprendimos el galope, cerré los ojos y comprendí que el momento que tanto temía había llegado.

Iban a casarme con Ébalo. Y Lámaco se quedaría en su aldea.

No sabía qué era peor: no volver a verlo nunca o hacerlo siendo la esposa de un espartano. En ese caso, tendría que conformarme con contemplarlo desde la distancia, discretamente, confiando en que nadie se diese cuenta.

Hicimos todo el camino en silencio. Cuando mi madre desmontó y entró en casa sin esperarme, pensé que no podía sentirme peor.

Pero me equivocaba.

—¿Dónde está Aristarco? —le oí preguntar.

Yo aún estaba en el patio, mirando la estatuilla de Ártemis sin verla.

—Ha ido a ver a Ébalo —contestó mi padre desde casa—. Para despedirse.

Aquello me sorprendió. ¿Despedirse? ¿Por qué? ¿A dónde pensaba ir?

De pronto, lo comprendí.

Comprendí qué era lo que Aristarco les había contado a mis padres la misma noche que me dijeron que iban a casarme con Ébalo. Comprendí por qué había estado tan pensativo últimamente, por qué me había preguntado por Aquiles y Patroclo.

Comprendí cuál era el deber que estaba dispuesto a cumplir para honrar a su ciudad y a su familia.

—¿Cinisca?

Oí cómo me llamaban, pero no respondí; en vez de eso, eché a correr. Salí del patio, bajé la colina y fui directa hacia la Acrópolis. Hacia un lugar que nunca había visitado, pero conocía bien. Porque estaba acostumbrada a esquivarlo.

La noche cayó sobre mí mientras iniciaba el ascenso. Mis sandalias golpeaban rítmicamente la tierra; una sola frase se repetía dentro de mi cabeza una y otra vez, al compás de mis pisadas.

«Que llegue a tiempo, que llegue a tiempo, que llegue a tiempo...».

Capítulo 17

Aquiles y Patroclo

Los chicos de la *agogé* ocupaban un espacio común. Allí comían, dormían y pasaban el rato todos juntos.

Mi hermano y Ébalo habían compartido lechos contiguos desde los siete años. Si Aristarco quería despedirse de su amigo, lo haría en ese lugar. ¿Dónde, si no?

Me deslicé por las calles como una sombra, huyendo de los haces de luna que asomaban entre los tejados. Pasé junto a la casa de Arquídamo y Clitemnestra y hui de los ojos pétreos de Cástor y Pólux. Como si temiese que ellos diesen la voz de alarma.

Me detuve en la calle contigua al edificio y agucé el oído.

Oí cuchicheos, pero no podía saber si pertenecían a mi hermano y Ébalo. Despacio, casi sin atreverme a respirar, asomé la cabeza por la esquina.

Mi corazón dio un vuelco. Sí, eran ellos: estaban de pie, con las cabezas muy juntas, detrás de una columna.

Tenía que acercarme más para escuchar lo que decían. Cerré los ojos un momento, pedí ayuda a Afrodita y avancé.

Por fin, la voz de Ébalo llegó a mis oídos:

—¿Cuánto más vas a dejarte ganar? Mírame cuando te hablo, Aristarco. ¿Vas a dejar que te supere siempre?

Me mordí el labio. Aquello no parecía una despedida, precisamente. ¿Debía sentirme aliviada, entonces?

Volví a asomarme y vi que Ébalo había agarrado a mi hermano del *himación*. Sus caras estaban tan cerca que casi podían tocarse.

Tuve la sensación de que estaba presenciando algo que no debía, pero no

sabía cómo escabullirme, por lo que no me moví.

Mi hermano agachó la cabeza. No parecía molesto, solo cansado.

—No me dejo ganar —murmuró.

Incluso yo supe que mentía.

Ébalo lo empujó contra la columna. Aristarco no se resistió; lo único que hizo fue entornar los ojos.

—Nunca haces nada —siseó Ébalo—. ¿Hasta cuándo vas a dejarlo todo en manos de los dioses? No puedo estar siempre ocupando tu lugar. —Soltó el *himatión*, pero solo para darle una fuerte palmada en el pecho—. Piensa en tu hermana. Podrías haber evitado todo esto, Aristarco, pero preferiste mirar hacia otro lado. Y ahora puede que sea tarde.

Me quedé fría al escuchar mi nombre. ¿De qué estaban hablando?

Mi hermano parecía incómodo.

—Intenté hacérselo entender —dijo Ébalo entonces—. Intenté hacerle entender que los esclavos son esclavos, pero fracasé. Ese era tu papel, no el mío ni el de Anticlea. Tú tendrías que haberle dado esa lección. —El chico dejó escapar un resoplido entre los dientes—. Y mira lo que ha ocurrido.

Aristarco le dirigió una mirada sombría.

—Hay tentaciones que no se pueden evitar, Ébalo. Tú deberías saberlo mejor que nadie.

El otro joven cuadró la mandíbula. Por un instante, creí que iba a abalanzarse sobre mi hermano y me tapé la boca con las manos.

Pero solo le dio otro golpe en el pecho. Suave.

Derrotado.

—Hay tentaciones que la muerte puede evitar. Por eso debes ir a la criptia.

—Me odiará. —Aristarco sacudió la cabeza—. Si lo mato...

—No tiene por qué saber que fuiste tú. —Ébalo tomó su barbilla y se la levantó con una delicadeza impropia de él—. Mírame. Sabes lo mucho que aprecio a Cinisca, la aprecio como si fuese mi propia hermana. Por eso seré un buen marido: le daré un hogar, tierras, reputación. Hijos sanos y fuertes. Si encuentra un amante, fingiré ser ciego y sordo para que disfrute con él. —Su mano se posó en la mejilla de Aristarco—. Pero no podemos dejar que ese amante sea un esclavo. Y menos... él. A él hay que matarlo por muchas razones, y Cinisca es solo una de ellas.

Yo temblaba en mi escondite. Ni siquiera era consciente de que Ébalo acababa de admitir que yo le importaba, que todos los malos ratos que me

habían hecho pasar no habían sido gratuitos, sino que obedecían al deseo de corregirme. De protegerme.

Lo único que podía pensar era que no necesitaba escuchar el nombre de Lámaco para saber que se referían a él.

Lo sabían. Todo. Y habían mencionado la criptia.

Los espartanos habían condenado a muerte al hombre que amaba. Y pretendían que mi hermano fuese su verdugo.

—Pero aún estoy dispuesto a ocupar tu lugar —dijo Ébalo momentos después—. Si tú me lo pides...

—No. —Aristarco estaba pálido, pero parecía tranquilo—. Haré lo que hay que hacer. Cumpliré con mi deber.

Tuve que hacer acopio de todas mis fuerzas para no romper a llorar ahí mismo. Tal vez lo hubiese hecho de no haber presenciado lo que vino después.

Al escuchar las palabras de Aristarco, Ébalo maldijo por lo bajo, agarró sus hombros y le dio un beso en los labios.

Fue un beso dulce y largo, el beso de un amante que ha esperado mucho tiempo. Supe reconocerlo porque yo me había sentido igual. Los brazos fuertes de Ébalo rodearon la cintura de Aristarco y él se estremeció; poco a poco, su cuerpo se fue relajando y su boca se abrió con un gemido de anhelo.

Comprendí que ya había visto suficiente. Y agradecí a Eros que les hubiese lanzado su flecha mortal también a ellos: ese arrebató de pasión me otorgaba unos minutos de ventaja.

Capítulo 18

Catarsis

Aún recuerdo aquella carrera nocturna como una pesadilla.

Bajé la colina trastabillando, arrastrando mi cuerpo todavía débil hacia el Eurotas, crucé la pasarela entre temblores y eché a correr campo a través, confiando en que la luna menguante bastara para orientarme.

Empecé a jadear. Mi cuerpo estaba helado y me dolía el pecho, y tenía miedo. Los racimos de las vides me parecían garras extendidas hacia mí; tenía ganas de gritar y dar media vuelta.

Pero no lo hice. Seguí corriendo hasta que vi los fuegos que ardían en la aldea; entonces fui aminorando la marcha.

Tenía que encontrar a Lámaco. Tenía que decirle...

¿Qué? ¿Qué iba a decirle? ¿Que la criptia empezaba esa noche y mi hermano era uno de los elegidos? ¿Que iría a la aldea a matarlo porque los espartanos habían decidido que era una amenaza para ellos?

«A él hay que matarlo por muchas razones», había dicho Ébalo, «y Cinisca es solo una de ellas».

Me estremecí. Si le decía la verdad a Lámaco, si le contaba que los espartanos iban a ir a por él..., tal vez los ilotas lo defendiesen. Tal vez se enfrentaran a Aristarco. No sería la primera vez que un joven ciudadano moría durante la criptia a manos de esclavos furiosos.

¿De verdad tenía que escoger entre mi hermano y mi amor? ¿De verdad uno de los dos tenía que morir esa noche?

Lámaco nunca hubiese dañado a Aristarco. Nunca. Pero, si mi hermano intentaba matarlo, respondería. Y yo no podía reprochárselo.

¿Iba a hacerlo, en ese caso? ¿Iba a ponerme de parte de los esclavos? ¿En

contra de mi polis y mi propia familia?

Pensé en la cara pecosa de Aristarco y mis ojos se nublaron.

No. No podía permitir que lo mataran. Ni Lámaco ni nadie.

Me retorcí las manos. El tiempo se agotaba y yo seguía sin tomar una decisión.

Eché a andar de nuevo y me oculté entre las vides. Ahora que veía el fuego tan cerca, eran otros miedos los que me atenazaban. Miedos que no tenían nada que ver con lo sobrenatural.

Cuando estaba a punto de llegar a las primeras chozas, oí una voz áspera:

—Apagad los fuegos.

Me quedé quieta y agucé el oído.

—Tienen que creer que estamos durmiendo —dijo otra voz.

—¿Lo habéis recogido todo?

—Sí, todo lo importante.

Me di cuenta de que había varias personas cerca y me encogí todo lo que pude. No quería que me descubriesen.

Nuevas voces se unieron a la conversación:

—¿Y los niños?

—En el granero. Un poco asustados.

—Que alguien vaya a ocuparse de ellos.

—No, necesitamos a todos los adultos.

—¿Dónde está Lámaco?

Escuchar su nombre me hizo sentir vértigo en el estómago. Eso mismo me estaba preguntando yo.

—Ha dicho que quería ir a la polis...

—¿Qué?

—¡No puede irse ahora!

—Si lo ven, lo matarán.

—¿Creéis que no se lo he dicho? Pero no me ha escuchado.

—Está loco...

—Seguro que es por la espartana. Querrá despedirse de ella.

—¿Te lo ha dicho él?

—No, pero solo hay que verlo. Ha estado siguiéndola a todas partes...

Mi corazón latía tan fuerte que temí que los ilotas pudiesen oírlo. Traté de pensar con frialdad: estaban todos despiertos, fingiendo que dormían, y planeaban algo. Algo que requería la presencia de Lámaco.

Sin embargo, él pretendía ir a la polis. A buscarme. A mí.

Por los dioses, tenía que hacer algo. Pero ¿qué? Si me quedaba escondida entre las vides, Lámaco iría a Esparta y se cruzaría con Aristarco. No podía permitirlo.

Pero, si me descubría ante los ilotas, ¿qué sucedería?

Entonces se produjo un revuelo:

—¡Lámaco!

—No puedes irte ahora...

—Si te vas, no habrá nadie que dé la señal.

¿La señal de qué?

—Calmaos. —Reprimí un suspiro al escuchar la voz de Lámaco—. Volveré enseguida.

—¡No!

—Si te matan, todo esto no habrá servido de nada.

—Lámaco, escucha...

Entonces tuve una certeza que me heló el pecho. Los ilotas estaban despiertos y en guardia... *porque sabían que la criptia empezaba esa noche.* ¿Por qué, si no, iban a esconder a los niños y a movilizar a los adultos?

Iba a correr la sangre. Y ellos lo sabían.

Yo era la única que podía hacer algo, pero no me decidía. ¿Hablabo con los ilotas e intentaba apaciguarlos?, ¿iba en busca de mi hermano y le contaba que se dirigía hacia una trampa mortal?

Tenía que elegir entre salvar a Aristarco o a Lámaco. Pero salvar a uno era condenar al otro.

No podía hacerlo. No podía.

Entonces, en medio del huracán que sacudía mi alma, encontré la respuesta.

Yo misma le había dicho a Eria que cada persona era responsable de sus decisiones, por mucho que los demás empujáramos en una u otra dirección. Aristarco había elegido matar a Lámaco; Lámaco, rebelarse contra Esparta.

Bien, yo también podía tomar una decisión. Y mi decisión era boicotear ambas cosas. La criptia y la revuelta.

Aristarco no mataría a Lámaco. Los esclavos no se rebelarían. Yo no permitiría que aquella noche terminara con una carnicería.

Si mi hermano sabía que yo estaba allí, no atacaría la aldea ilota. Si yo interceptaba a Lámaco y lo distraía, los rebeldes perderían a su líder.

Por eso tenía que asegurarme de que los dos me veían.

—Volveré pronto —dijo Lámaco entonces.

E, ignorando las protestas, sus pisadas se alejaron de la aldea y se acercaron a mí.

Abandoné mi refugio para ir a su encuentro.

—¡Lámaco! —grité.

Él frenó en seco.

—¿Cinisca? —jadeó una voz detrás de mí.

Pero no era la del esclavo: era la de Aristarco.

Y los demás también la oyeron. Y se desató el caos.

Apenas pude ver lo que sucedía en la oscuridad; solo sé que alguien me cogió en brazos mientras la noche se llenaba de gritos de guerra.

Yo también grité. Grité mientras me arrastraban entre las vides, grité cuando caí al suelo, grité los nombres de Aristarco y Lámaco sin obtener respuesta. Solo dejé de gritar cuando mi cabeza chocó contra algo duro y se me nubló la vista.

Entonces todo se desvaneció. Y ya solo recuerdo un vacío oscuro.

Capítulo 19

La prisionera espartana

Oí las voces antes de abrir los ojos.

—No podemos irnos ahora. No después de esto.

—¿Y qué sugieres, que esperemos a que lo descubran y nos maten?

—Tardarán días en hacerlo. Cuando eso suceda...

—Cuando eso suceda, ya será tarde.

—Hay heridos. ¿Cómo vamos a ocuparnos de ellos?

—Los montamos en los carros y listo. Hay sitio de sobra.

—Por los dioses, que alguien haga que ese niño deje de llorar, se le oye desde aquí...

Me dolía la cabeza. Me dolía tanto que no me sentía con fuerzas para nada. Pero seguía escuchando.

—¿Y qué hacemos con ella?

—Lámaco dice que es su prisionera.

—¿Es la misma espartana que...?

—Creo que sí.

—¿Y para qué la quiere?

—Debería matarla ya.

—Por Afrodita, solo es una niña...

—Es una mujer y es el enemigo.

—Mi hija la ha reconocido. No hace más que preguntarme si se pondrá bien.

—Dile a tu hija que ella ni siquiera sabe su nombre.

Por fin, me atreví a entreabrir los ojos. Me encontraba en el interior de una choza grande y circular; un fuego chisporroteaba en el centro y alrededor de

él había una veintena de hombres y mujeres ilotas. Podía ver sus caras iluminadas por las llamas.

Descubrí que mis muñecas estaban atadas con una cuerda. Apenas me hizo falta moverme para comprobar que mis tobillos también.

Estaba atrapada en una choza llena de esclavos. ¿Y ellos estaban hablando de mí?

—Las órdenes son órdenes —dijo alguien entonces—. Lámaco ha dicho que la espartana es suya y la quiere viva. Nosotros no tenemos nada que decir.

Hubo murmullos de asentimiento. Yo respiré.

Entonces lo recordé todo. Mi carrera frenética hacia la aldea ilota. La criptia. La revuelta.

Aristarco. Lámaco.

¿Qué habría sido de ellos?

En ese momento, alguien entró en la choza y el rumor cesó. Los ilotas se levantaron y vi decenas de sombras oscilando en las paredes.

La voz de Lámaco sonó fuerte y clara:

—Hay que quemar los cuerpos de los espartanos.

Gemí de espanto. Varias personas se giraron hacia mí, pero no me importó. Tiré de mis ataduras incluso sabiendo que no podía deshacerme de ellas.

Me faltaba el aire. ¿Estaba mi hermano entre esos cuerpos? ¿Lo habían matado?

Oí pasos, pero no levanté la cabeza. Los esclavos se hicieron a un lado y, finalmente, el rostro de Lámaco apareció frente a mí. Estaba muy serio.

—¿Puedes oírme, espartana?

—¿Los habéis matado? —Se me quebró la voz—. Por los dioses, Lámaco...

Él miró a los otros.

—Dejadnos solos.

Poco a poco, los ilotas fueron saliendo de la choza. Pronto todo lo que se oyó fue el crepitar del fuego y el llanto lejano de una criatura.

Lámaco sacó un puñal de bronce y cortó las cuerdas que aprisionaban mis muñecas. Luego se apartó un poco de mí.

Yo apenas podía respirar.

—Los habéis matado. —Me llevé las manos a la cara—. También a Aristarco... A mi hermano, por Afrodita...

Lámaco se pasó la lengua por los labios. Su mirada había perdido todo el brillo.

—No estoy seguro —admitió—. No hemos encontrado su cuerpo, pero...

Ese «pero» me desgarró por dentro. Era una sentencia.

—Estaba oscuro y no sabíamos cuántos eran —dijo Lámaco con tono apagado—. Se abalanzaron sobre nosotros y respondimos como pudimos.

Me tapé la boca con la mano. Él siguió hablando:

—Yo no maté a nadie, Cinisca. Oí tu voz y te alejé del peligro; cuando volví, todo había terminado.

Cerré los ojos y me armé de valor.

—¿Cuántos cuerpos hay?

—Cuatro. Tres espartanos y un ilota.

—¿Qué espartanos?

—A dos de ellos no los conozco.

—¿Y el tercero?

Abrí los ojos al ver que no decía nada. Cuando lo hice, vi que los suyos estaban empañados.

—Dime quién es —susurré.

Lámaco no respondió enseguida.

—Nicandro.

Gemí. Él agachó la cabeza, pero yo ni siquiera lo veía. Solo podía ver la cara enfurruñada de Nicandro, su mano arrancando puñados de hierba, su silueta agazapada tras las columnas del templo.

Solo era un niño, un niño que escuchaba historias a escondidas. Y lo habían matado.

—Escucha, Cinisca...

No, no quería escucharlo. Cuando se acercó a mí, le golpeé el pecho con las pocas fuerzas que me quedaban. Luego retrocedí hasta que mi espalda chocó contra la pared.

—No me toques.

—Cinisca, por favor...

—¡Cállate! —Mis ojos se llenaron de lágrimas—. ¡Todo este tiempo me has mentado! ¡Has estado conspirando contra mi ciudad y mi familia!

Él no lo negó. Y aquello terminó de destrozarme por dentro. Mientras yo me enamoraba de Lámaco, mientras lo arriesgaba todo para protegerlo, él planeaba la mejor manera de matar espartanos.

Y yo ni siquiera podía odiarlo.

—Me has utilizado. —Apreté los puños—. ¿Por eso viniste conmigo? ¿Confiabas en conseguir información?

Ahora lo entendía. Ahora entendía cuáles eran esos asuntos tan importantes que lo requerían en su aldea y por qué, a pesar de todo, los había sacrificado para venir conmigo a la polis.

Y yo había mordido el anzuelo.

—Nunca he querido hacerte daño.

Sacudí la cabeza al escuchar sus palabras. Ya no tenían ningún valor para mí.

—Has planeado y dirigido una rebelión de esclavos. Has dejado que mataran a un niño y puede que a mi hermano. Yo pensaba que eras... bueno.

—Me despreciaba a mí misma por haberlo creído—. He estado tan ciega...

—Por todos los dioses, Cinisca... —Su voz estaba impregnada de derrota—. ¿Crees que yo quería que Nicandro muriese? Fueron los espartanos los que lo enviaron a la criptia.

Yo seguía diciendo que no con la cabeza. No quería saberlo, no quería saber nada más.

—Le dieron un golpe en la cabeza en medio de la confusión —siguió diciendo Lámaco—. Murió al instante, no sufrió nada. La mujer que lo hizo está destrozada, pero... Nicandro vino a matarnos. —Se arrodilló en el suelo y me dirigió una mirada implorante—. ¿Qué podíamos hacer, Cinisca? ¿Dejarnos asesinar? ¿Le hubieses pedido lo mismo a un espartano al que un ilota hubiese ido a apuñalar en plena noche?

Se inclinó hacia mí para acariciar mi rostro, pero yo le aparté la mano de malos modos.

—No. —Me costaba hablar sin romper a llorar—. Por eso vine a avisarte.

Lámaco alzó las cejas.

—¿Viniste a...?

—Me enteré de que iban a por ti y vine a avisarte. —Eché la cabeza hacia atrás y cerré los ojos de nuevo—. Claro que entonces no sabía que estabas organizando una matanza.

Por un momento, el joven me miró con expresión perpleja.

—¿Una matanza?

—De haberlo sabido...

—Espera, Cinisca. —Ahora parecía alarmado—. No lo estás entendiendo.

Volví a sacudir la cabeza.

—Déjame en paz. No quiero escucharte. Mátame o libérame, me trae sin cuidado, pero no sigas hurgando en la herida...

—¡Te digo que no lo estás entendiendo! —Lámaco golpeó el suelo con los puños—. ¡No estaba organizando una matanza, sino una huida!

Tragué saliva y abrí los ojos, pero no lo miré.

—No íbamos a matar a ningún espartano —insistió él—. Solo íbamos a marcharnos.

Me costó un poco asimilar aquellas palabras. ¿Los esclavos iban a huir?

—Y no solo nosotros. —Lámaco suspiró—. Todos los de la ciudad. Prácticamente todas las aldeas se han movilizado; solo unos pocos esclavos domésticos han elegido quedarse. Eria, por ejemplo. —Volvió a acercarse a mí, aunque esta vez no intentó tocarme—. A estas horas, algunos ya habrán partido.

—¿A dónde?

El joven volvió a suspirar:

—Al monte Itome. Pretendemos instalarnos allí, cultivar lo que podamos y buscar pastos para el ganado.

Poco a poco, fui digiriendo esa nueva información. Y recordé algo que había escuchado mientras permanecía oculta entre las vides: según los esclavos, Lámaco quería ir a la polis a «despedirse de la espartana».

—Ibas a contármelo —murmuré— anoche.

—No podía irme sin más. —Su pecho tembló—. Ni sin preguntarte si querías venir conmigo.

Aquello me dejó helada.

—¿Contigo?

Él asintió.

—Pensé que quizá...

—Contigo. —Apreté los labios—. Con el hombre que me ha usado y mentido. Con el hombre que ha permitido que mataran a un niño y quizá a mi propio hermano. Con el líder de unas gentes que me odian por ser espartana.

Sus puños se crisparon.

—Eso no es justo, Cinisca. Muchos querían hacer lo que tú dices y tender una emboscada a los espartanos, pero yo les dije que lo mejor era irnos en paz. ¿Cómo iba a saber que la criptia sería tan pronto? Lo de anoche no estaba planeado, no tendría que haber sucedido.

—Entonces, ¿por qué me mentiste?

Lámaco se pasó las manos por el pelo. Tras su encontronazo con Anticlea, lo llevaba cortado a la altura de la barbilla.

—No te mentí, aunque tampoco te dije la verdad —admitió—. Hubiese condenado a mi gente. ¿O acaso me hubieses dado tu palabra de guardar silencio?

—Nunca.

Él hizo un gesto de dolor y desvió la mirada.

—Por eso no puedo dejarte ir aún. Lo siento.

—Así que ahora soy tu prisionera —escupí—. Dime, ¿por qué no me haces tu esclava? ¿No te gustaría cambiar las tornas?

Lámaco volvió a contemplarme. Y en sus ojos había algo más que tristeza: había una amarga decepción.

—Por supuesto que no. No puedo creer que pienses eso de mí.

Cortó las ataduras de mis tobillos y se puso en pie. Yo me quedé mirándolo desde donde estaba.

—Ya no sé quién eres —dije en voz baja.

Él ya estaba yendo hacia la puerta, pero se detuvo y ladeó el rostro. Las sombras de la hoguera no me dejaban distinguir su expresión, pero el fuego perfilaba la tensión de sus músculos y el temblor de su pecho.

—Yo sí sé quién eres. —Habló despacio—. Eres una prisionera espartana. Prisionera de un ilota, sí, pero también de ti misma. De tu polis, de tu familia, de unas reglas brutales y estúpidas. —Se humedeció los labios—. Quieren que seas una bestia sedienta de sangre, como ellos, cuando lo único que tienes dentro es amor por quienes te rodean, sin importar que sean reyes o mendigos. ¿Cuándo te han dejado ser tú misma, Cinisca? —Por fin, me miró directamente—. Te han golpeado una y otra vez para moldearte. Sin embargo, los niños te quieren tal y como eres. Y Eria. Y yo. —Me dio la espalda de nuevo—. Y, si tuvieses un poco de valor, aceptarías la libertad que te ofrezco ahora. La libertad y una vida en la que no tendrías que esconderte para contar tus historias o querer a quien quieres.

Yo dije que no con la cabeza. Seguí haciéndolo incluso después de que Lámaco saliese de la choza. Aunque no sabía muy bien qué era lo que estaba negando exactamente.

Al cabo de un rato, el fuego se apagó y el cielo empezó a palidecer. Pude ver las últimas estrellas a través del hueco por el que salía el humo y me

pareció que estaban a punto de precipitarse sobre mí.

Me quedé dormida de puro agotamiento y soñé que Eros me contemplaba en silencio. Con una lágrima partiendo su rostro de bronce.

Capítulo 20

Ira divina

Creo que dormí durante todo el día, porque lo primero que vi al despertar fue un jirón de cielo cárdeno a través de la claraboya.

Estaba atardeciendo. Sentí frío y me encogí en el peplo; ya no estaba atada, pero sí hecha un ovillo en un rincón de la choza vacía.

Entonces oí cuchicheos:

—Tenéis que iros. Ahora.

—Pero, Lámaco...

—¿No lo entendéis? Si nos descubren, tendremos problemas.

—Tú no puedes tener problemas, tú eres nuestro rey.

—No es verdad. Solo soy un hombre.

—Pero mi padre dice que lo serás algún día. Que llevas la sangre de los reyes de Mesenia, así que serás el rey del monte Itome.

—¿Y por qué ella no puede venir con nosotros?

—¿Podría ser tu reina, Lámaco! ¡Y la nuestra!

—Pero es espartana...

—¿Y qué más da eso?

Reconocí las voces infantiles y se me encogió el corazón. Lámaco estaba hablando con los niños del templo.

¿De mí?

—Cinisca ha escogido otro camino.

—¿Es que ya no le importamos? —preguntó una niña.

—Tiene derecho a elegir —insistió Lámaco—. ¡Marchaos, es una orden!

—¿Ni siquiera podemos despedirnos de ella?

—Yo le daré recuerdos de vuestra parte...

Me incorporé y gateé para asomarme a la entrada de la choza. Allí estaban mis niños; el más pequeño me vio y saltó:

—¡Cinisca!

Ignorando las protestas de Lámaco, corrió hacia mí y me echó los brazos al cuello. Yo lo senté en mi regazo y le di un beso.

Había llegado a pensar que no volvería a sentir nada bueno por nadie, pero esa criatura acababa de sacarme de mi error. A él no parecía importarle que yo fuese la prisionera espartana, y me di cuenta de que a mí tampoco me importaba que quizá su madre hubiese estrellado una piedra en el cráneo de Nicandro.

Aquella no era nuestra guerra. La de ninguno de los dos.

—¿Por qué no puedes venir con nosotros? —lloriqueó el niño.

Yo envolví su carita sucia con mis manos.

—Si piensas mucho en mí, será como si aún estuviese contigo.

Los otros niños también se acercaron. Me abrazaron y me hicieron reproches, y dos niñas se echaron a llorar. Yo también tenía ganas de hacerlo, pero me sobrepuse. Se lo debía.

Les debía mucho, en realidad. Fui consciente de ello cuando asimilé que ya no volvería a verlos, que nuestros caminos se separaban para siempre.

Lámaco los echó con palabras suaves. Cuando el último de ellos se escurrió entre mis brazos, yo me enfrenté a su mirada.

—Es la hora, espartana —dijo él con calma.

Me puse en pie con dificultad y me abracé a mí misma. Lámaco me dio la espalda y suspiró.

—Pronto todo habrá terminado.

No supe cómo interpretar esas palabras, pero lo seguí de todos modos. Ya nada me importaba demasiado.

Había un caballo esperándonos fuera, atado a una cerca. Lámaco le dio una palmada en el cuello, le susurró algo y me ayudó a montar. Yo me dejé hacer porque no tenía ganas de resistirme.

—¿A dónde vamos? —pregunté finalmente.

—Te llevo a casa. —Lámaco evitó mirarme—. Eso era lo que querías, ¿no?

No contesté.

El viento sacudió nuestros cabellos y nuestras ropas cuando el animal emprendió el trote. Cautelosa, rodeé la cintura de Lámaco con los brazos; él

puso una mano sobre las mías, pero la apartó enseguida.

Cabalgamos entre las viñas. A la luz del sol poniente, contemplé el campo que se extendía entre la colina y el manzano. Si la rebelión triunfaba, se vaciaría de esclavos y se convertiría en un erial, así que traté de empaparme de la belleza del cielo rojo y las hojas verdes, diciéndome que pronto serían solo un recuerdo.

Como el hombre que me llevaba de vuelta a Esparta. A mi vida anterior.

Pensé en Aristarco. ¿Habría muerto en la escaramuza nocturna? ¿O habría podido escapar? En ese caso, ¿cómo sería su regreso a la polis?

Por primera vez, me puse a pensar en ello. Si el resto de su grupo había muerto durante la criptia y él se había salvado, todos pensarían que era un cobarde. Sus compañeros lo despreciarían y mis padres se sentirían avergonzados. Aristarco nunca obtendría su anhelada ciudadanía y se marchitaría en el ostracismo.

Sentí un nudo en la garganta al comprender que no podría soportarlo. Y entonces me di cuenta de algo espantoso: él hubiese preferido estar muerto.

Lámaco oyó que sollozaba y detuvo el caballo. Ya casi no había luz, pero aún podía distinguir las primeras casas de la Acrópolis.

—¿Qué te ocurre, espartana? —Se giró y me secó una lágrima con los dedos—. ¿No era esto lo que querías? ¿Volver con los tuyos?

Contemplé su rostro anguloso y traté de memorizar cada rasgo. Los ojos oscuros. La nariz recta. Los labios carnosos. La cicatriz.

Tampoco volvería a verlos nunca. Con el tiempo, iría olvidándolos hasta que se convirtiesen en humo. Envejecería tras los muros de la casa de un extraño, y todo lo que me quedaría de Lámaco serían unos cuantos recuerdos impregnados de tristeza.

Me tapé la cara con las manos. Imaginé cómo sería mi vida de ahora en adelante: visualicé mi regreso a la *thiasa*, la noche de mi boda, mi pelo rapado y mis días solitarios. Me vi a mí misma tejiendo en silencio y pariendo hijos rodeada de otras mujeres. Me vi dejando que me arrancaran a los niños de los brazos a los siete años para convertirlos en guerreros sedientos de sangre.

Ese era mi deber. El deber de toda espartana.

Pero ¿era lo que yo quería?

Lámaco tragó saliva.

—No llores, espartana.

—No quiero ir.

Mis palabras fueron seguidas de un tenso silencio.

—¿Cómo? —susurró él finalmente.

Yo volví a mirarlo. Y en sus ojos vi asombro, tristeza y un brillo de esperanza.

—¿Qué quieres, entonces? —Como el caballo empezaba a inquietarse, desmontó de un salto y me ayudó a bajar—. Dímelo.

Yo me dejé rodear por sus brazos, pero no contesté. Cerré los ojos e imaginé otra vida, una vida en el monte Itome. Cultivando el campo y vigilando el ganado. Sin tener que pelearme a puñetazos con otras chicas para demostrar que era tan dura como ellas. Contando historias a plena luz del día y acostándome cada noche con un hombre que disfrutaba escuchándolas.

Volví a abrir los ojos y contemplé la mancha negra de la polis sobre las colinas azules. Allí me esperaban el deber y el honor; al otro lado, tras las montañas neblinosas, una vida feliz. Y una libertad que jamás había esperado conocer.

Lámaco tenía razón: había vivido veinte años prisionera en mi propio hogar. Prisionera de unas normas que no había aceptado, de un papel que mis conciudadanos me obligaban a desempeñar. Del amor de mi familia, incluso, que siempre iba acompañado de juicios y reproches. Hasta Eria, que era una esclava, me castigaba haciéndome sufrir «por mi bien».

El amor de Lámaco era distinto. Él no me obligaba a nada, él no me pedía nada. Él me quería y me aceptaba tal y como era.

Me sequé la cara y puse mis manos en sus mejillas

—¿Tú... querías que fuese contigo?

Durante unos segundos, Lámaco puso cara de desconcierto; después sus ojos se iluminaron.

—¿Conmigo? —repitió en voz baja—. ¿Al monte Itome?

—Sí. —Agaché la cabeza—. No me lo has pedido, pero...

Él me levantó la barbilla y me miró con seriedad.

—Después de lo de ayer, ¿cómo iba a hacerlo? Temía que me escudieses.

—Siento lo de ayer, de verdad. Estaba abrumada porque...

Porque no podía controlar lo que sucedía a mi alrededor. No podía evitar las desgracias que me golpeaban por culpa de las decisiones de otros. Hasta entonces, no había querido ver la verdad: que la vida no era como las historias, no bastaba con soñar con otro final para que todo acabara bien.

La vida era cruda e implacable. Y cruel, en ocasiones. Pero era lo único que teníamos.

—Lo comprendo —dijo Lámaco al ver que yo callaba—. Lo comprendo y lo respeto. Pero, si deseas que te lleve conmigo, nada me hará más feliz. —Esbozó una sonrisa temblorosa—. Digan lo que digan, no soy ningún rey de Mesenia: solo soy un hombre que quiere ser libre. —Cogió mis manos y las besó—. Pero siempre lucharé por mi libertad... y por la tuya, querida.

Yo también sonreí. Estaba asustada, pero me sentía tan aliviada que apenas podía creerlo.

Nunca volvería a Esparta. Nunca volvería a soportar burlas ni presiones, nunca volvería a fingir que era otra persona para complacer a quienes me rodeaban.

Sabía que echaría de menos a mis padres y a Clitemnestra. Y a Eria, sin duda. Pensaría en ellos hasta el final de mis días, pero no podía sacrificarme a mí misma para satisfacerlos.

«Adiós, queridos», me despedí en silencio. «Que los dioses estén con vosotros».

Íbamos a montar de nuevo, pero Lámaco se detuvo un momento antes. Se giró hacia mí, me rodeó la cintura con el brazo y me besó con fiereza.

—¿Querrás ser mi esposa? —jadeó.

Aquello me hizo sentir un agradable calor en el estómago.

—Sí.

—¿Y querrás que te unte con aceite?

—¡Lámaco, por los dioses!

Él soltó una carcajada y volvió a besarme.

Entonces algo hizo retumbar la tierra. Primero pensé que era un trueno, pero luego el suelo tembló.

Perdí el equilibrio. Lámaco me sujetó a duras penas; el caballo piafó y salió huyendo despavorido.

Un segundo temblor de tierra nos lanzó por los aires. Caímos sobre las vides y Lámaco me estrechó contra su cuerpo. Por un momento, creí que el suelo se abriría y nos engulliría.

—¿Qué está pasando? —grité para hacerme oír por encima del estruendo.

—¡Un terremoto! —Lámaco me abrazó con más fuerza—. ¡No te separes de mí!

Yo no pensaba hacerlo, pero entonces miré hacia las colinas de Esparta. Y

lo que vi me heló el pecho.

Podía ver la silueta del templo de Atenea recortándose contra el cielo estrellado. El edificio vibró como la superficie de una laguna a la que hubiesen arrojado una piedra; después, lentamente, se desplomó.

Y tras él fueron las casas que lo rodeaban. Una detrás de otra.

Grité. Lámaco me dijo algo, pero yo ya no lo escuchaba: solo podía pensar en toda la gente que había ahí arriba. Mis padres, mi hermana, Eria. Todos.

Me asaltó el febril pensamiento de que aquello era culpa mía. De que mis planes de huida habían provocado la ira de los dioses.

Cuando el temblor cesó, yo ya estaba subiendo la colina precipitadamente. Con Lámaco pisándome los talones.

Capítulo 21

Palabra de honor

No fui consciente de la presencia de Lámaco junto a mí hasta que llegamos a lo alto de la Acrópolis.

Las calles se habían llenado de gritos. Había escombros por todas partes y era difícil moverse sin tropezar. Vi que alguien portaba una tea encendida y comprendí la gravedad de la situación: estaba prohibido llevar antorchas por las noches, y un espartano solo quebrantaba una norma en caso de emergencia.

Miré a Lámaco y apreté su mano.

—Tienes que irte.

—No.

—Aquí corres peligro. —Tiré de él para apartarlo de dos hombres que cruzaban la calle corriendo y le puse las manos en la cara—. Yo tengo que averiguar si mi familia está bien, pero tú... puedes marcharte.

Sentí un dolor sordo en el pecho al pronunciar esas palabras. No podía dar media vuelta sin saber qué suerte habían corrido mis padres y mi hermana; pero, si Lámaco se iba sin mí, tal vez ya no pudiese reunirme con él. Tal vez no tuviese el valor de huir yo sola.

Pero él dijo que no con la cabeza.

—Tú has elegido venir conmigo. Yo elijo quedarme contigo. —Me miró con decisión—. Encontraremos a tu familia.

—Y luego nos iremos —prometí.

Solté su mano y los dos echamos a correr. No tuve que decirle hacia dónde nos dirigíamos: en cuanto llegamos a mi casa, Lámaco me sujetó el brazo.

—¡Con cuidado! —advirtió.

El edificio no se había derrumbado, pero sí la entrada. Pasamos juntos por encima de las piedras amontonadas y yo empecé a gritar:

—¡Padre! ¡Madre!

—¿Cinisca? —La voz de mi madre sonó ahogada—. Por Atenea...

Seguí su rastro en la oscuridad y descubrí que el comedor también había quedado destruido. Mi madre estaba arrodillada en el suelo, retirando trozos de pared.

—¡Tu padre está ahí debajo! —gimió.

Sin mediar palabra, Lámaco se colocó a su lado y empezó a escarbar. Cuando apartó un escombros grande, oímos un gruñido:

—Por Zeus, sacadme de aquí...

—¡Padre! —El alivio que sentí hizo que mis ojos se anegaran—. ¿Estás bien? ¿Estás herido?

Me acerqué a Lámaco y le ayudé a quitar las piedras más pequeñas. Cuando el cuerpo de mi padre quedó a la vista, Lámaco le rodeó la cintura con los brazos y lo arrastró fuera del agujero.

Sus piernas estaban torcidas en un ángulo extraño, pero solo sangraba por un par de arañazos.

—Gracias, hijo —le dijo a Lámaco. Después se giró hacia mi madre—. Timandra...

Ella se refugió en sus brazos. Ese «hijo» aún vibraba en mis entrañas; ¿mi padre era consciente de que un esclavo le había salvado?

—Tiene las piernas rotas —me dijo Lámaco en voz baja—, pero se pondrá bien.

Suspiré. Entonces caí en la cuenta de algo:

—¿Dónde están Eria y Damalis?

Pero mis padres no respondieron. Seguían fuertemente abrazados.

—¿Sabéis algo de Clitemnestra? —pregunté entonces.

Como si los dioses me hubiesen escuchado, su voz sonó en el patio:

—¡Padre! ¡Madre! ¡Cinisca!

—¡Clitemnestra!

Me puse en pie y corrí a su encuentro. Iba caminando con dificultad, agarrándose la barriga; cuando me vio, me echó los brazos al cuello.

Yo la estreché suavemente, pero me aparté enseguida. Porque mi hermana no venía sola.

El rey Arquídamo portaba una antorcha y llevaba puesto el casco. Me echó

un rápido vistazo y después se quedó mirando un punto situado a mis espaldas.

Me giré hacia Lámaco con aprensión. Él sostenía la mirada del rey sin parpadear.

Recordé lo que Lámaco me había contado aquel día. Que el rey Arquídamo le había impedido consumir su venganza salvándole la vida. Aunque la lección que había querido enseñarle no era la que el esclavo había aprendido, precisamente.

—¿Qué sucede? —le pregunté a mi hermana sin apartar la mirada de su esposo—. ¿Por qué nuestro rey va armado?

Pero fue el propio Arquídamo el que respondió a mi pregunta:

—Porque los ilotas aprovecharán el terremoto para atacarnos. He llamado a las armas a todos los hombres. —Miró a Lámaco con gravedad—. Tú eres el esclavo al que los ilotas consideran su rey.

No era una pregunta. Lámaco sonrió lentamente.

—Yo soy el esclavo al que los espartanos consideran una amenaza.

Una náusea retorció mi estómago. Antes de que Arquídamo pudiese responder, me interpuse entre Lámaco y él.

—Está bajo mi protección —declaré—. No dejaré que nadie le haga daño.

Oí la voz de mi madre:

—¡Cinisca! ¿Cómo te atreves a hablarle así a tu rey?

Pero Arquídamo tan solo me miró fijamente antes de volver a girarse hacia Lámaco.

—El templo de Atenea se ha derrumbado —anunció—, y casi todos nuestros jóvenes han muerto aplastados. —Se irguió en toda su altura—. Esta noche necesitamos brazos fuertes, esclavo: lucha con nosotros y te haremos hijo de Esparta.

Mis labios se abrieron al mismo tiempo que los ojos de Lámaco. ¿El rey Arquídamo le estaba ofreciendo la ciudadanía? ¿A él, al líder de la rebelión ilota?

Me dije que estaba siendo astuto: pretendía volver al supuesto rey de los esclavos en contra de los suyos. Dejarlos huérfanos para que no pudiesen organizar un ataque. No pretendía convertir a Lámaco en un mártir, sino en un arma.

Pero Arquídamo no contaba con algo: Lámaco era imposible de corromper. Temí que se negara abiertamente y el rey Arquídamo lo matara ahí mismo;

afortunadamente, mi padre intervino:

—¿Has dicho que se ha derrumbado... el templo de Atenea? —Le costaba hablar. Mi madre le puso la mano en el hombro, pero él la apartó con suavidad—. Pero Aristarco... estaba en la cripta...

Contuve el aliento.

—¿Querido? —Mi hermana miró a su marido.

Arquídamo desvió la mirada.

—Lo han encontrado entre los escombros —confesó—. Junto a Ébalo.

El grito de mi madre me heló la sangre. Ella, que nunca demostraba sus sentimientos, se llevó las manos a la cabeza y rompió a llorar. Mi hermana la abrazó y por las mejillas de mi padre también rodaron lágrimas amargas.

Yo me tapé la boca con la mano y sollocé. Sin embargo, una parte de mí se sentía aliviada.

Aristarco había escapado, después de todo. Y había acudido al encuentro de su hombre, quizá en busca de consuelo. Quise creer que había muerto en los brazos de Ébalo, con el corazón caliente y a salvo de la humillación de sus compañeros. Quise creer que, al menos, su final había sido dulce.

Miré a mis padres, que seguían llorando, y a mi hermana, que escondía la cara en el pecho de su esposo. Aristarco se había ido, pero ellos seguían allí.

Y Lámaco también. Y él y yo aún podíamos salvarnos.

Me dirigí al rey de Esparta con aire suplicante.

—Quiero saber qué ha sido de mis compañeras de la *thiasa*. ¿Puede acompañarme él a buscarlas? —Señalé a Lámaco—. No me atrevo a ir sola por la ciudad. Después lo mandaré a luchar con los hombres.

Arquídamo entornó los ojos. Por un instante, creí que iba a impedir que nos marcháramos.

Pero no fue así. Cabeceó en señal de asentimiento y yo le di las gracias con una reverencia. Después le hice un gesto a Lámaco para que viniese conmigo.

Miré por última vez a mi familia. A las personas que me habían criado y habían intentado guiarme por el camino que creían correcto.

Pero yo había elegido mi propio camino.

«Hasta siempre», pensé. Y Lámaco y yo nos zambullimos en la oscuridad.

Capítulo 22

Sangre de reyes

En cuanto estuvimos lo bastante lejos de mi casa, Lámaco me agarró de los hombros y me puso contra una de las paredes que aún estaban en pie. Sus ojos estaban cargados de inquietud.

—¿Es esto lo que quieres? —susurró.

Yo me quedé mirándolo sin comprender.

—¿A qué te refieres?

—¿Quieres que luche junto a los espartanos? —Tragó saliva—. Si tú me lo pides...

No terminó la frase, pero entendí lo que me estaba ofreciendo. Lo que estaba sacrificando. Y sentí el tonto impulso de besarlo, pero me reprimí.

—Por supuesto que no. —Puse mis manos sobre las suyas—. Esta no es nuestra guerra.

—¿Entonces?

—¿Qué querías que le dijese al rey Arquídamo, que pretendíamos huir de Esparta? —Miré a ambos lados—. Si bajamos la colina ahora, nadie nos detendrá. Están demasiado ocupados preparándose para luchar y retirando los escombros del templo de Atenea.

—No puedo creer que los ilotas vayan a atacar la polis —dijo él entre dientes—. El plan era huir, no luchar.

—Pero el terremoto es una gran oportunidad para ellos.

Lámaco alzó las cejas.

—Lo dices como si no te importara.

—He llegado a la conclusión de que, si la gente se empeña en matarse, yo no voy a sufrir más de lo necesario. —Sacudí la cabeza—. Vamos, de prisa.

Aquí podríamos llamar la atención.

Le tendí la mano y él la aceptó. Y así, juntos, echamos a correr hacia las ruinas del templo.

Yo trataba de no pensar en Aristarco. No quería pensar en nada que entorpeciese nuestra huida; más adelante, cuando estuviésemos a salvo, lloraría a mi hermano y a todos aquellos que habían perecido en el terremoto y en el enfrentamiento que iba a tener lugar en las próximas horas. Y que nosotros no viviríamos.

La luna apareció entre las nubes como si quisiera iluminarnos el camino. Pasamos junto a una columna derribada y fuimos a bajar la colina...

Pero ya no había colina. El terremoto había removido la tierra, y donde antes había una suave ladera ya solo quedaba un terraplén.

—Por aquí no podemos bajar —le dije a Lámaco—. Tendremos que dar la vuelta y...

Enmudecí cuando él apretó mi mano.

Me di la vuelta y vi que varias figuras avanzaban hacia nosotros en la oscuridad. Todas llevaban cascos; algunas, espadas y arcos.

—¿Qué ocurre? —susurré.

Por toda respuesta, Lámaco me protegió con su brazo. Y los dos nos quedamos quietos, casi sin respirar, mientras las figuras nos rodeaban lentamente.

Una de ellas se quitó el casco. Era el rey Arquídamo.

—Justo lo que esperaba.

Una sonrisa curvó su boca, pero no había ni un ápice de diversión en ella.

—Así que los rumores eran ciertos: la hija de Agis y Timandra es una traidora.

No sé de dónde saqué los reflejos para responder, pero lo hice:

—¿Traidora? ¿Por qué? —La mano de Lámaco apretó mi hombro, pero ignoré el mensaje que intentaba transmitirme—. No he hecho nada malo.

—Eres la puta de un esclavo que dice ser rey —dijo Arquídamo—. Si fueses mi hija, no podría soportar la vergüenza.

—Pero no lo soy, afortunadamente —repliqué—. ¿Tanto miedo os da la sangre de los reyes de Mesenia? ¿Teméis que un ejército de esclavos os supere?

—Los espartanos no conocemos el miedo. —Arquídamo levantó la mano—. Y un ejército no es nada sin su general.

Dos espartanos tensaron sus arcos. Yo intuí lo que iba a suceder y me puse delante de Lámaco.

—Aparta, Cinisca —dijo él.

Intentó moverme, pero yo me resistí con fiereza.

—Tendría que haberte matado cuando aún eras un cachorro —dijo el rey Arquídamo—. Gracias a los dioses, aún estoy a tiempo de corregir mi error.

Mi corazón se desbocó.

—¡Por Afrodita, esta no es nuestra guerra! ¡Dejadnos en paz!

—Disparad —ordenó el rey.

—¡Cinisca, no! —gritó Lámaco.

Una flecha silbó en el aire. Dejé de forcejear cuando sentí cómo se clavaba en mi hombro.

—¡No! —gimió Lámaco.

El dolor me hizo doblarme sobre mí misma. Vi que Lámaco se incorporaba para lanzarse sobre Arquídamo.

«No», quise gritar. Pero no fui capaz de articular palabra.

La segunda flecha atravesó el costado de Lámaco, pero la sentí en mis propias carnes. Él apretó los dientes y quiso arrancársela, pero solo consiguió partirla en dos.

Otra flecha se clavó en su hombro y le hizo perder el equilibrio.

Mi alma se rompió en mil pedazos cuando lo vi caer. Abrí los labios, pero no fui capaz de gritar; mis ojos se empañaron, pero mis lágrimas no llegaron a desbordarse.

Nuestras miradas se cruzaron por última vez. La mía estaba llena de espanto; la suya, de dolorosa resignación.

Creí oírle decir mi nombre, pero luego comprendí que solo era mi imaginación. Había demasiado ruido como para que yo pudiese oír nada.

Me incliné sobre el borde del precipicio, quizá para buscar su cuerpo o para arrojarme al vacío tras él. Pero alguien me agarró bruscamente por detrás, y ese alguien rozó la flecha que aún tenía clavada, y un latigazo de dolor me cegó.

Perdí el conocimiento, así que no pude ver cómo me arrastraban por la ciudad en ruinas. Tampoco sentí la réplica del terremoto, que terminó de destrozarse las pocas casas que quedaban en pie, ni presencié cómo los

espartanos ponían en fuga a los ilotas que se disponían a atacar la polis.

Me devolvieron a la casa de mi padre, donde despertaría al cabo de unos días con la herida curada y el corazón arrancado. Para seguir siendo lo que siempre había sido: la prisionera espartana.

Epílogo

Esparta, 464 a. C.

Las estaciones pasaron y mis predicciones se cumplieron.

El terremoto destruyó Esparta y mató a miles de ciudadanos. Solo unas pocas casas permanecieron en pie, y casi todos los esfuerzos fueron encaminados a reconstruirlas.

Yo me negué a colaborar. No moví un dedo por mi polis porque ya no me sentía parte de ella. Y mis padres, lejos de presionarme, me dejaron en paz.

No fue Aristarco quien trajo la vergüenza a mi familia, sino yo, primero con mi apatía y después con mi negativa rotunda a volver a la *thiasa*. Me obligaron a hacerlo, por supuesto; yo lanzaba la jabalina a mis propios pies y dejaba que mis compañeras me diesen palizas. Cuando los moretones cubrieron todo mi cuerpo, mi madre se hartó y me permitió quedarme en casa.

Nació el primer hijo de Clitemnestra, Agis, y lo único que me hacía despertar de mi letargo era tenerlo en mis brazos. Era un bebé precioso que reía con facilidad; también era el hijo de un asesino, pero él no tenía la culpa. Yo iba a verlo a menudo, aunque solo cuando su padre estaba ausente.

Solo vi al rey Arquídamo en una ocasión. Me saludó con una inclinación de cabeza; yo le escupí en la cara. Podría haberme golpeado por ello, pero me dejó ir.

Eria y Damalis habían desaparecido la noche del terremoto y nadie se había molestado en buscar sus cuerpos, por lo que no pude quemar sus restos. De vez en cuando, me acercaba al templo de Afrodita y recogía flores amarillas para honrar la memoria de mi pequeña y fiel esclava. Pero no volví a entrar en el templo: aquella estatua ya no significaba nada para mí.

Soñaba con Lámaco casi todas las noches. Unas veces huía con él al monte

Itome; otras volvía a ver cómo moría acribillado. Siempre despertaba llorando y odiándome por mis malas decisiones.

Si yo no hubiese vuelto a Esparta durante el terremoto, él hubiese sobrevivido. Y ahora viviríamos felices.

Me sentía como esos dioses cuyo destino trágico había tratado de cambiar con mis relatos. Condenada a una vida de sufrimiento tras perder lo que más amaba.

Así transcurrieron las semanas y los meses. Hasta que mis padres decidieron que la solución a todos mis problemas era el matrimonio.

Como Ébalo había muerto, me casaron con otro hombre. Era más joven que yo y no parecía un mal muchacho, pero apenas me digné a echarle un vistazo. La noche de mi boda, mi propia madre me cortó el pelo y me puso el *himación* rojo.

Cuando me quedé sola en mi dormitorio, me pregunté si podría robarle algún arma a mi esposo y acabar con mi vida de una vez.

Aguardé su llegada sin miedo ni rabia. Ya nada parecía capaz de hacerme reaccionar. Por eso ni siquiera me moví cuando oí pasos furtivos en la oscuridad.

Cerré los ojos y suspiré. Si mi marido quería llevarme a su casa, tendría que cargar conmigo; yo no pensaba caminar.

—Eria está buscando a su reina. Eria no encuentra a su reina por ninguna parte.

Me estremecí al oír esa voz. «Me he vuelto loca», comprendí. Y aquello me alivió un poco. Si perdía la cabeza, tal vez el dolor que sentía remitiese un poco; o tal vez volviese a ver a Lámaco en mis delirios. Eso estaría bien.

—Ah, menos mal. —La voz de Eria sonó cerca de mí, junto a mi oído—. Eria temía que su reina se hubiese ido ya.

—Eria. —Mi voz sonó ronca cuando contesté—. Ahora que los muertos me visitan, ¿podrías decirle a Lámaco que viniese a verme? Necesito pedirle perdón.

Mis ojos se llenaron de lágrimas cuando pronuncié aquellas palabras. Como si no hubiese llorado a Lámaco lo suficiente ya.

—Eria no ha muerto, Eria ha venido a buscar a su reina. —La muchacha me zarandó suavemente—. Su rey la está esperando y no tenemos mucho

tiempo.

Por primera vez, giré sobre mi costado para enfocar el rostro de Eria. Ya no llevaba el pelo rapado, sino largo hasta la barbilla; vestía una túnica burda, aunque bien cosida, y parecía mejor alimentada.

Me sonrió. Yo fruncí el ceño.

—Pero tú desapareciste. La noche del terremoto.

—Eria quería quedarse en Esparta con su ama, pero le dijeron que ella iba a ser la reina de los ilotas. Así que también se fue.

Recordé la noche que había planeado huir con Lámaco y sentí que se me encogía el corazón una vez más.

—¿Cómo supiste que planeaba fugarme? —susurré.

—Todos en la aldea lo sabían. Sabían que Lámaco estaba enamorado de Cinisca y Cinisca, de Lámaco. Al principio, Eria no lo aprobaba, pero luego... —Se encogió de hombros—. Eria siente que no todo saliese bien a la primera, pero ahora las cosas cambiarán, Eria está convencida. ¡Por eso Cinisca tiene que venir con Eria ahora mismo!

—¿De qué hablas? —rezongué. Y volví a hacerme un ovillo—. No pienso ir contigo a ninguna parte. Ya he comprobado que no puedo huir de mi destino.

Ella tiró de mi brazo.

—Por supuesto que Cinisca vendrá. Si el rey del monte Itome ve volver a Eria con las manos vacías, él mismo se presentará aquí. Y no es seguro que lo haga.

Me levanté, aunque solo lo hice para que me dejara en paz.

—¿El rey del monte Itome? Así que, después de todo, los esclavos conseguisteis escapar... y ahora tenéis un rey.

—Sí, lo hicimos, escapamos y ahora somos un pueblo libre, como nuestros antepasados.

Eria se asomó al patio. No se oía nada excepto el llanto lejano de una criatura; la noche estaba en calma.

Aferró mi mano y tiró de mí hacia el exterior. Yo la seguí por inercia.

—Tenemos un rey, sí, un rey muy querido y respetado. Por eso los dioses lo salvaron. —Cruzamos el patio sigilosamente—. Él quería reunirse con Cinisca mucho antes, pero primero teníamos que instalarnos, organizarlo todo... No han sido tiempos fáciles para nosotros. —Miró a todos lados antes de echar a andar por las calles—. Es una suerte que los espartanos sigan

siendo lo bastante orgullosos como para no construir murallas.

Yo miré hacia arriba y vi el cielo estrellado. Después volví a mirar a Eria.

Y, por fin, tomé conciencia de lo que pretendía: que yo huyese con ella al monte Itome. Que viviese la vida que había soñado... sin Lámaco.

—No, Eria. —Me zafé de su agarre—. Mi lugar no está con vosotros.

—Claro que lo está, el lugar de Cinisca está en el monte Itome. Eria lo sabe, su rey lo sabe, todos lo saben. Cinisca debe convertirse en la reina del pueblo libre.

Pero yo sacudí la cabeza.

—No. No lo entiendes. No tengo ganas de seguir viviendo. —Me abracé a mí misma—. Lámaco murió por mi culpa.

Las lágrimas rodaron por mis mejillas una vez más. Eria me dirigió una mirada conmovida y las secó con sus dedos largos. Parecía haber crecido diez años desde la última vez que la había visto.

—Oh, Eria acaba de ponerse triste. ¿Durante todo este tiempo, Cinisca ha creído que...? Por los dioses, al rey se le romperá el corazón cuando lo sepa.

Yo la miré sin entender. Ella cogió mis manos.

—Cinisca tiene que bajar la colina con Eria, que ya no es su esclava, pero sigue siendo su mejor amiga —dijo con aire solemne—. Allí nos espera un caballo que nos conducirá hasta el monte Itome; si nos damos prisa, no tardaremos mucho. —Apretó mis manos—. Los ilotas están esperando a Cinisca, que es la reina que han elegido.

Mi corazón empezó a latir con fuerza. Y, por primera vez, también con esperanza.

—Sí, Cinisca debe ir con Eria. —La joven echó a andar colina abajo mientras yo lloraba y sonreía bajo las estrellas—. Porque el rey Lámaco la ha echado mucho de menos y está deseando cumplir su promesa.

Agradecimientos

Gracias a Rafa y Ana, papá y mamá, por haber conocido a Cinisca, Lámaco y los demás antes que nadie y por ayudarme a ser mejor escritora y persona todos los días.

Gracias a Nacho, mi amor. Como siempre.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atraparé desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com

HQN™

SARAH
Autora best seller del USA TODAY
MORGAN

*Atardecer
en
Central Park*



"Un poco dulce y muy sexy"
—Booklist

Atardecer en Central Park

Morgan, Sarah
9788491881452
384 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En el caos de Nueva York puede ser complicado encontrar el amor verdadero incluso aunque lo hayas tenido delante desde el principio... El amor nunca había sido una prioridad para Frankie Cole, diseñadora de jardines. Después de presenciar las repercusiones del divorcio de sus padres, había visto la destrucción que podía traer consigo una sobrecarga de emociones. El único hombre con el que se sentía cómoda era Matt, pero era algo estrictamente platónico. Ojalá hubiera podido ignorar cómo hacía que se le acelerara el corazón... Matt Walker llevaba años enamorado de Frankie, aunque sabiendo lo frágil que era bajo su vivaz fachada, siempre lo había disimulado. Sin embargo, cuando descubrió nuevos rasgos de la chica a la que conocía desde siempre, no quiso esperar ni un momento más. Sabía que Frankie tenía secretos y que los tenía bien enterrados, pero ¿podría convencerla para que le confiara su corazón y lo besara bajo el atardecer de Manhattan?

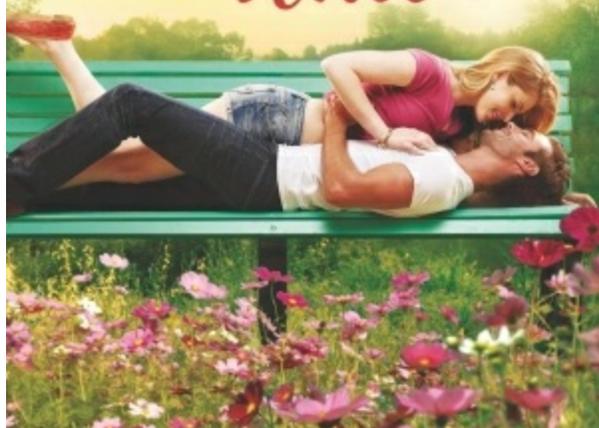
[Cómpralo y empieza a leer](#)

HQN™

Autora best seller de The New York Times

SUSAN MALLERY

*Lo mejor
de mi
amor*



Lo mejor de mi amor

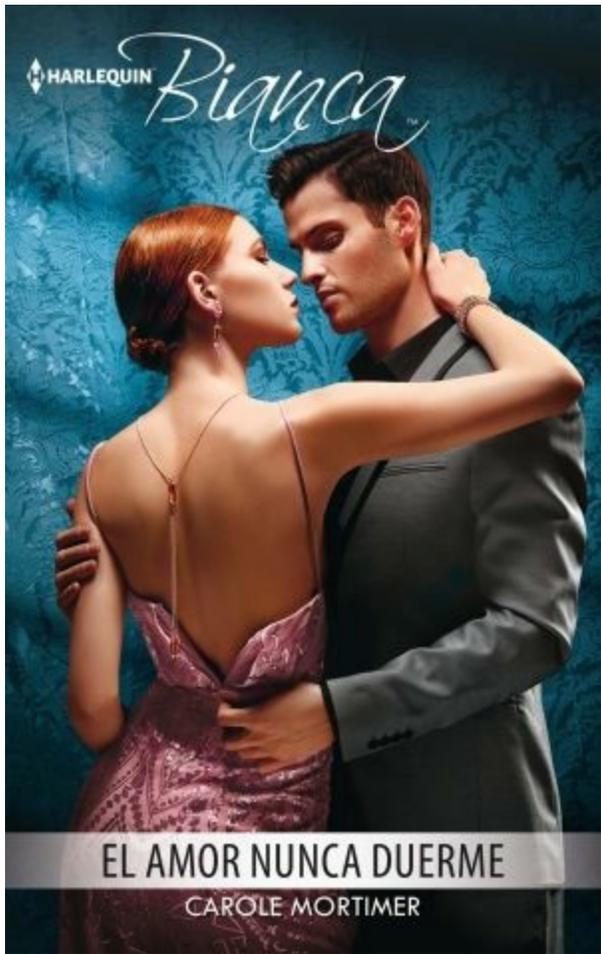
Mallery, Susan
9788491881469
352 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En un intento de superar su doloroso pasado, Shelby Gilmore emprendió la búsqueda de una amistad masculina para convencerse de que se podía confiar en los hombres. Sin embargo, ¿en un pueblo tan pequeño como Fool's Gold dónde iba a encontrar a un tipo que estuviera dispuesto a ser solo su amigo? Aidan Mitchell se dedicaba a crear aventuras en su agencia de viajes... y, también, en las camas de las numerosas turistas que lo deseaban. Hasta que se dio cuenta de que se había convertido en un estereotipo: el del mujeriego que solo valía para una noche, y, peor aún, de que en el pueblo todos lo sabían. Tal vez el experimento sobre la relación entre los dos sexos que Shelby quería llevar a cabo pudiera ayudarlo a considerar a las mujeres como algo más que posibles conquistas. Así, sería capaz de cambiar su forma de actuar y recuperaría el respeto por sí mismo. A medida que Aidan y Shelby exploraban las vidas secretas de los hombres y las mujeres, la atracción que surgió entre ellos comenzó a alimentar los rumores en Fool's Gold. Si nadie creía que fueran solo amigos, ¡tal vez debieran darles a los cotillas un tema del que poder hablar de verdad!

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HARLEQUIN *Bianca*



EL AMOR NUNCA DUERME
CAROLE MORTIMER

El amor nunca duerme

Mortimer, Carole

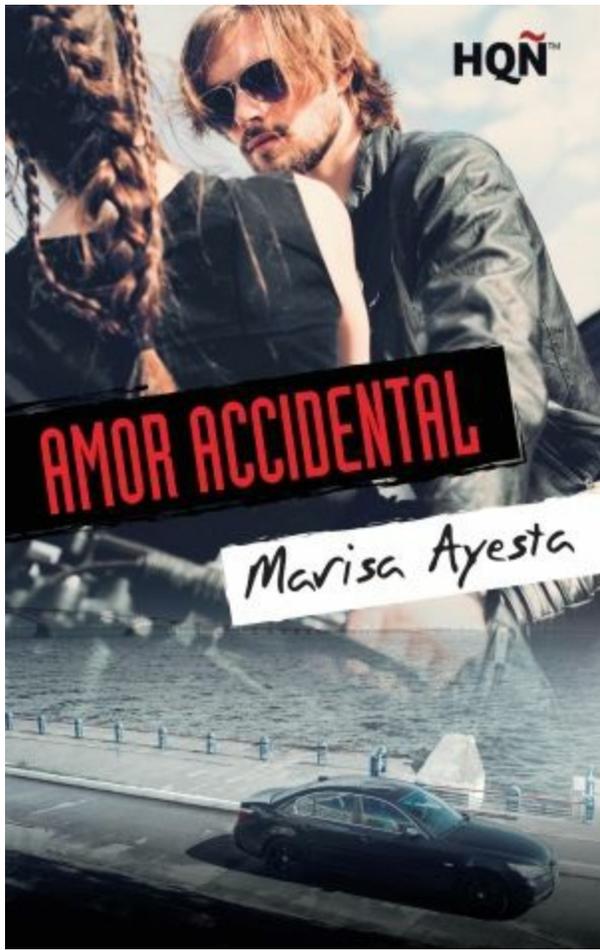
9788491881360

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Durmiendo con el enemigo...A Gregorio de la Cruz le daba igual que la inocente Lia Fairbanks lo considerara responsable de haber arruinado su vida. Sin embargo, al comprender que no iba a lograr sacarse a la ardiente pelirroja de la cabeza, decidió no descansar hasta tenerla donde quería.... ¡dispuesta y anhelante en su cama!Lia estaba decidida a no ceder ante las escandalosas exigencias de Gregorio, a pesar de cómo reaccionaba su cuerpo a la más mínima de sus caricias. Sabía que no podía fiarse de él... pero Gregorio era un hombre muy persuasivo, y Lia no tardaría en descubrir su incapacidad para resistir el sensual embate del millonario a sus sentidos...

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Amor accidental

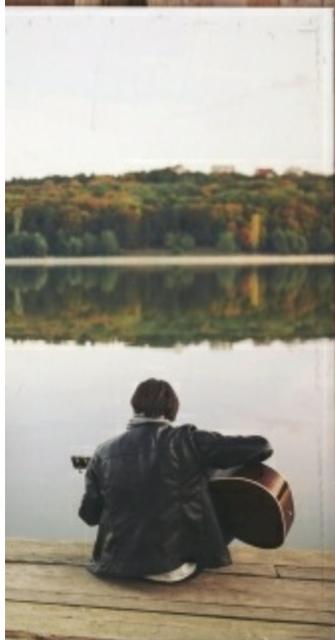
Ayesta, Marisa
9788491887218
144 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Iciar Albatrecu es testigo involuntario de cómo dos hombres se alejan de un restaurante tras cometer sendos asesinatos. Su declaración ante la policía hará que se vea envuelta en una trama donde la mafia china en la provincia ha dado la orden de acabar con ella. Perseguida y asustada, encontrará la seguridad en los brazos del policía nacional Pau Salas, hacia el que surgirá un amor tan accidental y repentino como la vorágine de asesinatos e intrigas que les rodean. Pau nunca se ha comprometido en las relaciones hasta que se descubre enamorado de Iciar, que siempre ha estado unida a su mejor amigo y compañero. Aunque tratará de olvidarla, no conseguirá luchar contra su corazón cuando ella se vea en peligro y amenazada de muerte. Una novela de amor trepidante donde una mujer tendrá que elegir entre dos policías mientras ambos luchan por mantenerla a salvo. El amor se abrirá paso entre las persecuciones, los asesinatos y la intriga.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HQN™



VUELVES
EN
CADA
CANCIÓN

Las canciones de nuestra vida

Anna Garcia

Vuelves en cada canción

Garcia, Anna

9788491701422

336 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

A veces nos olvidamos de que, aunque esté nublado y llueva, termina saliendo el sol. Connor ha dejado todo atrás. Familia, amigos y, sobre todo, a Zoe. Incapaz de verla feliz en brazos de otro, tomará la determinación de alejarse, aunque a pesar de la distancia será incapaz de olvidarla, porque todo le recuerda a ella. Herido, enfadado consigo mismo y perdido, intentará reencontrarse siguiendo los pasos de su padre, tal y como él le ha pedido. Un viaje en el que conocerá gente que cambiará su manera de ver las cosas, que le ayudará a profundizar en sus raíces irlandesas. Un viaje para intentar recomponer su existencia...

[Cómpralo y empieza a leer](#)